

ELENA PONIATOWSKA
SU OBRA EN *LA JORNADA*

Elena Poniatowska

@ Elena Poniatowska

México 2022

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Selección de textos: Para Leer en Libertad AC.

Diseño de portada e interiores: Daniela Campero.

Fotografía en portada cortesía de Eduardo Penagos.

Descarga éste y más de 250 libros en formato PDF gratis desde:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

PRESENTACIÓN

Esta antología es un mini homenaje a Elena Poniatowska, aunque todos sabemos que no le gustan, pero en la Brigada Para Leer en Libertad creemos que la mejor manera de honrar la obra de un autor/autora es leyéndola. Por eso celebramos su vida, su lucha, su solidaridad, su talento, sus letras, haciendo este libro en el cual encontrarás algunas de sus opiniones y entrevistas, que de manera cotidiana salen en el periódico *La Jornada*, a la cual agradecemos todo el apoyo. Decimos algunas porque necesitaríamos varios volúmenes para sólo recopilar esa parte de su vasta obra. Este 2022 Elena cumplió 90 años y nos pareció la mejor ocasión para celebrarla con su público en el marco de la Feria Internacional del Libro en el Zócalo 2022, donde todos los asistentes se podrán llevar este ejemplar de manera gratuita gracias a la Secretaría de Cultura de la CDMX.

Como sus amigos y público sólo podemos decirte: ¡Gracias Elena, gracias por tanto!

Para Leer en Libertad AC

ME VOY AL TORRENTE Y SIN RUMBO FIJO: SKÁRMETA

Pelón, cabezón, bigotón, bonachón, aceleradón, sus pelos laterales parados encima de las orejas y los grandes anteojos que le caen casi encima del tupido bigote le dan un ligero parecido a Groucho Marx. Ríe con facilidad y entonces los ojos se le vuelven rendija de alcancía. Se lleva la mano a la boca y se la esconde. Cariñoso consigo mismo lo es con los demás. El éxito es un cojín mullido y sentarse en él y relajarse es sólo una consecuencia natural del bienestar que produce saber que las cartas llegaron a su destino y han tenido respuesta. ¡Y qué respuesta! Skármeta está a punto de convertirse en un timbre postal. A diferencia de otros que echan una botella al mar y esperan, a Skármeta la fama le llegó a vuelta de correo y ahora le escriben de todas las islas de la tierra pidiéndole que las consagre como consagró a Isla Negra, aunque ninguna de las dos versiones de *El cartero* se filmaran allá. La historia resultó conmovedora para el público de distintas latitudes, y si *Il postino* no se filmó en Chile habría que recordar que Pablo Neruda

estuvo en el exilio en Italia en la isla de Capri, vivió allí una historia torrencial de amor con Matilde Urrutia y escribió entonces *Los versos del capitán*. A todas luces, Skármeta está muy contento en México. Tras de él quedó su conferencia en el MARCO de Monterrey donde al finalizar se exhibió ante 500 personas *Il postino* que consagra a Massimo Troisi. Tras de él también quedaron una verdadera legión de cálidas regiomontanas (que Skármeta llama "chicas") y los 50 mil ejemplares vendidos que en estos días han aumentado a 60 mil. Aquí en el DF además de conceder 337 entrevistas (y por lo tanto repetirse) Skármeta tiene un horario cargadísimo, ni un alfiler cabe en su empleo del tiempo, salta de las cámaras de televisión a las fotografías, de la conferencia de prensa al debate con un crítico y no tiene tiempo ni de alisarse los bigotes, a veces ni siquiera de echarse un vinito tinto. (¡Qué delicia, los vinos chilenos!) Debe tener muy buena salud para madrugar después de desvelarse ("llevo cinco días de jaleo levantándome a las seis de la mañana") y aguantar la embestida de productores, libreros, editores, directores de cine, actrices besucanas y "fans" que le soban la panza y lo persiguen por agua, por tierra y por mar.

-Soy todo tuyo, amorosa.

Skármeta llama a las mujeres "amorosas" y a los muchachos "cabros". Me asesta unos cuantos chilenzos (o serán chilazos) y le pido que me traduzca "chasconear" que significa despeinar; "tontorrón", aumentativo de tonto, y "malazo" que quiere decir

muy malo. Aunque le choca que se lo pregunten, el apellido de Skármeta es de Dalmacia y su origen es croata. Nació hace 56 años en Antofagasta, Chile, Skármeta es traga años, a lo mejor por gigantón, por querendón, por alborotadón.

-Antonio, me parece que tu escritura se ha ido haciendo más sencilla, más escueta a raíz de *El cartero de Neruda (Ardiente paciencia)*, ¿o no es así?

-Tienes toda la razón, amorosa. En mis libros iniciales yo tenía un concepto de la narrativa en el cual me hacía la ilusión de que escribiendo de una manera atropellada con una mezcla de imágenes impulsivas y con un lenguaje coloquial, lleno de hipérbolos y nerviosidad iba a lograr algo así como el ritmo de la vida, que iba a cautivar al lector, a seducirlo con la sensación de que navegaba en un mar de imágenes que lo excitaban. Era yo poco selectivo. En primer lugar para mí lo más importante era crear la sensación de vida. Con la experiencia del cine, con los años, ahora prefiero una forma más clásica de narración. Antes cuando tenía siete u ocho imágenes que chocaban, las usaba todas, ahora elijo la mejor, o sea, he adquirido un criterio cinematográfico para construir mi novela.

-¿Ya no escribes torrencialmente?

-Cuando empiezo a escribir me voy al torrente y sin rumbo fijo, una vez que ya estoy en alta mar, comienzo a barrer la cubierta y voy tirando al agua todas las imágenes hasta dejar lo que yo estimo que es el nervio y el corazón del asunto.

-¿Esto te lo enseñó el cine?

-Sí, el cine te enseña a decir mucho con muy poco. Yo desecho mucho pero sigo mi inclinación por la escritura torrencial porque desde ahí brota lo que quiero. Necesito despegar de alguna manera y para despegar escribo muchas veces sin saber dónde voy pero una vez que publico el libro, estoy en control de todos mis materiales, de todas mis aspiraciones.

-¿No te importa tirar a la basura muchísimas páginas?

-No, al contrario, lo que me importaría es que se secase el torrente. *El cartero* antes se llamaba *Ar-diente paciencia* y era una novela farragosa, compleja, gigantesca, larga y gorda como una salchicha alemana, un jamón atiborrado de personajes entre quienes se encontraban allí perdidos como dos personajes más, Neruda y el cartero Mario Jiménez. En Berlín, un productor de cine me fue a visitar, le conté mi novela y a él lo que más le interesó fue la relación de Pablo Neruda con el cartero. Acuérdate, amorosa, que yo viví diez años en Alemania.

-Entonces, ¿desde hace cuántos años tienes a *El cartero* en mente?

-Yo creo que la gestación es de hace unos 25 años.

-¡25 años! ¿Y pensaste alguna vez que ese libro tendría el éxito que ha tenido?

-Absolutamente convencido.

-¡No lo puedo creer!

-Cuando escribía yo *Ardiente paciencia*, el productor me ofreció un cheque generoso para que me centrara en los dos personajes de Neruda y el cartero. Entonces abandoné la novela y a los personajes ante el cheque del anticipo. El productor me dijo: "El guión tiene que tener una mezcla tan fina y tan especial de política y poesía que sólo tú puedes darle. ¿Por qué no haces tú la película?" Aventurero que soy, hice la película. La filmé en Portugal como si fuera Chile, en 1983.

-¿Por qué Portugal?

-La razón es que en aquellos años, Portugal era bueno para el cine, allí se hacía buen cine, había buenos camarógrafos, buenos técnicos.

-¿Tenías confianza de que podías hacer una buena película?

-Naturalmente que sí.

-¿Con razón me contaron que dijiste que tu versión del cartero que data de 1983 es mejor que la versión de Michael Radford!

-No, yo he declarado a todo el mundo exactamente lo contrario. La versión última es infinitamente superior a la mía porque yo soy un escritor que hizo una película sin saber hacer cine y Radford, el cineasta, sí sabe lo que está haciendo. Esto se puede comprobar en unas 300 entrevistas que hice en febrero, cuando la película obtuvo cinco nominaciones al Oscar. De modo que si me muestras la fuente donde apareció esto, te diré que es absolutamente falsa. (Skármeta abunda en el tema sin irritarse jamás.)

Mira amorosa, la mía, mi película es un modesto ejercicio y admito la derrota; la mía no es nada competitiva, no puede entrar en competencia con la de Radford. Yo soy un director espontáneo que ilustro mis palabras con imágenes. Como director de cine, puede que sea yo un buen escritor. Nada más.

-¿Tú no crees que una película hace a un escritor?

-Claro que no.

-¿No crees que adquiriste fama mundial cuando Massimo Troisi interpretó a tu cartero y Philippe Noiret a Neruda y lo proyectaron en miles de salas de cine?

-Antes de la película, *El cartero de Neruda* fue traducido a 15 idiomas, todos los años se reedita, lo han convertido en libro de texto en las universidades y en los colegios. Muchos profesores lo utilizan porque *El cartero* excita la curiosidad de los chicos a través del humor y la ternura y *El cartero* los conduce a la literatura y a la poesía. Así que a mí no me sorprendió en lo absoluto cuando un actor de talento como Massimo Troisi y un director tan notable como Michael Radford (que leyó el libro en francés) deciden llevarla al cine, porque intuyen que va a ser una película importante. El hecho de que Michael Radford leyera el libro en francés te demuestra que el libro había atravesado el océano, estaba en circulación. Massimo Troisi supo desde el primer momento que el cartero sería el rol de su vida y alcanzaría con él proyección internacional, aunque Troisi ya era no sólo

un actor muy conocido y enormemente taquillero en Italia sino un actor adorado, un ídolo. Sin embargo él sentía que le faltaba un rol más trascendental. Fue Troisi quien se movió, fue él quien me localizó, fue él quien buscó a Michael Redford para que lo dirigiera a él, fue él quien creyó que el papel del cartero lo universalizaría. Y así fue. Era un actor (muy enfermo del corazón, intuía que iba a morir) que supo desde el principio que con *El cartero de Neruda* se jugaba la vida. Y se la jugó. Michael Radford alguna vez me dijo con justa razón: "En la vida de Mario Jiménez, el cartero, hay sólo un Pablo Neruda y en la de Pablo Neruda hay muchos Marios Jiménez".

-¿Y a ti qué te ha traído el éxito de *El cartero de Neruda*?

-Muchos me han dicho que el libro les parece mejor que la película.

-A tu escritura, por ejemplo, ¿el éxito la ha mejorado?

-A la escritura nada, digamos. Con el éxito de la película, lo que he hecho es seguir mi camino personal.

-¿Cuál es tu camino personal?

-Ser el escritor que soy. En la práctica, el éxito ha quintuplicado la venta de los libros míos y ha mejorado considerablemente la oferta para nuevos títulos. También ha despertado una curiosidad intensa por los libros anteriores. Muchos de ellos están siendo ahora reeditados.

-Sí, porque *Soñé que la nieve ardía* lo editó la UNAM en sus "Textos de Difusión Cultural" y el tiraje es sólo de mil ejemplares.

-Tú me estás hablando, amorosa, de un libro en una edición autorizada para una colección especial de la UNAM, pero este mismo libro ha sido publicado en Planeta y ahora en Plaza & Janés y lleva varias ediciones. Tengo una obra consolidada aunque en México soy un escritor relativamente poco conocido.

-¿Dejarías de ser escritor para ser guionista?

-Entre guionista y narrador, prefiero ser narrador. Entre la imagen literaria y la fílmica, la fílmica captura con su inmediatez y la sensualidad que propone, además de que su atractivo emocional es mucho más grande, pero la precisión de los diálogos y su encanto propio no tienen equivalencia.

Por eso, repito, entre la posibilidad de ser guionista y ser narrador, prefiero ser lo último porque ahí estoy en un terreno en que puedo tener una visión total del juego. He escrito los guiones de tres películas de Peter Lilienthal: *La victoria. Reina la tranquilidad en todo el país* y *La insurrección*, y lo esencial, te lo aseguro, sólo lo encuentras en el libro.

-Antonio, tengo una duda. ¿Cómo es posible que Pablo Neruda en persona recibiera su correspondencia en la puerta de su casa en vez de que lo hiciera algún criado o de perdida Matilde Urrutia? Yo no me imagino a Octavio Paz abriéndole al cartero en el Paseo de la Reforma o a Carlos Fuentes haciéndolo en San Jerónimo.

-Amorosa, se trata de una novela. Así como Pablo Neruda dice: *Confieso que he vivido*, yo confieso que he escrito una novela. Todo lo que sucede allí es una ficción. No tenemos por qué adjudicar datos reales a lo que yo imaginé. El cartero, Mario Jiménez, es un personaje de ficción, una in-ven-ción. En el personaje de Mario Jiménez quise sintetizar muchísimas virtudes del pueblo chileno, especialmente las de la gente más sencilla: su inocencia, su ingenuidad, su curiosidad, las ganas de trascender sus propias limitaciones, su genio creador, el humor de su ingenio, la ironía que es irreverente frente a todo lo pomposo. Todo eso me gusta de la gente. Por supuesto también me impresiona la admiración y el cariño de los chilenos por sus intelectuales, por sus poetas representados desde luego y en primer lugar por Pablo Neruda. Una de las cosas que a mí más me conmovieron y que quizá esté en la base de *El cartero* fue escuchar una vez a una multitud de gente que le decía a Neruda: "Poemas, poemas, queremos poemas". Ante 400 personas, gente pobre que obviamente no había comido, mineros ojerosos, pescadores, campesinos, Neruda sacó un libro y se puso a leerles poemas y la reverencia con la que lo escucharon a mí me conmovió hasta la médula y nunca se me olvidó la escena. Me di cuenta de que la gente sentía en sus poetas a sus portavoces y entre ellos el más grande era Pablo Neruda.

-De ahí su hambre de metáforas...

-Sí, aunque con el golpe militar cambió el lenguaje de las metáforas.

-¿Fuiste amigo de Neruda?

-No, lo visité en Isla Negra, me trató muy bien pero mi relación con Neruda, aquélla que me inspiró la novela, la pieza teatral y el film *El cartero de Neruda* fue tan estrictamente pragmática que confesarla aquí pone un brote de rubor en mi mejilla. Fui un niño tímido y un adolescente mudo. Solía enamorarme de mujeres mayores que yo. Fui de los hijos de madre ausente que juegan canasta y a los 15 años me atormentaba el no saber qué decirle a una chica y regresaba a mi casa a torturarme pensando: "Le hubiera dicho esto y aquello". Un día en que cocinaba mis silencios, cayó en mis manos un libro, *Todo el amor*, de Neruda y el poeta se convirtió en el ventrilocu de mi alma, el libro fue mi lazarillo. ¡Ah, las rosas del pubis! Cuando publiqué mi primer libro de relatos *El entusiasmo* en 1967, corrí a Isla Negra a casa de Neruda para pedirle su opinión. Lo hojeó y me dijo: "Bien muchacho, dentro de dos meses te doy mi opinión". A las dos semanas ya estaba yo nuevamente frente a él y sin mirarme a los ojos porque los levantó hacia unas aves migratorias me dijo: "Bueno, el libro es bueno pero esto no quiere decir nada porque todos los primeros libros de escritores chilenos son buenos. Habrá que esperar al segundo".

-Nosotros en México siempre creímos (hasta el pinochetazo y el crimen del Palacio de La Moneda) que el país más culto y el más cortés de América Latina era Chile. ¿Tú crees que es verdad eso?

-Tu juicio es absolutamente simpático, maravilloso y lírico. Yo creo que se debe al hecho triste para nosotros de que no vives en Chile. Si tú vivieras un par de semanas en Chile probablemente te irías al otro extremo.

-Ahora que has regresado a Chile, ¿cómo lo has vivido? Dijiste hace un instante que era el país que peor había recibido a *El cartero* y más críticas le había hecho.

-No, no es que haya sido el país donde fue peor recibido. Es el único donde la prensa unánimemente rajó contra la película. Es más, durante las dos primeras semanas el público no fue al cine a verla. Después de que tuvo las cinco nominaciones para el Oscar, los cines se llenaron y se abrieron más salas de cine para verla. Los críticos que habían comentado mal la película subieron sus calificaciones a lo largo de todo el país. Si ésta es una conducta digna del país más culto de toda América Latina, yo creo que tienes que revisar tus parámetros.

-Oye Antonio, ¿y cómo ves tú a Chile, ahora?

-Su economía marcha muy bien, Chile es citado como modelo de desarrollo y de empuje creador y en ese campo ha destacado por encima de todos nuestros países. Esto ha creado una cierta altanería de los empresarios chilenos que se pavonean con sus éxitos. De hecho, parece que la política económica funciona y que lentamente comienza a dar resultado entre la gente más pobre. El desempleo que nosotros llamamos cesantía no es muy grande. Se ve que quienes es-

tán trabajando han mejorado de modo que el nuestro no es un panorama desolador. Se puede librar la vida más o menos dignamente. En lo personal, como creador y en esto me identifico con muchos intelectuales chilenos, nos irrita una cierta apatía hacia el arte y la cultura que tienen los administradores del país. No es tema para ellos, están ensoberbecidos con el crecimiento económico unilateral del país y no piensan que los chilenos precisamos cultura. (Nos distraemos un segundo hablando de los escritores chilenos más o menos contemporáneos de Antonio, de Poli Délano que vivió tantos años en México donde hizo tan buenos amigos a través de sus talleres de escritura.)

México D.F. Domingo 26 de mayo de 1996

HEBERTO CASTILLO (I)

"Mi lucha no es la del odio de clases porque pienso que es mucho más fuerte políticamente el amor que el odio. Prefiero amar que odiar, porque si yo odio al que oprime a los pueblos sojuzgados puede ser que lo odie porque soy el que los quiere oprimir cuando llegue mi turno, pero si yo amo al pueblo sojuzgado y por eso no permito que lo oprima nadie, es más fuerte el sentimiento del amor que el del odio y creo que la lucha revolucionaria tiene que mover el amor y no el odio.

"Dentro de los grupos progresistas prefiero a alguien que esté por amor a alguien que esté por odio. Me llegan gentes que están amargados porque los dejó la novia o el novio o no les hacen caso en su trabajo. ¡Qué bueno que vengan a poner tabiques en la construcción del partido! Sin embargo, cuando veo que alguien llega porque se puede realizar y tiene amor por la lucha, me interesa mucho más que los desechados porque tiene más fuerza. Algunos señalan que mi concepción revolucionaria es romántica y hasta cursi, pero yo les digo que no me interesan los calificativos. Yo estoy en esta lucha por amor. ¿A qué? A la especie humana y aspiro a que este planeta

sea una diáspora y que nuestros descendientes pueblen el universo."

Así hablaba el ingeniero Heberto Castillo en una entrevista que le hice, grabadora en mano, en el entierro de su compañero de lucha, el empleado del Express, Demetrio Vallejo, en 1985, cuando preparaba una novela sobre el único hombre que logró paralizar todas las locomotoras de México, en un movimiento impresionante, el de las huelgas ferroviarias de 1958.

Nunca la publiqué porque era para el libro pero recuerdo bien cómo caminábamos con tristeza entre las tumbas del panteón de Dolores, ponderando la valentía del líder oaxaqueño mientras su cuerpo se volvía cenizas. Heberto no parecía consciente de su propia valentía, del coraje que necesitó para aguantar no sólo la cárcel y el exilio sino los días anteriores a su detención.

"En 1968, cuando estaba yo huido en el Pedregal no tuve para comer, mis únicos bienes eran un jitomate y una cebolla. Había perdido el contacto con la gente que me aprovisionaba y no tenía teléfono, estaba yo aislado en un pequeño cuartillo por allí. Corté la cebolla y el jitomate y me hice ilusiones de que en tres días me localizarían. Gracias a la buena suerte que nunca me ha abandonado comí la última tajada de cebolla el tercer día en que me localizaron y llegó un buen bastimento. A mí no me gustaba la cebolla y desde entonces me parece un exquisito manjar. De joven tenía mis aversiones por algunas frutas, por al-

gunas verduras, en la cárcel aprendí a gustar de la coliflor que antes no tragaba. Lo mismo me pasaba con la cerveza. Cuando uno toma cerveza por primera vez no le gusta, tampoco el vino, es una costumbre que se va adquiriendo. En el Pedregal, herido entre las piedras (me venían persiguiendo) permanecí a la intemperie dos días antes de llegar al cuartito ése. Me comí un nopal crudo, le quité las espinas, tallándolo contra las piedras, lo raspé y me supo muy sabroso; ahora el nopal me gusta, me encanta. Por eso les digo no sólo a mis hijos sino también a mis estudiantes que coman de todo, que las cosas más sencillas son exquisitas cuando se tiene hambre. La cárcel resultó una lección valiosa. Comprobé que podía aguantar la tortura, el aislamiento, el hambre, la sed, y me di cuenta que nadie, absolutamente nadie ni nada puede apresar el espíritu del hombre ¿No cree usted que eso le da fuerza a cualquiera? Adquirí entonces una fuerza extraordinaria. Aún la conservo."

De su encarcelamiento en el negro palacio de Lecumberri, Heberto Castillo no guardaba un mal recuerdo.

Al contrario, de todos "los viejos", José Revueltas, Eli de Gortari, Armando Castillejos, Manuel Marcué Pardiñas, Heberto Castillo era el más gallardo. Sonreía. "En la cárcel yo viví muy contento y cuando vivía allí ayudaba. ¿Por qué? porque sentía que había razones para luchar, para vivir."

Después del 68, a su regreso a México, en vez de instalarse comodamente en su casa a disfrutar

de su familia y de un bien ganado reposo, Heberto buscó a Demetrio Vallejo para estructurar el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) y lanzarse a la lucha política.

"Al salir de la cárcel, me acerqué a él porque era la persona más significativa de la lucha obrera en 1971 y creo que fue la persona más importante durante 50 años en México en el movimiento obrero. Había oído que planeaba formar un nuevo partido político y le pregunté: '¿Por qué no entra usted al Partido Comunista?' Y sus razones eran las mismas que las mías. Más o menos. ¿Cuáles eran? Sería largo enumerarlas, pero podría yo sintetizarlas en un pensamiento. No comparto eso de la dictadura del proletariado, ésa es una mentira que tiene ya muchos años. En ningún lado hay dictadura del proletariado y los que dirigen los países socialistas no son proletarios pero ni de broma, son tan proletarios como yo. No participo del ejercicio del poder, no estoy de acuerdo en que una persona tenga el poder vitalicio hasta que muera pero sí estoy totalmente de acuerdo con la distribución de la riqueza. Lo democrático es que varias personas capaces ejerzan la dirección durante una vida útil. Estoy en contra de nuestros antepasados los aztecas que decían: *Este señor es el que manda hasta que muera.*"

Continuará...

México D.F. Domingo 6 de abril de 1997

HEBERTO CASTILLO (II)

Nos sentamos en una tumba y Heberto Castillo se puso a hacer dibujos en la tierra con una rama seca:

"Lucho desde hace años, en el 68 vi algunas gentes que no habían reflexionado lo suficiente, y cuando llegaron a la cárcel se deshicieron. Es el precio que se paga por la inconciencia. En la lucha política revolucionaria el que va por un objetivo personal suele desanimarse pronto. Creo que en la lucha revolucionaria quienes tienen posibilidades de hacerla avanzar sustancialmente son aquellos que van a dar y no a recibir. Durante la Revolución Mexicana quienes lograron los mayores avances fueron aquellos que tenían cosas que aportar. Por eso yo disfruto plena, extraordinariamente mi trabajo político, aunque a veces, como ahora en la Cámara, sufro terriblemente porque veo el deterioro de la dignidad humana. Me duele mucho que una persona se destruya en su dignidad. ¿Por qué me duele?, porque creo en el ser humano como algo perfectible. Lo que más me ha dolido en la Cámara es la indignidad que me rodea.

"Por principio, yo confío en todo aquel ser humano que trato; Demetrio Vallejo desconfiaba por

naturaleza de la gente y, en este sentido, era mi antítesis: yo por naturaleza confío en la gente. 'Usted es muy ingenuo', me decía. Cuando venían las discusiones y los análisis y se presentaban pruebas de la mala fe o de la deslealtad de un compañero, tenía yo que rendirme ante la evidencia. Es más, a mí me han reclamado: '¿Pero no te acuerdas que fulano hizo esto?' Sí me acuerdo, pero es como si me dijeran que hubo un eclipse de sol. Ahora el sol está en el cenit, ¿qué problema hay?

"En esta lucha política, para mí lo más difícil de soportar es el ataque del amigo, del compañero de lucha, de la gente que está en el mismo bando, en la misma trinchera y es respetable, no un descalificado. Ése es el que más duele, el más difícil de asimilar."

Le pregunté si consideraba a Vallejo un gran revolucionario y me miró irónico tras sus anteojos:

"Los seres humanos no somos la misma cosa todos los días. Para afirmar: 'Éste es un revolucionario y no hay manera de que deje de serlo' solamente muerto lo puedo decir, porque todo revolucionario tiene opción para traicionar un día. Cuando muere, como acaba de morir Demetrio, puedo afirmarle: 'Estoy seguro que Demetrio Vallejo fue un revolucionario'; pero si usted me lo hubiera preguntado hace ocho días, le hubiera respondido: 'Bueno, creo que puede serlo, porque todavía no se muere y sólo muertos dejamos de tener la oportunidad de arrepentirnos'.

"Yo le digo a los muchachos: 'No confíen en sus dirigentes a pie juntillas; vigílenlos todos los días y

exijanles rectitud, exijanles limpieza'. Mientras más tiene la gente que dar, más hay que exigirle, porque la gente preparada, inteligente, es la que más obligación tiene. Yo le exijo de manera muy distinta a una persona de alto nivel intelectual y posibilidades de sobrevivencia, que a un obrero o a un campesino. Es más perdonable que un hombre sin recursos falle –porque puede justificarse– a que falle el que lo tiene todo. A quien roba por hambre, yo no lo considero ladrón, y a quien mata por hambre yo no lo considero asesino, casi los considero revolucionarios."

Autocrítico, polémico, Heberto Castillo siempre se sintió un rebelde en la sociedad. Combatió en varios frentes a la vez con la misma entrega, la misma pasión, con la fuerza de su razón y de su palabra escrita. Para él, la defensa de la ecología fue tan intensa como la del petróleo cuando se enfrentó, denunció y rebatió con conocimiento de causa a los directores de Pemex, a Jorge Díaz Serrano, a Francisco Rojas, a la corrupción. En 1992 participó con una intensa y agotadora campaña en su estado, Veracruz, en la contienda electoral por la gubernatura. Candidato del PRD, declaró: "No soy una piedra ecológica que se interpone en el camino de Patricio Chirinos; soy una piedra en su conciencia". Seguramente Heberto no sólo fue una piedra en la conciencia del gobernador, sino en la de muchos políticos que traicionaron sus ideales de juventud. El ingeniero era uno de los pocos que había sabido conservar los suyos y que a través del tiempo seguía siendo un opositor: "Soy un

senador de la oposición y un crítico de las políticas de Ernesto Zedillo. Ser crítico es mi función y mi responsabilidad. Nunca he estado del lado del gobierno".

Cuauhtémoc Cárdenas, alumno de Heberto Castillo en la UNAM, lo hizo conocer a su padre. Para el joven Cárdenas, Heberto fue un maestro severo y exigente. La política lo apasionaba, pero no vivía de ella, vivía de sus patentes en la construcción de puentes y de techumbres sobre grandes espacios; era un ingeniero de primera, uno de los pocos inventores con reconocimiento internacional. Era natural que maestro y alumno se encontraran.

"Pues yo ¿por qué lucho? En lo sustancial porque la especie humana no desaparezca. Sé que es una respuesta muy general, porque en la especie humana hay empresarios, hay patrones, hay obreros, hay marginados, sí, pero todos son miembros de la especie humana y yo lo que busco es que la especie humana trascienda en el espacio y en el tiempo. Creo, científicamente, que si la especie humana no es capaz de organizarse en este planeta, en el que ahora vivimos, para que el mayor número de miembros tenga la oportunidad de educarse, aportar en las letras, en la ciencia, en la música, en la política, estamos olvidando que ha habido especies desaparecidas en la Tierra y que podemos desaparecer. Esta concepción de defender ante todo a la especie implica que la Tierra es para todos, que debemos disfrutarla todos, que la propiedad debe ser social y que también el ejercicio del poder político debe ser social. Hasta ahora sólo unos

cuantos poderosos determinan dónde ponen misiles y bombas (la entonces Unión Soviética, Estados Unidos, Francia, Inglaterra), y la inmensa mayoría de la población del planeta está sujeta a su capricho."

Insistía yo en Vallejo, en la desconfianza que sentía frente a los demás, en su escepticismo, y Herberto Castillo, un tanto descorazonado, volvía al tema del eterno descontento del ferrocarrilero, para quien la sopa siempre estaba fría, los frijoles quemados.

"Demetrio Vallejo sabía odiar, yo no sé si es una virtud o un defecto, dicen que se parecen mucho los sentimientos, pero yo sí sé amar, yo sí sé querer a mi profesión, a mis amigos, a mis compañeros. Tan sé querer, tan sé amar que, como les digo a algunos compañeros que luego se molestan porque critico a la Unión Soviética y a Cuba, es que yo amo a esos pueblos. A pesar de que yo critique al gobierno cubano y me odien como me pueden odiar, yo amo a ese pueblo y lucharé por él y nadie lo va a impedir, no pueden. Ese tipo de amor no es como el amor en las parejas, que requiere reciprocidad. Yo amo la especie, yo no sé si la especie me ama, pero no me importa; sé que si me muero a la especie ni le va ni le viene, pero sé que si me muero estoy en la especie, vivo o muerto soy parte de esta especie, no me pueden apartar, nadie puede negar que yo viví, y después de muerto no me interesa mucho discutir si es posible negar que viví o no viví, porque yo viví y, como dice algún profundo filósofo, 'lo bailado quién me lo quita'."

Heberto Castillo, sonriente -una sonrisa triste y tierna-, se puso de pie en toda su rectitud y, ya para despedirse, asentó:

"Estoy en contra de los privilegios, nadie tiene derecho a privilegios, a no ser un niño, un ser indefenso, pero los dirigentes son los que menos derechos a privilegios tienen".

México D.F. Lunes 7 de abril de 1997

EL SEGUNDO SEXO Y SIMONE DE BEAUVOIR

En un acto de obediencia a la petición de Marta Lamas –quien me dijo: "Es muy fácil, sólo se trata de que cuentes lo que sentiste y lo que pensaste cuando leíste *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir"–, regresé en el espacio-tiempo 44 años atrás y consulté los dos tomos encuadernados en piel roja (color que le sienta tanto al texto como a la ideología de la autora) para recordar una experiencia singular: la lectura de la *biblia del feminismo*...

El segundo sexo apareció cuando ninguno de ustedes había nacido, en 1949, en dos tomos publicados por Gallimard: el primero, *Los hechos y los mitos*; el segundo, más grueso aún (577 páginas de apretada escritura), *La experiencia vivida*.

Esta obra habría de marcar no sólo a Simone de Beauvoir, sino al feminismo contemporáneo, y sería el punto de arranque de cualquier estudio sobre la mujer. Fue una revelación. Una filósofa consumada de 38 años, ¿cuándo se había visto? De la primera edición se vendieron 22 mil ejemplares en una semana. Miles de lectoras querían conocerse mejor y entender su situación histórica. A la autora la rodeaba

un halo de escándalo por su relación con Sartre y por sus novelas que ahora palidecían junto a esta obra cumbre. Hoy, a cincuenta años de distancia, habría que decir que Simone de Beauvoir fue menos reconocida en su época que Sartre; sin embargo, es muy probable que *El segundo sexo* tenga mayor validez que *L'Être et le néant*.

Cuando el libro ya hacía explotar todos los esquemas en Estados Unidos, en 1953, lo leí con la égida de la tía Bichette, el miembro más destacado de la familia. Categórica en sus juicios e impositiva en su modo de vida, el libro le pareció destinado a las *midinettes*, pequeñas costurerillas tras bastidores, que Dior, Lanvin y Chanel empleaban en sus casas de alta costura en París. Seguramente (las pobrecitas) calentaban su cena sobre una estufa de gas al regresar del trabajo para luego acostarse en su cama de sábanas grises en espera del comunismo. A ellas, a las empleadas del correo postal y a las secretarias, *El segundo sexo* las colmaría, pero no podía significar nada para las mujeres bien nacidas, incapaces de ocuparse de tales menesteres, como los órganos internos femeninos.

En mi casa jamás oí pronunciar la palabra matriz. Útero sí, pero yo creía que era un ruso "*russe*", porque en francés útero es *utérus*.

Sólo recuerdo que secundé en sus juicios a mi tía Bichette, como antes lo hizo mi madre. Católicas, leían a Mauriac y su filósofo era Bergson. Admiraban *La pesanteur et la grâce*, de Simone Weil. De Jean Paul

Sartre lo único que les gustó fue su pequeña novela autobiográfica *Les mots*.

Sí, mis progenitoras tenían razón. Simone de Beauvoir era, ante todo, una burguesa (¡ni un miligramo de poesía en su escritura!), una francesa que comía *camemberts* a punto de la descomposición, que nunca se lavaba el pelo (de ahí tantos turbantes), que tenía relaciones con un hombre feo y desaliñado (Jean Paul Sartre, el del existencialismo), y estaba a mil años luz de otra escritora que jamás habría tenido el mal gusto de preocuparse por los temas de la mujer, la autora de *Las memorias de Adriano*, la belga Marguerite Yourcenar.

"Lo que escribe la Beauvoir huele a restos de cocina", decía la tía Bichette arrugando su aristocrática nariz (como la arrugaron todos los que leían *Le Figaro*), comentario que logró que asociara a Simone de Beauvoir con una cañería descompuesta. Hacerse visible, reclamar, indignarse sobre todo a partir de la menstruación, ¡qué horror y qué desatino! Pobre mujer, había convertido lo privado en político, la intimidad en patetismo.

Exhibirse le quitaba a la mujer su aura de poesía y de misterio. La mujer tenía que ser etérea, inalcanzable. Deslizarse delgada hasta los huesos envuelta en suaves chalinas, esconder su rostro y sus penas con un ancho sombrero de paja de Italia, no darse nunca por aludida, pasar por encima de las *ordinarieces* de la vida (sobre todo las infidelidades del marido), vivir a la manera de Katheryn Mansfield en *The garden party*.

Ese pedazo de carne en busca de orgasmos, esa apestosa criatura que nos presentaba Simone de Beauvoir era la antítesis de todo aquello que la clase social de la tía Bichette representaba. Sentada sobre un *bidet*, después del acto de amor para lavar fuera, a media noche, a los posibles hijos, convertía a la mujer en un ser nauseabundo en cuyo cuerpo se cumplían procesos ajenos a su voluntad. No había nada más fuera de sitio y más detestable que una mujer enojada, y Simone de Beauvoir era eso: una señora muy enojada que hablaba a puñetazos, asestaba sus juicios a martillazos, a ojos vistas, olía mal y ofendía con su mal aliento, como ofendía también el mal olor de su ensayo.

Bichette no era la única en anatemizar *El segundo sexo*. François Mauriac, el de *La Nouvelle Revue Française*, escribió algo parecido a los miembros de la redacción de *Les Temps Modernes*, que dirigía Jean Paul Sartre: "Ahora lo sé todo acerca de la vagina de su patrona".

El libro fue calificado de obsceno. El Vaticano lo prohibió. Su autora fue llamada pornógrafa, engendro satánico, lesbiana, comunista (cuando ya De Beauvoir se había desencantado del socialismo).

El segundo sexo hizo su camino. Los órganos femeninos empezaron a caminar por la calle. Los transeúntes veían vaginas y úteros donde antes sólo había apetitosas redondeces. Simone de Beauvoir nos había dibujado órganos encima de la piel. Ya no éramos bellas, sino genitales. El capítulo dedicado

a la madre, que le da prioridad al aborto, fue condenado a muerte. El hecho de que De Beauvoir escogiera no tener un hijo y por lo tanto rechazara el papel de madre y de sirvienta relegada a la familia resultó insultante a las buenas costumbres. Simone de Beauvoir destruía a la familia. La perpetuación de la especie humana no le preocupaba: para ella el "hogar, dulce hogar" no tenía el menor sentido. También fue categórica en su rechazo al voto.

Escuché a la tía Bichette, la secundé en todo, pero leí *El segundo sexo*, como lo leería una joven mujer. No me sentí ofendida, al contrario, descubrí con agradecimiento que no todo era tabú y me uní a las miles de lectoras que agradecieron su admirable estudio, fundamento del feminismo que hoy practicamos las mujeres del mundo. ¿Qué sería del feminismo sin el libro de Simone de Beauvoir? Nos hizo avanzar 50 años y otros 50 cuando firmó (al lado de Catherine Deneuve, Gisèle Halimi y otras mujeres célebres) un desplegado a plana entera con el escandaloso encabezado: "Yo aborté".

De *El segundo sexo* recuerdo que lo primero que me golpeó fue darme cuenta de que las mujeres viven dispersas entre los hombres, sometidas al padre y al marido, atadas al habitar, el trabajo, los intereses económicos, la condición social que las une más estrechamente a los hombres que a las otras mujeres. Sin más espacio que el que los hombres han querido concederles, las mujeres desconocen la solidaridad. El lazo que las une a sus opresores no es compara-

ble a ningún otro. La necesidad biológica (el deseo sexual y el deseo de posteridad) que pone al macho bajo la dependencia de la hembra jamás ha liberado socialmente a la mujer. Es cierto, a nosotras nos preñan. Somos casa tomada.

Otro de los pensamientos que me llamó la atención es la falta de carácter femenino. Al lado de la pretensión de todo individuo de auto-afirmarse (pretensión ética), sobreviene la tentación de huir de esa libertad y constituirse en casa. La huida es nefasta porque la mujer cae presa entonces de voluntades que la enajenan y la separan de su trascendencia, frustrándola de todo su valor. Pero es un camino fácil: uno evita así la angustia y la tensión de la existencia auténticamente asumida.

Simone de Beauvoir llegó a la aterradora conclusión de que un individuo o un grupo de individuos mantenido en situación de inferioridad se vuelve inferior, y el hecho es que es inferior, pero lo es porque sus circunstancias lo han vuelto inferior. Las mujeres, en conjunto, son hoy inferiores a los hombres, es decir, tienen muchas menos posibilidades. Por lo pronto, uno de los beneficios que la opresión le da a los opresores es que hasta el más humilde de ellos se siente superior. Así, el más mediocre de los *machos* se cree un semi-dios frente a la mujer. La extrema importancia de las discriminaciones sociales (que desde fuera parecen insignificantes) tienen repercusiones morales, intelectuales tan profundas en la mujer que la paralizan a veces de por vida.

Se cuenta que Platón agradecía a los dioses dos grandes beneficios: el primero, haberlo hecho libre y no esclavo; el segundo, hombre y no mujer.

Se me quedaron grabadas algunas frases. Desde luego la más común y corriente, repetida hasta la saciedad: "No se nace mujer, llega uno a serlo, ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana".

Por inclinación natural siempre he sentido una gran atracción por las mujeres, una inmensa simpatía. Recuerdo que me llamó la atención María Luisa Mendoza, *La China*, al hablar de las "mujeradas", las malas acciones que cometen algunas mujeres en contra de otras y su poca fe en la amistad femenina. No ha sido mi caso: las abrazo sin ninguna desconfianza. Y ellas a mí. Nuestra alianza nos ha fortalecido.

A veces me pregunto qué habría sucedido si no fuera mujer. Seguramente no habría esperado tanto. La esperanza es un estorbo. Desde luego no me habría embarazado. El espermatozoide es todo vida, con su pequeña cabeza y su cola movediza corre y se encuentra con la inmanencia del óvulo que lo espera sentado como un flan de sémola. Sin embargo, no creo haber sido tan pasiva. Confusa y destanteada, al acecho de algún milagro, sí. Fueron muchos los obstáculos, pero no mayores que la piedra que traigo adentro y que pesa tanto: la de las tradiciones, la religión, las fallas de carácter. Abdiqué en varias ocasiones porque la sociedad reclamaba esta abdi-

cación y por el temor de herir a terceros. Sé que el ser mujer afectó mi vida, perdí oportunidades, pero recibí otras dádivas: los hijos, el amor a la tierra y a sus frutos, la ternura, la conciencia del otro. También un hombre puede recibirlas, claro está, pero en general sus intereses se fincan en objetivos más definidos: buscan el reconocimiento de sus congéneres. A nosotras nos envuelve una realidad menos competitiva y más afín a la leche, el pan y la sal. Más que los hombres, en nosotras rige el ciclo biológico, tenemos la edad de nuestras glándulas. Charles Chaplin tuvo su último hijo, creo, a los 82 años. Muchas consideramos una injusticia dejar de procrear a los cincuenta, pero por otro lado, ¿qué haría un niño con una anciana como madre? Lo mismo puede decirse del padre demasiado viejo. Sin embargo, un padre viejo es tolerable. Una madre vieja es una insensata y la sociedad todavía nos confina a estos únicos papeles: el de madre y el de loca.

Las mujeres no sólo queremos sublimar nuestra condición femenina, hacernos a la idea de que ése es nuestro destino. Queremos trascender como los hombres, sentimos la misma urgencia de justificar nuestra existencia, pero como nos perpetuamos en nuestros hijos eso nos basta o confundimos el camino, y en algún momento nos estancamos. Es a esta parálisis a la que le tengo miedo. Y es Simone de Beauvoir, entre otros grandes pensadores, la que me ayuda a luchar contra la derrota al explicarnos el funcionamiento de las células, base de toda vida, y al

confirmar que es la actividad de ambos sexos la que continúa la especie.

México D.F. Domingo 30 de mayo de 1999

EL SARAMAGO DE *LA JORNADA*

José Saramago es múltiple y esplendoroso. Abro los *Cuadernos de Lanzarote*, una isla frente a las costas de África que Carlos Fuentes describe como un cráter del mar, que a mí me conmovió, porque en medio del paisaje negro, hirviente, los habitantes se las han arreglado para sembrar uvas, a las cuales les *hacen casita* para que no las desenraicen los vientos y las separen de su balsa de piedra. Leo cómo desde 1993 Saramago viaja a Londres, Lisboa, Madrid, París, Roma, Buenos Aires, Río de Janeiro. Recibe premios, ofrece conferencias, asiste a ferias, participa en mesas redondas, es jurado de concursos literarios... y entre tanto se las arregla para regresar a casa y escribir *Ensayo sobre la ceguera* a la sombra de Pilar, que también le *hace casa*, ahora más que nunca, contra la agitación furiosa de la celeridad.

Lo veo correr, estoico, de aquí para allá, día a día, hablar del *Doctor Fausto*, de Thomas Mann; de sus amigos Jorge Amado y Gonzalo Torrente Ballester. Quisiera detenerlo y me resigno a pensar que del único Saramago del que puedo hablar un poquito es del Saramago de *La Jornada*, aquél que en sus crónicas

me han dado Pablo Espinosa, que fue a Estocolmo a verlo recibir el Nobel en 1998; Hermann Bellinghau- sen, Mónica Mateos, César Güemes, Renato Ravelo... que lo han seguido fervorosamente durante sus días mexicanos, los de 1998 y los de 1999.

Ver a Saramago acercarse y elegir a quienes prefiere es una lección de entereza. "Millones de personas viven un atentado a su dignidad", declara a *La Jornada* y escoge a los más pequeños, los indígenas de Chiapas, y tras de él remolca a la península ibérica para que constate lo que sucede aquí, en las montañas del sureste desde 1517 hasta la fecha.

La voz de los más pequeños

Dentro de 19 días estaremos recordando el tercer año de la masacre de 45 indígenas en Acteal, en su mayoría mujeres y niños, que por su pobreza solemos llamar "los más pequeños". "¿Puede levantarse la gloria de Dios y la de un gobierno sobre la miseria de un solo niño muerto?", pregunta Carlos Fuentes. A propósito de los indios chiapanecos, dijo José Saramago en San Cristóbal las Casas: "Si la voz de un escritor les sirve para algo, mi voz es vuestra voz. Seguiré hasta el final de mi vida con la conciencia de que mi voz no es sólo mi voz, porque creo que por la boca de cada uno de nosotros está hablando la humanidad entera..."

La mirada de Saramago sobre Chiapas es intensa, tan intensa como la mirada de un niño chiapaneco al que le han destrozado la vida. Saramago habla

de las miradas severas recogidas de las mujeres, y se pregunta: "¿Cómo es que después de tanto sufrimiento ese mundo indio mantiene una esperanza? ¿Cómo pueden sonreír como aquel hombre de Polhó que acaba de decir: 'mañana puede que nos maten a todos, pero bueno, aquí estamos', con una sonrisa que no le han matado?"

Ayer, viernes 3 de diciembre, el *comandante David* volvió a decirlo en Oventic frente a un Saramago apesadumbrado, porque desde hace seis años nada ha cambiado y no se han cumplido los acuerdos de San Andrés: "No deseamos la muerte de nadie, no queremos que el costo de la justicia, la libertad y la democracia sea la muerte de muchas vidas humanas, pero cuando es necesario hay que morir".

La gente en Chiapas se muere de hambre y Saramago se preguntó en 1998: "¿De qué se están alimentando esas personas?" Y se respondió: "Se alimentan de su propia dignidad. Es su dignidad la que los mantiene vivos. Escuché relatos de una objetividad tal en los que nada es dramatizado y todo es dicho con palabras medidas, no calculadas, las justas para expresar lo que hay que expresar. Si hay algo difícil en la vida, es ser. Y ellos que no tienen nada lo son todo, y eso es lo que he ido a aprender a Chiapas".

El Nobel más querido

Saramago se inclina sobre nosotros con toda su paciencia, con la ternura que emana de su altura de hombre bueno. Le asombra que sus lectores le digan

que lo aman, no sólo en México sino en todas partes del mundo. Quizá de todos los premios Nobel, el del 98 sea el más querido. La gente lo rodea a ver si les hace el milagro, *El evangelio según Jesucristo* es el evangelio según Saramago.

En 1980 publicó una novela, *Levantado del suelo*, acerca de los campesinos del Alentejo, y durante tres años buscó cómo narrar esa historia hasta que pasó por encima de las reglas sintácticas y devolvió a los campesinos en sus propias palabras lo que ellos le habían dado tal y como se lo habían dado, es decir, su propio discurso, como si se hubiera convertido en uno de ellos.

Su visión del mundo, como él mismo lo afirma, es pesimista: "Las razones que me llevan a contar una determinada historia -dice Saramago- tienen que ver con mi visión del mundo, de la historia y de la sociedad, y son razones bastante pesimistas, porque el mundo no me da ningún motivo para ser optimista, y eso es lo que aparece en mis libros".

Y no es que Saramago no crea en la felicidad, sino que la considera una excepción, porque la vida es básicamente una carencia que la felicidad borra por un momento, la efímera negación de ese pesar que encontramos a la vuelta de la primera esquina. Basta leer el periódico para recordar puntualmente que las facultades humanas se desperdician diariamente en la brutal invención de armas y artefactos cada vez más especializados en una única y estúpida misión: exterminar a mujeres y a hombres. A veces

Saramago se indigna: "Yo no sé cómo nos atrevemos a decir que la raza humana es magnífica. Creo que es tiempo de aceptar que somos unas bestias".

Como lo recogió Mónica Mateos, Saramago es aún el muchacho que escuchaba la voz de sus dos humildes abuelos: "Sigo siendo el nieto de ese hombre y esa mujer y no quiero perderlos, es decir, no quiero olvidarlos, ni mis orígenes, mis raíces, la casa pobre, el suelo de tierra, la lluvia que entraba, los cerdos al lado. De esa gente que pareciera que no lleva dentro más que la brutalidad de su propia vida aprendí casi todo lo que he escrito, o por lo menos quedó el terreno bien preparado para la siembra de todas esas palabras".

Por esos abuelos sobre los que ha escrito páginas admirables, Saramago se alía a los indios de Chiapas. Por eso entiende a los que sufren a manos de otros hombres. Los personajes de José Saramago son casi tan entrañables como él: Ricardo Reis; el modesto José de *Todos los nombres*, y José, el carpintero de Nazareth, cavan hondo y van subiendo por nuestras venas, y nos conducen como topos por túneles de aflicción, hasta que nos invaden con su desesperanza.

La mirada del alma

Saramago escribe en nuestro más íntimo silencio y gracias a él levantamos la vista. Dejamos de leer y miramos más allá en un punto donde quizá podemos aprendernos a nosotros mismos. Hay puertas que no nos atrevemos a abrir. Escuchamos la llave que gira den-

tro de la cerradura y el llanto callado de Marcenda, la que tiene una mano inservible. Dentro de ese silencio es posible también que las palabras de Saramago nos enseñen a ver, pero a ver como ven los ciegos: para adentro, con el alma.

Nos persigue la ley, nos persigue la vida. La vida nos vive, como dijo el poeta Jaime García Terrés. Dudamos de todo, porque más que de certezas, el hombre es un ser de dudas. "Yo tengo todas las dudas del mundo, las mías y las de los otros – dice Saramago – . Mi obra de alguna forma es una reflexión sobre el error y la duda." Y añade: "Tenemos algunas certezas. Sabemos, por ejemplo, que la honestidad es preferible al engaño, que el amor es mejor que el odio. Pero esas certezas, esas cualidades que yo considero como certezas, no son las que mayoritariamente han guiado a la humanidad".

La escritura de *Todos los nombres* comenzó cuando Saramago buscaba el acta de defunción de su hermano, muerto a los cuatro años. Investigó en el hospital, en los ocho cementerios de Lisboa (que después darían luz al cuento *Reflujo*), en registros y archivos... hasta que encontró la comprobación. Convencido de que la gente muere verdaderamente cuando se le olvida, Saramago logró demostrarle al registro civil que un hombre es algo más que una tarjeta (nombre, nacimiento, divorcio, muerte) guardada en algún polvoso archivero al fondo de un pasillo oscuro.

Ensayo sobre la ceguera es un libro desgarrador, en el que todos se van quedando ciegos (médicos,

ladrones, mujeres de excepción, muchachas de anteojos oscuros, niños estrábicos) en una alegoría de la condición humana que olvida la responsabilidad ética que implica el ver, el tener ojos cuando otros irremediablemente los han perdido. La muchacha de los anteojos oscuros dice una frase memorable: "Hay dentro de nosotros una cosa que no tiene nombre, esa cosa es lo que somos".

Tal vez sea eso lo que nosotros buscamos: no el nombre que nos dieron, sino nuestro verdadero nombre, el que algún día vamos a encontrar. Es el que buscamos, a lo mejor sin saberlo, en cada una de las cosas que hacemos. Como cuando estamos a punto de dormir y pensamos en una palabra que es la que nos conduce al sueño, pero es una palabra que se pierde en el momento en que nos dormimos y jamás volvemos a recordar en la vigilia.

El mundo está oscuro

Consecuente consigo mismo, Saramago vincula su obra a las causas sociales, que son siempre políticas. Ejemplo de ello es *El cuento la isla desconocida*, que recaudó 281 mil dólares para víctimas del huracán Mitch. Fueron entregados a la Cruz Roja y utilizados para la reconstrucción de quince escuelas en América central.

En agosto de ese mismo año rechazó el título de doctor *honoris causa* que le deseaba entregar la Universidad de Pará, Brasil, al saber que en esa región, el gobernador Almir Gabriel era el mismo que

había ordenado la matanza de 19 militantes del movimiento Campesinos sin Tierra.

Su solidaridad con los más olvidados lo ha hecho enfrentarse a gobiernos y a líderes corruptos, y acercarse a jóvenes universitarios, indígenas, hombres y mujeres que se encuentran en desventaja y en situaciones injustas. Para el suplemento *Foto*, que dirige Raúl Ortega en *La Jornada*, preparó un número sobre Chiapas con Sebastián Salgado, a quien ya le había prologado un libro, *Terra*, acerca de los sin tierra, los desposeídos de un bien esencial para su existencia.

Cuando el 6 de julio de 1999, José Saramago recibió la medalla de honor de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en Santander, dijo: "Me gustaría ser recordado por esa cosa tan sencilla aparentemente, pero no tan corriente, como es el hombre bueno que sin proponérmelo he hecho todo lo posible por ser", y abogó por una revolución de la bondad.

Tal vez, como él mismo reconoce, no se trata más que de un disparate, pero consiste en que cada mañana, al levantarnos, nos propongamos no dañar a nadie y darnos cuenta que de nada sirve aferrarnos a nada, como nos lo enseña Milton en su *Paradise lost*, y *El evangelio según Jesucristo*, un libro que nos atañe a las mujeres que damos a luz a dioses y ángeles caídos, a ganadores y a perdedores (amamos siempre más a los perdedores que a los que triunfan), y nos oponemos a la salvación de un solo niño a costa de la muerte de todos, porque es inaceptable que uno viva si no van a vivir todos, y aspiramos al cielo de la

anunciación a María de Saramago, a esa visión de belleza casi insoportable en la que todos y todas comen lo mismo y a la misma hora. Aunque José Saramago, desde la incesante tristeza, comienza su relato *El mundo de los horrores*, con una afirmación que nos atrapa más que la belleza. “Esta mañana, al salir a la calle, me di cuenta de que el mundo estaba oscuro.”

* Palabras que la escritora mexicana pronunció como preámbulo a la charla que el escritor portugués ofreció anoche, en el Palacio de Bellas Artes.

México D.F. Domingo 5 de diciembre de 1999

Rius, EDUCADOR DE MILLONES DE MEXICANOS

Si en los años 50 *Rius* me hubiera propuesto matrimonio, hoy sería su señora y le hubiera dado unos cuatro o cinco supermachitos güeritos y un poco tímidos como él y como yo, pero como nunca me dijo nada (seguro porque no soy vegetariana ni comparto su agnosticismo), aquí estoy presentándolo, 50 años después de conocernos y a lo mejor saliendo de aquí hay boda, aunque ya no dé a luz ni a un supermachito.

Eduardo del Río, *Rius*, siempre ha guardado un perfil bajo. Siempre le han pagado una miseria, pero como casi no come parece que no le importa. Así como lo ven ustedes de flaquito, ha sido capaz de descontar de un solo *upper cut* a Vicente Fox Quesada y de tirar en la lona por *knock out* al *Innombrable*. A diferencia de muchos intelectuales que se creen la divina garza envuelta en huevo, no es una *vedette* ni tiene un ego del tamaño del mundo. Será porque durante siete años lo aleccionaron los salesianos. Iba a ser sacerdote, pero terminó en Gayosso como gerente de comunicaciones o sea telefonista y en su tiempo muerto, que era mucho (porque entonces no había

tantos muertos), hacía dibujos que paliaran la grisura funeraria de los ataúdes de metal.

Michoacano como José María Morelos, Lázaro Cárdenas, el cardiólogo Ignacio Chávez, el pintor Alfredo Zalce, Melchor Ocampo, el caricaturista Rogelio Naranjo, el Premio Nobel de la Paz Alfonso García Robles y los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, *Rius* es uno de nuestros grandes maestros, el más amado, el más celebrado.

En 1954 lo acogió la revista *Ja-Já*, pero fueron *Los Supermachos* y luego *Los Agachados*, que aparecieron a finales de los años 60, los que lo convirtieron en el *Rius* que conocemos. Autor de más de 120 libros, *Rius* es nuestro Piaget, nuestro Freinet de la Escuela Activa, Iván Illich su vecino en Cuernavaca, B. F. Skinner el padre del conductismo, Pestalozzi, Montaigne y Federico Froebel. *Rius* es, sin proponérselo, uno de los grandes educadores de México del siglo XX.

"El me educó, él me enseñó, por él soy la luchadora que soy", dice Jesusa Rodríguez, quien lo devoró desde niña. "Cuando estaba en sexto de primaria me dejaron una tarea de civismo sobre los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial y se me ocurrió hacer precisamente una historieta a la manera de *Rius*. Copié sus monos uno a uno, casi los calqué y me saqué 10. Los dibujos de *Rius* convirtieron a la caricatura en un arte didáctico, muy creativo y sobre todo muy mexicano. Me hacía reír a carcajadas con sus comentarios en boca de algún personaje popular y eso aligeraba la lección que nos daba en cada número. *Rius* siempre dio en el

blanco. También leía yo a Germán Butze y devoré *La familia Burrón*, de Gabriel Vargas, pero quién más me enseñó y más me enseña todavía hoy es *Rius*. Soy su *fan* incondicional y le rindo pleitesía."

También yo soy su devota. Durante años tuve sobre mi máquina de escribir Olivetti una calcomanía de *Los Supermachos* que luego se transformaron en *Los Agachados* para que me trajera suerte, así que pensé en *Rius* de mañana, tarde y noche. "¡Ah, trae usted a *Los Supermachos!*", me decían hasta en Estados Unidos, porque de esa historieta se vendían 250 mil ejemplares semanales.

Todos los *moneros* lo quieren por su capacidad, pero también por su modestia. *Rius*, secuestrado en 1968, es uno de los santos de Rafael Barajas *El Fisgón*, quien cree más en él que en la Virgen de Guadalupe.

México entero comenta que lo mejor de *La Jornada* son sus *moneros*, Rafael Barajas, *El Fisgón*, Helguera, Rocha, *Magú*, Ahumada, Hernández. Este último cuenta que compraba la historieta de *Rius* cada ocho días y la consultaba para hacer su tarea.

El *subcomandante Marcos*, líder del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, reveló en una entrevista que *Rius* había sido su maestro. "En la provincia la política llegaba por *Rius* o no llegaba."

Los libros de *Rius* son mucho más que los de un buen caricaturista de izquierda, pero cabría preguntarse, ¿qué caricaturista es de derecha? *Rius* ha enseñado, informado y politizado a millones de mexicanos. Después de su libro *Cuba para principiantes* en defen-

sa de la revolución castrista, Fidel, Fidel, qué tiene Fidel que los estadounidenses no pueden con él, publicado en 1965, *Rius* le echó agua a su vino como diría mi mamá y ya no propuso la rebelión armada para lograr un cambio. Casi 30 años más tarde, en 1994, *Rius*, autocrítico y honrado a carta cabal, hizo pública su decepción con la Revolución Cubana en *Lástima de Cuba* y dijo que su *Cuba para principiantes* era la obra de un novato.

Ferozmente antigobierno estadounidense, *Rius* nunca visita Estados Unidos por más que lo inviten, porque allá tiene sus *fans*. Recuerdo que el astrónomo Guillermo Haro, como buen hombre de izquierda, decía que sólo viajaría a Estados Unidos cuando recuperáramos Texas. *Rius* pertenece a la misma escuela y su tío Sam es un verdadero espantapájaros, sus banqueros, unos gordos repugnantes y si Nixon fue el monstruo de la Laguna Negra, ahora Bush es el peor de los carniceros.

En cambio, Mijail Gorbachov, con su mapa en la calva, gozó de su simpatía y en *La perestroika* elogia el deshielo *glasnost* que liberó a la prensa soviética, aunque no del todo porque en Rusia acaban de asesinar a la periodista Anna Politkovskaya, defensora de los chechenos.

Todo lo que sé y sabré jamás de marxismo se lo debo al *Marx para principiantes*, de Eduardo del Río, *Rius*, aunque no sé si todavía siga creyendo en Marx.

Como soy niña de convento de monjas, recuerdo que cuando leí muy tarde *La historia de las*

religiones, de Salomón Reinach, cerraba yo el libro al enterarme de que en casi todas hay una virgen que da a luz por obra del Espíritu Santo. Volvía a abrirlo después de respirar hondo, seguro estaba cometiendo un pecado mortal y me iría de cabeza al infierno. Por eso también las historietas de *Rius* sobre la divinidad de Jesús me causan escalofríos: *Cristo de carne y hueso*, *Jesús alias el Cristo*, *El católico preguntón*, *La Iglesia y otros cuentos*, *Puré de papas*, *Cada quien su Dios*, *La Biblia, esa linda tontería*, que asegura que Moisés no existió, me quitan el sueño; pero reconozco que tiene razón y hago todos los esfuerzos del mundo para ya no ser tan babosa. Además soy feminista y estoy de acuerdo con los métodos anticonceptivos, la legalización del aborto, la ley de sociedades de convivencia y la formidable lucha contra el sida que lleva a cabo Gustavo Reyes Terán en su laboratorio del Hospital de Nutrición.

Votas y te vas (título tomado del "Comes y te vas" de Vicente Fox a Fidel Castro), que hoy presentamos, trata de las elecciones presidenciales del 2 de julio de 2006 y *Rius* hace polvo al Instituto Federal Electoral (IFE) y a Vicente Fox. *Votas y te vas* es una formidable defensa de Andrés Manuel López Obrador. Durante la campaña que se inició en febrero, López Obrador barrió con sus contrincantes Madrazo y Calderón, y llenó plazas y toreros. *Rius* denuncia las amenazas telefónicas hechas por el gobierno y por los empresarios: "Si gana ese comunista le van a quitar su casa y su coche" o "Si vota por él, se van a

llevar a Cuba y a Venezuela a sus hijos para adoctrinarlos". *Rius* siempre ha integrado en sus historietas, fotografías, recortes y dibujos de otros autores. Me halaga mucho aparecer en fotografía en *Votas y te vas* a propósito del spot en defensa de Andrés Manuel, en abril de 2006, en el que pedía yo a los panistas que jugaran limpio y no calumniaran.

Sin embargo, *Rius* no es incondicional. Condena el autoritarismo, el "yo solo me basto" y varias de las decisiones de campaña de López Obrador. Nunca hay que confiarse demasiado y López Obrador, terco como una mula, con su *ritornello* de "vamos bien, vamos bien" perdió perspectiva y no cubrió todos los flancos. Andrés Manuel falló al no defenderse de los ataques de Fox, los del Consejo Coordinador Empresarial y los millones de spots de las televisoras. Su ausencia del primer debate presidencial fue un error muy bien aprovechado por los fabricantes de encuestas y las televisoras, que de inmediato inflaron el "milagroso" repunte de Calderón. ¡Y ahí fue dónde!

En *Votas y te vas*, *Rius* echa luz sobre el desastroso papel del IFE, quien, entre otras cosas, debía tener un padrón de electores fuera de toda duda, pero lo rasuró y dejó fuera a miles de simpatizantes.

El golpe de Estado contra López Obrador se preparó con anticipación. Ya con el desafuero y el predio del Encino se había pretendido sacarlo de la contienda electoral. Cientos de miles de spots lo descalificaron. Vicente Fox Quesada y el Consejo Coordinador Empresarial embistieron al unísono

en contra suya. Eduardo del Río, *Rius*, como muchos de nosotros, está seguro de que el desabrido Calderón no ganó y de que los manejos turbios del IFE son responsables del fraude. El IFE mandó imprimir casi tres millones más de boletas cuando conocía perfectamente el número de electores. *Rius* se pregunta con razón: "¿Por qué tantas y dónde están?" Bolívar Huerta y otros matemáticos de la Universidad Nacional Autónoma de México demostraron que el sistema de computación del IFE sólo es confiable para el propio instituto.

"Los burócratas del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación" -como los llama *Rius*- accedieron a que se contaran sólo 11 mil 839 casillas de un total de 130 mil, "reconociendo así que en gran parte de los estados panistas, las elecciones no habían sido limpias, para vergüenza del pinche IFE". A esto, *Rius* agrega "que la supuesta fiesta electoral nos costó a los mexicanos mil 200 millones de dólares".

La sonrisa de *Rius* es el punto de partida de toda su obra. Ninguna amargura, ninguna envidia, ninguna revancha a lo largo de su vastísima obra. No habla por la herida porque ha sabido superar avatares y desastres personales y públicos. No personaliza porque aprendió en la infancia a no tomarse en serio, pero sí a saber que su trabajo de amor por México es muy serio y por eso mismo lo hace mediante el humor y la ironía que son la mejor forma de encarar las peores situaciones. Desde niño se rebeló contra la autoridad: su mamá, sus maestros. Desde niño también

descubrió que al rebelarse tenía razón. Sus libros son una gran rebeldía y son irreprochables, porque todos los datos son verídicos y se basan en la realidad.

Votas y te vas viene a añadirse a la ascendente carrera de *Rius*, cada vez más rebelde, cada vez más lúcido, cada vez más entrañable, cada vez más indispensable en el proceso educativo de los mexicanos.

México D.F. Domingo 26 de noviembre de 2006

LA MUERTE DE RYSZARD KAPUSCINSKI

"Con el apellido que tienes no te voy a dar una entrevista hasta que no hables polaco". "Entonces no me la vas a dar nunca, porque el polaco es un idioma endiablado que además se declina como el latín." A Ryszard Kapuscinski le molestaba que no supiera sino cuatro palabras, pero me sonreía. Durante su vida trató a la gente como si a la vuelta de la esquina fuera a caer muerta y jamás volvería a verla. Al sentirse valorada, la gente despepitaba con toda confianza su historia de vida. *Kapu* escuchaba con respeto, con cuidado, con cariño porque era un hombre lleno de compasión humana. Así deberíamos ser los periodistas. En Nueva York lo vi por última vez en el encuentro internacional del Pen Club. Salman Rushdie lo apreciaba mucho y dijo que *Ébano* (que en Francia obtuvo en 2000 el premio al mejor libro) era una deslumbrante mezcla de reportaje y arte, y que era para él el libro más logrado del gran escritor polaco, "una obra maestra". Los periódicos *Die Zeist* y *Frankfurter Allgemeine Zeitung* lo aclamaron y consideraron el más grande periodista de la actualidad.

En Nueva York, escritores de la talla de Paul Auster, Margaret Atwood y Breyten Brettenbach lo consideraban su par y lo buscaban para dialogar con él.

Nacido en 1932 en Pinsk, Polonia, a los 13 años se mudó a Varsovia y en los años 50 la agencia de prensa polaca no se dio cuenta de que al enviar a ese muchachito carirredondo, rubio y sonriente como corresponsal a Medio Oriente, África y América Latina, forjaba a un nuevo Marco Polo, pero esta vez del periodismo, porque Kapuscinski jamás dejó de viajar y de apasionarse por los pueblos de la tierra. El único continente al que no le dedicó su vida fue a Oceanía.

La italiana María Nadotti, de *Línea d'Ombra*, organizó en Milán, en noviembre de 1994 para el congreso "Ver, entender, explicar: literatura y periodismo en un fin de siglo", un diálogo entre John Berger y Kapuscinski. Mi amiga María fue la moderadora. El inglés y el polaco se querían entrañablemente porque tenían mucho en común y no quiero pensar en lo mal que la ha de estar pasando John Berger. Ese diálogo fue tan notable que después se recogió en un libro: *Los cínicos no sirven para este oficio* (sobre el buen periodismo). "Hoy, para entender hacia dónde vamos -sostiene Kapuscinski- no hace falta fijarse en la política, sino en el arte. Siempre ha sido el arte el que, con gran anticipación y claridad, ha indicado qué rumbo estaba tomando el mundo y las grandes transformaciones que se preparaban. Es más útil entrar en un museo que hablar con 100 políticos profesionales. Hoy día, como el arte nos revela, la historia se está

posmodernizando. Si le aplicáramos a ella las categorías interpretativas que hemos elaborado para el arte, quizá lograríamos desentrañarla mejor y tendríamos instrumentos de análisis menos obsoletos de los que, generalmente, nos empeñamos en utilizar."

Muchos mexicanos quisimos al mejor de todos nosotros, los reporteros. A Pablo Espinosa, quien le hizo una excelente entrevista para *La Jornada*, le dijo que una mala persona nunca puede ser buen periodista y lamentó que los medios estén cada vez más en manos de comerciantes. Hombre sencillo si los hay, Kapuscinski nunca buscó el reconocimiento y menos el lujo. Compartió siempre las condiciones de vida de sus entrevistados y como estos no tenían para comer, él no comía; como dormían en el suelo, él dormía en el suelo; como no tenían agua, él pasaba sed. En África hizo largas colas entre niños (porque los niños eran los encargados) para acarrear el agua. Aguantó granizadas e insolaciones, viajes en camiones destartalados y en trenes atiborrados y malolientes en la India; fue pobre entre los pobres. Nos deja el ejemplo de un periodista como ya no los hay, un hombre que ejerce su profesión como uno más, desprendido de todo, de vuelta de todo, al servicio de todos.

En marzo habría cumplido 75 años (era dos meses mayor que yo). Decía que la nuestra no es una profesión para egoístas. Nos descubrió África, el continente que en cierta forma se nos parece, porque aunque no somos negros nos ha ido negro. Inso-

bornable, traducido a muchos idiomas convirtió en libros sus grandes reportajes y los volvió literatura.

Su libro sobre el emperador de Etiopía, Haile Selassie (que parecía una pasita que camina, lo vi cuando vino a México y caminó todo dado a la tristeza por la avenida Juárez), es un clásico, como lo es su texto que nos toca de cerca sobre *La guerra del fútbol*.

¿Quiénes se aproximaron a su talla? Desde luego Walter Lippmann, en Estados Unidos. En México, gracias a la Virgen de Guadalupe, tenemos a Julio Scherer, Carlos Monsiváis, Vicente Leñero, Jaime Avilés (que saben moverse en los cinturones de miseria y en el hacinamiento de los miserables), Blanche Petrich y a la mujer que hizo el mejor reportaje sobre el *subcomandante Marcos*: Alma Guillermoprieto. Claro que se me van muchos nombres, seguramente hay otros en México y en el resto del mundo. *Los ejércitos de la noche*, de Norman Mailer, es un libro que sale del periodismo como *A sangre fría*, de Truman Capote, y la obra entera de Tom Wolfe, el padre del *New Journalism*.

Los humillados de Lima y de Bogotá, los desempleados de la India y de Tailandia, los jóvenes sin oportunidades de Nigeria y Kenia tendrán que buscarse a otro que luce a su lado, como lo hizo Kapuscinski para alcanzar una vida digna.

México D.F. Sábado 26 de enero de 2007

PRIMERA ENTREVISTA A DIEGO RIVERA

La única entrevista a la que me acompañó mi mamá en los 50 fue a la de Diego Rivera. Diego había pintado muchas veces a mi tía Pita Amor, y en una de éstas la desnudó y para que no cupiera duda –aunque Pita en el retrato parece un pescadito rosa, un charal– escribió bajo sus pies: "Yo soy la poetisa Pita Amor". Mamá esperó en el coche mientras yo subía al estudio en Altavista y me topé con uno de los hombres más desconcertantes y encantadores que me ha tocado entrevistar. Además me pareció generoso porque siempre tuvo tiempo para los periodistas, entre otros, una muchacha como yo. Su secretaria, Teresita Proenza, se asomaba de vez en cuando y le sonreía a mi juventud. Lento e indulgente accedió a contestar cuanta pregunta le hiciera, los ojos acuosos, sentado sobre una silla demasiado pequeña, elefante equilibrista y barrigón, barrigón (en el fondo todas las palabras en "on" se hicieron para Diego Rivera: Grandulón, concepción, cabezón, revolución, tragón –él mismo comentó que se echaba de un solo empujón un litro

de tequila-, contemplación, ojón, -aluvión de mentiras que al final de cuentas resultaron verdades- y corazón; sí, porque a Diego se le salió del pecho. Saltó porque "el sapo es todo corazón" y se refugió en un medallón antiguo que a Frida le colgaba del pecho).

-¿Cuál es para usted el colmo de la felicidad?

-No haber nacido.

-Pero, ¿por qué dice usted eso?

(La señorita Judith Ferreto, quien llegó con una perrita, *Capulina*, interrumpe:)

-¿Ni siquiera el amor de Frida Kahlo justifica tu existencia, Dieguito?

-No. Porque en realidad le di tanta lata y le hice tanto daño que mejor sería no haber nacido.

-Su madre no diría lo mismo, maestro.

-Yo nunca quise a mi madre, y jamás me llevé bien con ella...

-Está usted como un señor que empieza su obra con un: "Yo odio a mi madre".

-Bueno, no tanto.

(Declara Diego que hizo sufrir a Frida, y sin embargo, me acuerdo de un pasaje de la propia Frida: "Quizá esperen oír de mí lamentos de 'lo mucho que se sufre' viviendo con un hombre como Diego. Pero yo no creo que las márgenes de un río sufran por dejarlo correr...")

-A ver, otra preguntita -sonríe Diego.

-Perdone maestro, me distraje. ¿Cuál es para usted el colmo de la infelicidad?

-El colmo de la infelicidad oscila entre el estreñimiento y asistir sin ganas a una reunión mundana.

-Sin embargo usted aparece en los periódicos un día sí y otro también. ¿No es usted amigo de los "Trescientos y algunos más"? ¿No le interesan a usted?

-No.

-¡Pero bien que los retrata!

-Sí. Pero no los conozco.

-¿Ni siquiera los conoce para retratarlos? Entonces, ¿cómo le hace?

-Para retratar no hay necesidad de interesarse ni de conocer al modelo.

-¡Eso es imposible!

-Me explico. Hay dos sentidos de conocer. El mundano, en el cual yo no conozco a la sociedad, puesto que no tengo el honor de frecuentarla. Y el sentido bíblico, en el cual puede decirse que la conozco.

-¿Y cuál es el sentido bíblico?

-¡No se haga, no se haga! ¿A poco no sabe? Es el sentido en que Noé conoció a sus hijas para crecer y multiplicarse el género humano. Además, no es preciso el conocimiento mundano para entender a la sociedad y saber todo lo que a ella concierne desde su origen hasta su presente y próximo futuro y observarla profundamente y con apasionado cuidado, e inclusive amarla en la persona de sus mejores ejemplares femeninos. Creo que es por eso que he podido pintarla. Nada importa que el amor no haya sido correspondido en la mayoría de los casos...

-¿Y quiénes son las mujeres que usted ha amado?

-¿Las mujeres que he amado? Tuve la suerte de amar a la mujer más maravillosa que he conocido. Ella fue la poesía misma y el genio mismo. Desgraciadamente no supe amarla a ella sola, pues he sido siempre incapaz de amar a una sola mujer. Dicen mis amigos que mi corazón es un multifamiliar. Por mi parte, creo que el mandato "amaos los unos a los otros" no indica limitación numérica de ninguna especie, sino que antes bien, abarca a la humanidad entera.

-Pero yo lo que necesito son nombres, señor Rivera, nombres... ¿Cómo se llaman las mujeres a quienes usted ama?

-Si me pusiera a decirle nombres disgustaría a las nombradas... ¡y que nuestra Madre de Guadalupe nos libre de tal cosa! En segundo, ganaría fama de presumido, pedante y rajón, y habría cerrado para mí las veredas únicas que me interesa recorrer en esta cochina vida.

-¿Pero usted sólo considera a las mujeres como hembras? ¿O cree usted en su inteligencia y en su superioridad? ¿Cree usted en el matriarcado?

-En primer lugar yo estoy totalmente seguro de que la mujer no es de la misma especie del hombre. *La humanidad es la mujer*. Los hombres somos una subespecie de animales, casi estúpidos, insensitivos, inadecuados completamente para el amor, creados por la mujer para ponerse al servicio del ser intelligen-

te y sensitivo que ellas representan. Un animal semi inteligente que ejecuta las tareas necesarias mediante la dirección de las mujeres, es decir, el hombre es a la mujer lo que el caballo es al hombre y nada más.

(La señorita Ferreto ríe. ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi! Mira a Diego y se retuerce un poco, interrumpe mimosa:)

-¿No te importa ser caballo, Dieguito?

-¡Burro, con tal de que me ensillen!

(Con razón dijo Frida: "No hablaré de Diego como de mi 'esposo' porque sería ridículo. Diego no ha sido jamás ni será 'esposo' de nadie. Tampoco como de un amante, porque él abarca mucho más allá de las limitaciones sexuales, y si hablara de él como de mi hijo, no haría sino describir o pintar mi propia emoción, casi mi autorretrato y no el de Diego.)

-Daría todo lo que he podido hacer gozar, inclusive el amor de Frida Kahlo, lo único realmente grande que he tenido, con tal de haber evitado el asco y las molestias que he tenido que aguantar para vivir. Esto no quiere decir que sea yo pesimista. Soy más bien epicúreo y hedonista, dentro de lo que puede haber de estas tendencias en el marxismo. Por eso es evidente que el mayor placer es el de existir dentro de la maravillosa organización universal de la materia y aguantar las molestias del ciudadano habitante de uno de los mundos más mal hechos que sea posible concebir, que es nuestra querida Tierra.

-Entonces, si se pudiera volver a nacer, ¿regresaría a la Tierra?

-Ni de chiste.

-¿A dónde iría?

-A todas partes menos a la Tierra.

-¿Usted no cree en Dios?

-Definitivamente no. Porque no se puede creer en una fuerza que está implícita y presente en toda manifestación de energía o materia. No se cree más que cuando no se entiende. Y el concepto de los dioses es una miserable disminución a escala de un mundo en donde todo ser animado necesita asesinar para vivir, un rebajamiento del maravilloso principio vital que todo lo anima, lo mismo lo deseable que lo indeseable que tal vez sea indeseable solamente porque nosotros no lo entendemos claro.

(He conservado el modo de hablar de Diego por "alrevesado" que me parezca...)

-Pero maestro, ¿qué no le interesan las religiones?

-Yo respeto todas las religiones. Me interesan extraordinariamente en el mismo plano y por análogas razones con que respeto todas las enfermedades y me intereso extraordinariamente en su curación.

-¿Y cuál sería la curación para las enfermedades religiosas?

-La curación es la nueva sociedad socialista en su pleno desarrollo que implicará la muerte del Estado previa la difusión general del máximo conocimiento posible de la existencia universal cuando no haya represiones, autoridades, ignorancia, temor a la muerte, impotencia para evitar el dolor. Cuando se

entiendan claro, las fuerzas del universo, no habrá ninguna razón para inventar dioses que nos den lo que no somos capaces de obtener por nuestras propias fuerzas...

-Pero maestro, nos falta siempre algo por obtener, y eso a lo cual aspiramos desde lo más profundo de nuestro ser eternamente incompleto, es Dios.

(En este momento, *Capulina* brinca sobre las rodillas de Diego. Es una perrita pelona, con un abrigo de cuadritos morados y las uñas pintadas de rojo. Diego la apapacha porque estuvo en la cama de Frida la noche en que ella murió. No sé por qué, pero toda esta casa de San Ángel sabe a Frida Kahlo. Será porque Teresita, la infatigable secretaria de Diego, que en ese instante le trae su té y sus medicinas, la recuerda constantemente: "Sabe usted, señorita, Fridita era tan valiente, tan generosa. Yo la oía hablar por teléfono: *Fíjate, yo me siento muy bien, pero dice el doctor que me va a tener que cortar la pata...*")

Miro a Diego, que sorbe lentamente su té en un dedal con pretensiones de taza. Yo me había imaginado a Diego bebiendo inmensos tarros de cerveza y cantando en ruso. Y resulta que es un blando y sumiso cordero que obedece el mandato de Teresita: "Dieguito, tómate tus medicinas", y que pronuncia palabras en el francés más claro y cartesiano que pueda escucharse. Es un inmenso elefante de felpa, el papá de Dumbo, obediente y adormilado.

-¿Cuál es el hecho histórico que más admira?
(Al elefante se le quita de pronto, la felpa).

-La Revolución de octubre que dio el poder al proletariado soviético y como consecuencia lo dará al proletariado mundial.

-¿Qué reforma social espera con ansia?

-La implantación del comunismo a escala mundial y, en consecuencia, la de la muerte del Estado.

-Pero maestro, ¿qué es lo que el Partido Comunista hace por México?

-El Partido Comunista es el único que defiende los intereses del pueblo, es decir, de las mayorías productivas, manuales e intelectuales, contra sus explotadores del interior y del exterior. En todo aquello que representa algo favorable para el pueblo de México durante los últimos 35 años, está presente y visible la acción del partido, lo cual quiere decir que lo que hace el Partido Comunista es ejercer el patriotismo o sea el amor a México, expresado en acciones favorables al país. Ningún otro partido puede decir lo mismo, y un día todo el pueblo de México pertenecerá al Partido Comunista. Entonces se habrá establecido en nuestra patria la solidaridad humana, y el mayor bienestar posible dentro de las condiciones reales del mundo vendrá como consecuencia.

(Los judas complacidos asienten con la cabeza. Con sus ojos de cartón fijos y vigilantes miran al hombre sentado a sus pies. Un hombre muy ampón, con un gran vientre forrado de *tweed* y una camisa azul rey. Unos ojos saltones bordados de rosa y una mano pequeña. La mano de Diego es menuda, transparente casi, y a mí siempre me han impresionado los

señores cuyas manos y cuyos pies terminan en chiquito. ¡Como que están mal acabados! ¡Ya no alcanzó la piel y hubo que remachar rápidamente! Pero las manos de Diego son herramientas exactas, utilería de gran precisión, creadoras inagotables, sensibles e inteligentes. La presencia de los judas es maligna y se deja caer sobre la entrevista. ¡No me dejan desvariar! Cada vez que levanto los ojos encuentro un brazo de cartón blanco o unos labios de papel pintado...)

-Elenita, ¿usted le toma el pelo a los entrevistados, o no?

-No tanto, no tanto, maestro... ¿Le hago la siguiente pregunta?

-Bueno.

-¿Por cuál personaje histórico siente la mayor admiración?

-No podría elegir entre Lenin, Carlos Marx y Federico Engels.

-¿Por cuáles defectos siente usted una mayor indulgencia?

-Por los más grandes.

-¿Podría darme una definición de su carácter?

-Desgraciadamente no soy adivino, ni psicoanalista, ni siquiera filósofo. En cuanto a mi carácter vaya usted a saber porque no me conozco... Creo que...

-¿Y no intenta conocerse?

-Sí, pero no me interrumpa usted. Toda mi vida he tratado de conocerme, sin conseguirlo. La introspección ha sido en mí un completo fracaso.

-¿Y cree usted que hay alguien que lo conozca?

-Supongo que todas las mujeres que han tenido relaciones conmigo, aunque no sean sino amistosas o profesionales, por ejemplo, usted misma, Elenita Poniatowska.

-¿Usted cree en la virtud?

-Don Francisco de Quevedo dijo hace mucho tiempo: "No existe la virtud estando a oscuras". Extiendo la realidad física a la realidad psicológica e imaginativa y con esto estoy completamente de acuerdo con Don Francisco de Quevedo.

-¿Cuál es el escritor que más le ha impresionado?

-Rabelais.

-¿Por qué?

-Esto no está en el cuestionario de Marcel Proust y no se lo voy a contestar porque sería interminable.

(El ogro ríe amablemente mostrándome una hilera de dientes pequeños. ¿Serán de leche? Indudablemente Diego Rivera no quiere ser tomado por Gargantúa).

-¿Cuáles son sus héroes y sus heroínas en la vida real?

-Es muy larga la lista, pero puedo citar cuando menos a Madame Lovachewska, a Marie Curie y a Frida Kahlo. Y volviéndonos a la cabeza de la lista, la reina Nefertiti.

-¿Por qué a Nefertiti?

-Nefertiti inventó el sistema central para el funcionamiento planetario y el monoteísmo que transmitió más tarde a Moisés haciendo posible el concepto moderno social. Admiro a Madame Lovachewska porque en su concepción del universo ovoidal descubrió que las paralelas no actúan como quería Euclides sino que siempre se juntan. Sin este cerebro femenino polonés no hubiera sido posible la ciencia moderna. Cada vez que los hombres encuentran un callejón sin salida en sus conclusiones científicas, la mujer derrumba el muro que lo cerraba para que el hombre siga adelante. Así lo hizo Nefertiti y después la Lovachewska. Nada de la actual ciencia hubiera sido posible dentro del concepto euclidiano, y cuando el hombre no pudo seguir adelante en el camino iniciado por la sabia polonesa, otro gran cerebro femenino dio la posibilidad. Los descubrimientos de Marie Curie hicieron posible todos los tremendos espacios donde se desarrolla actualmente el conocimiento de la materia, especialmente en lo relativo a lo más esencial de su estructura: el átomo. Yo no hubiera sabido -y creo que algún día lo sabrán todas las gentes-, a lo que puede llegar el heroísmo ante el dolor, la alegría a pesar del tormento, la ternura sin límite y el genio plástico en lo que tiene de más íntimo y directo, si no hubiera conocido a Frida Kahlo. Por eso es una de mis heroínas.

Para mi sorpresa, al finalizar la entrevista, Diego me acompañó hasta el coche porque le dije que mi mamá me esperaba. La saludó con una cortesía

manifiesta y le preguntó si podría yo venir a posar porque necesitaba una carita eslava para encabezar el cuadro de una manifestación en Rusia. ¿O sería una procesión? "Voy a ponerle, como las campesinas rusas, una mascada en la cabeza." Mamá, muy seria, casi no le respondió. Después, al arrancar el automóvil me dijo:

-Ni de chiste, no te vaya a pintar como a tu tía Pita.

México D.F. Domingo 2 de diciembre de 2007

HOMENAJE A LEONORA CARRINGTON (I)

Donde está Leonora Carrington está el surrealismo. Aunque André Breton consagró a México como país surrealista por excelencia y definió a la pintura de Frida Kahlo como un listón en torno a una bomba, en México el surrealismo llegó a raíz de la guerra, llegó -en el caso de los españoles- después de haber conocido la persecución, el hambre, el éxodo, el desprecio de los franceses, los largos meses de espera en las playas francesas convertidas en campos de concentración, como lo fue Argelès-sur-Mer, la arena en todas partes, la arena en los zapatos, la arena en los calzones, la arena en los cabellos, en los ojos, una arena húmeda y negra, la arena de la derrota ésa que se metió hasta el final de los días, hasta el último suspiro de los españoles que perdieron la guerra.

Leonora salió de España y vino en barco desde Lisboa en 1941.

Desde 1939 había que escapar de Europa. Quedarse significaba persecución, desesperanza, fracaso, muerte. Antes, Leonora había sido una niña habitada por las leyendas celtas de su abuela irlandesa, transformada más tarde en una joven inglesa que su

madre presentaría a la Corte de Jorge V en Londres, en 1934, y luego a Ascot y a Buckingham Palace. Si Leonora había nacido en 1917 tendría entonces 17 años. A ella, sus tres hermanos, Pat, Gerard y Arthur nunca le interesarían tanto como su madre, Maurie Moorehead, quien le ayudó a hacerse pintora y a irse a Florencia, a la Piazza Donatello a la escuela de pintura de Miss Penrose y más tarde en Francia a la Academia Ozenfant.

St Martin d'Ardèche es un pueblito precioso cerca de los Alpes por donde pasa el Rhone en el que vivió tres años al lado de Max Ernst. Ambos pintaban, pero ella, "la inglesa" -como la llamaban en el pueblo-, hacía algo más, cocinaba. Muy pronto la cocina se volvió el laboratorio de sus sueños en el que preparaba manjares como sacramentos, y los platos y las cucharas levitaban mientras ella oficiaba el santo rito. Bastaba cerrar los ojos para entrar por el espejo y pasar del otro lado como Alicia en el país de las maravillas, pero Leonora tenía los ojos bien abiertos, no fuera a equivocarse en las proporciones. No pulía su inconsciente, no lo esperaba todo de ella misma, quería aprender. Mezclaba con acierto todas las sustancias del imaginario. Todo lo que saben hacer los campesinos franceses, ella lo aprendió. Salía temprano con un ancho sombrero de paja a escoger las uvas antes de que las calentara el sol, e iba recorriendo los viñedos clavados en la tierra para cortar los racimos y llevarlos en una canasta a que los jóvenes -muchachos y muchachas- les bailaran encima

una danza amorosa. Leonora, que ahora sólo bebe té, hacía té. Al igual que los campesinos franceses sabía que hay que guardar todo, porque algún día puede servir, y era capaz de algo que pocas mujeres hacen ahora: coser con aguja, hilo y dedal, coser con hilo cósmico, remendar, unir lo que tenemos detrás de la frente y confeccionar muñequitas de trapo, como las que fabrican con su ingenio y sus dedos de hada las madres pobres para sus hijas: dos botones en vez de ojos, una sonrisa pintada, unos cabellos de estambre amarillos o cafés, según el gusto, un vestido con delantal o con un bolero y, antes que todo, unos calzones, porque lo primero que miran las niñas es si su muñeca trae calzones. Hasta hace algunos años, a Leonora le entretenía hacer esas muñequitas, que bien vistas tienen mucho de autorretrato.

Años más tarde, al lado de Remedios Varo, Leonora habría de bordar el manto terrestre.

¿Qué le pasa a un ser humano cuando de pronto los gendarmes se presentan y se llevan a su amor alegando razones de religión o de raza o de ideología? En 1939, después del arresto de Max Ernst, Leonora sobrevivió a una Europa cruel y enloquecida, en una época incomprensible de vejaciones y campos de concentración que la llevó a escribir *En bas, Down below*, (Abajo), la memoria del encierro y el odio, la memoria de lo que significa ensañarse contra el amor. Si a Leonora la encerraron en una institución, no hubo peor institución ni clima más desvirtuado para ella que España con sus criterios franquistas, que inten-

taron destruirle no sólo su mundo imaginario, sino el afectivo. Sin embargo, a esa estancia en Santander, a esa época atroz le debemos nosotros los mexicanos a Leonora, la dádiva inesperada y gratuita de su presencia en México.

Leonora habría de salir de Europa gracias a un hombre que decía cosas que no se dicen y hacía cosas que no se hacen, como darle un mordisco a la copa de cristal ofrecida por la embajadora de Estados Unidos y comérsela ante el asombro de los invitados. Al lado del extraordinario embajador mexicano Luis I. Rodríguez, Renato logró –como cónsul de México– que muchos de los cien mil refugiados republicanos españoles aceptaran la invitación del general Lázaro Cárdenas y vinieran a México en el *Sinaia*, el *Méxique*, el *Ipanema*, el *Capitán Paul Lemerle*.

Aquí, en México, Leonora y Renato Leduc vivieron juntos un año, pero –tras la separación– nunca dejaron de ser amigos. A Leonora le gustaba sembrar, fertilizar, ver crecer y cosechar; siempre le atrajo la sabiduría de la tierra (a mí me enseñó a hacer una composta o un *compost* con peladuras de papa y zanahoria para que germinen flores bonitas), y Renato declaró que se dedicaba por inveterada propensión agrícola, a sembrar el bien y el mal. Ha de ser muy fácil prenderse de un hombre que dice: “No haremos obra perdurable. No tenemos de la mosca la voluntad tenaz”. Renato coincidía con Leonora al creer que los temas trascendentes, como Dios, han quedado fuera de servicio, y se dedicó a enseñarle a

su hermosa mujer la poesía popular que hay en las malas palabras. Leonora posee un tesoro de mentadas de madre que a veces dice al amanecer con la voz más dulce y melodiosa: “A este pendejo, hay que mandarlo a la chingada”. A Renato le hacía reír que Leonora hiciera como que se equivocaba y llamara a Paco Zendejas, Paco Pendejas. “No lo hago a propósito, no puedo pronunciar su nombre.” Ambos reían porque eran ellos mismos y no podían ser más que ellos mismos. Leonora además cantaba, y le tomó a Renato la mejor fotografía que le han sacado jamás, alto, y guapo y de perfil. Ilustró su libro *Los banquetes*, la historia de un solo personaje para un solo lector. Los dibujos los hacían reír al unísono. Alguna vez le pregunté a Renato por qué se habían separado y me contestó que Leonora hablaba más con el perro que con él, y cuando le pregunté a Leonora por este *marriage arrangé*, este matrimonio forzado sólo para salir de España, una chispa lúdica atravesó sus ojos negros: “Bueno... tampoco”.

Continuará...

México D.F. Domingo 15 de febrero de 2009

HOMENAJE A LEONORA CARRINGTON (II)

Alejados de quienes pontifican, Renato y Leonora volvieron a verse más tarde, Leonora ya casada con *Chiki*, Emérico Weisz. María Felix, su belleza y su ingenio fue el punto de encuentro. Renato alegaba que había sido padrino de todos los matrimonios de María y testigo de cómo Diego Rivera le repetía hasta el cansancio: “Cásate con tu sapito, cástate con tu sapito”, y Leonora con su tropel de caballos nocturnos cabalgándole en el espíritu rivalizaba con La Doña, quien por cierto la quiso mucho, como la quiso otra mujer que en esa época atraía las miradas: Bridget Tichenor, amiga de De Chirico, que para comprobarlo, tenía en su casa de la Zona Rosa un espléndido De Chirico.

A Emérico Weisz, *Chiki* el fotógrafo, lo vi en varias ocasiones. Alto y larguirucho, se hacía a un lado cuando los demás se aventaban. La incredulidad y la expresión triste de sus ojos hundidos conmovía. No quería ser parte del espectáculo. Cuando todos los fotógrafos se le iban encima al personaje en turno o al evento social para retratarlo, él se retraía, y en

su retraimiento había un rechazo que lo hacía muy atractivo. Seguramente a él le parecía surrealista ese ajetreo de moscas en torno a la vedet o a la anfitriona de la sección de Sociales. Para él, que a los 27 años había fotografiado la guerra de España al lado de Robert Capa, estas demostraciones apenas eran un preludio al teatro del absurdo.

A partir de que Leonora tuvo a sus hijos, Gaby y Pablo, no los soltó ni un momento. Formaban un núcleo muy unido y muy cerrado. Leonora; Emérico *Chiki*, Gabriel y Pablo se protegían, parapetados tras los muros de su casa de la calle de Chihuahua, en la colonia Roma. Se protegían por una razón muy concreta. Los niños se apellidaban Weisz, y Weisz es judío, y si Leonora no era judía y *Chiki* sí, aunque ninguno practicara, apenas fueron a la escuela les hicieron saber que ellos habían matado a Cristo y otras cosas más sorprendentes que las que podría contarles la hija del minotauro que su madre les hizo conocer en pintura. A Gaby y a Pablo les era más fácil comprender el mundo místico y alquimista de su madre que el de afuera. En su casa los cuatro devoraban libros, dibujaban, guisaban, y ese refugio aislado los protegió contra la hostilidad del ambiente. Habría que recordar que Gaby nació en 1946. Si se enfermaban, se curaban solos, y una vez, cuando Leonora se enfermó, Gaby recuerda que los dos se improvisaron médicos y se turnaban para cuidarla. No tenían más parientes que ellos mismos. México era antisemita y anti extranjero. Los Weisz se consti-

tuyeron en una especie de célula viva unitaria en la que cualquier problema se resolvía entre cuatro. A imitación de Leonora, inventaban trompetillas acústicas, damas ovals, animales fabulosos, pantalones de franela, puertas de hiedra, y participaban en la escenografía y el vestuario del teatro de Alejandro Jodorowsky y el de Poesía en Voz Alta. También hacían aportaciones a la receta de cómo cocinar al arzobispo de Canterbury en una gran olla de barro, para comerlo en mole verde.

Una vez en que Pablo le avisó a su madre desde el *camp* de sus vacaciones que se sentía levemente mal de la panza, Leonora, sin pensarlo dos veces, tomó un taxi que hizo cuatro horas de ida y cuatro de vuelta para ir a recogerlo.

Si en el colegio el rechazo era evidente, los niños muy pronto tuvieron la certeza de que era imposible olvidar las atrocidades de los nazis en Europa, y nunca negaron su identidad judía. Por otro lado, también pesaba la identidad inglesa, la de la *nursery* de Crookhey Hall y la de esa madre que producía, como por encantamiento, cuadros con títulos en inglés, salvo el de ese naufragio en Manzanillo, en el que unas monjitas intentan salvar su vida en una nave que hace agua y tiene una vela roja a punto de desgarrarse.

Leonora era una madre completamente entregada (*devoted* es la palabra que usa Gaby), de una devoción total. Llevaba a sus hijos a ver películas de vaqueros y se estremecía con los disparos que

volaban desde el techo del tren y las diligencias que convertían grandes llanuras en *sets* cinematográficos. "Ella debía aburrirse enormemente, pero como era muy buena madre allí se quedaba sentada junto a nosotros", recuerda Gaby. Más bien creo que Leonora recordaba el cuadro de Max Ernst que le causó una enorme impresión y la hizo buscarlo: "*Deux enfants sont menacés par un rossignol*" (Dos niños son amenazados por un ruiseñor).

A partir del momento en que los niños regresaban de la Westminster School, Leonora dejaba sus pinceles, salvo en una ocasión en la que Gaby entró en un momento crucial y Leonora le señaló que guardara silencio y tomara una silla, porque con un pequeño y delicado pincel encimaba un color rojo en delgadas capas, una figura mágica que requería toda su atención.

Más rebelde que su hermano Pablo, a Gaby lo expulsaron de la Westminster en 20 ocasiones. Leonora, siempre apoyadora, aplacaba a la directora para que volvieran a admitirlo. Seguramente revivía con su hijo su propia rebeldía: a ella también la habían expulsado de la sociedad que en 2009 sigue siendo injusta y conformista. *Chiki*, el padre, era mucho más severo y menos conciliador que Leonora, quien compartía los actos libertarios de su hijo mayor. Lo curioso es que a ambos hijos les dio por la medicina. Pablo es médico y pintor. El sortilegio de la pintura de Leonora fue su pócima. Gaby es poeta. También a él le fascinó la medicina, pero se lanzó a la antropolo-

gía, al teatro, a la literatura comparada, a la filosofía
y sobre todo a la poesía.

Continuará...

México D.F. Lunes 16 de febrero de 2009

HOMENAJE A LEONORA CARRINGTON (III)

En la mesa se hablaba francés, porque la mayoría de los húngaros de la época de *Chiki* hablaban francés, pero también los dos niños, ahora vueltos hombres y apoyos de su madre de 90 años, se comunican en inglés.

Es bonito ver cómo se quieren esos dos hermanos resultado de la inteligencia y el amor de una madre que supo escribir en *La trompetilla acústica*: "Mes yeux sont forts et habitués à toutes les lumières et à toutes les obscurités..." (Mis ojos son fuertes y están acostumbrados a todas las luces y a todas las oscuridades).

Además de devota, Leonora es una madre divertida. De un día al otro anunciaba: "Nos vamos a Europa" y preparaba un baúl enorme en el que metía caballete, telas y pinturas. Salían en tren hasta St. Louis Missouri, allí tomaban otro tren a Nueva York y de Nueva York a Calais en el *Queen Elizabeth*.

De Calais iban a Southampton y en Southampton los recogían para llevarlos a la mansión de su abuela: Hazelwood.

La abuela y madre irlandesa Maurie Morehead fue para Leonora, Gaby y Pablo un personaje extraordinario y un ser libertario. No sólo bautizó a sus dos nietos más o menos a escondidas, sino que les heredó un mundo interior en el que priva lo maravilloso negro, lo maravilloso rosa, lo maravilloso de seres irrepitibles que nos remiten a las culturas caldeas y asirias y a las leyendas y los mitos celtas.

No he hablado de surrealismo sino de Leonora que es el surrealismo, es decir, una mujer que busca crear algo más real que la realidad misma e ir más allá de la realidad cotidiana, la realidad que nos aterrera por la absoluta injusticia de su sociedad.

Amiga de Breton, Leonora quiso vivir en sus hijos, con sus hijos, a través de sus hijos que la acompañan siempre. Los llevó a conocer a Breton en el número 42 de la Rue Fontaine en París y los presentó a Philippe Soupault, a Paul Eluard, a Leonor Fini, que aguantaron los cerrados interrogatorios infantiles y las travesuras de Gaby y Pablo.

André Breton, Leonor Fini, André Pieyre de Mandiargues, Luis Buñuel, Octavio Paz, Remedios Varo, Kati y José Horna, Alice Rahon, Wolfgang Paalen y otros amigos de la familia desde los años 40. Además de gran fotógrafa de la Guerra Civil española, Kati Horna -a quien Leonora extraña- feminizó la palabra cansancio. "¡Ay, la cansancia!", decía. Desembarcaron en Veracruz Benjamin Péret, que en nuestro país hizo el periódico *La France Libre*, y Remedios Varo, Esteban Francés y Gunter Gerszo, que

se reunían en la casa de la calle de Remedios en Gabino Barreda. Su amistad les hizo llevadero el exilio y Europa siguió presente a través de las cartas.

Los carteros siempre han dado sorpresas, allí está el cartero de Neruda, allí está un cartero mexicano Jaimito, de Monterrey, a quien las autoridades de nuestro deficiente servicio postal encontraron encerrado en una pieza con las miles de cartas que no le estaban destinadas. "Todavía me falta mucho por leer", señaló los sobres cerrados cuando vinieron a detenerlo gracias a la denuncia de los vecinos.

Cerca de Grenoble un cartero, el Facteur Cheval sin saber nada de surrealismo, levantó un castillo con piedras recogidas en el camino de la entrega de cartas. Su construcción imaginaria reúne todas las culturas, todas las imaginaciones, todos los estilos y todas las fantasías hechas piedra a pesar de que el cartero nunca salió de la ruta indicada por el correo postal de Francia.

El Facteur Cheval hizo que en su castillo cupieran gigantes y juglares, princesas y plebeyas. Quizá la obra de este cartero apellidado caballo (cosa que ha de gustarle a Leonora) sea la puerta abierta a la escritura automática y la fuerza del inconsciente que pregonaron los surrealistas y el antecedente directo del castillo de Xilitla que Edward James mandó construir y en el que Leonora Carrington pintó un mural entre 1964 y 67, a petición de James, quien dejó correr el rumor de que era el hijo ilegítimo de Eduardo VII de Inglaterra, pero quizá también sea el antecedente

de todo lo que hay en nosotros, hombres y mujeres que intentamos lo imposible y no lo logramos como lo logró Leonora en todos los aspectos de su vida.

México D.F. Martes 17 de febrero de 2009

SESENTA Y DOS AÑOS DE LA FAMILIA BURRÓN ADIÓS A GABRIEL VARGAS (I)

La primera vez que fui a entrevistar a Gabriel Vargas, creí que me saludaría como a Cuataneta o como a doña Borola o siquiera como a Macuca o de perdida como a doña Gamuchita Pericocha:

-¿Qué tal? ¿Cómo la trata esta vidorria? ¿Qué dice la chicuela feliz? ¡Jía, jía, jía! ¿Qué, de veras me viene a hacer una chipocluda entrevista? Yo diría que en vez de darle al güiri güiri, fuéramos a mover bigote... pero a un restaurante donde va gente que de a de veras las poderosas, no a cualquier furrís changarro y, si no, llegamos hasta San Cirindango de las Iguanas...

Pero no, nada de quihúboles ni de echadas de perico. En su despacho todo era silencio; un local alargado que parecía salón de clases, donde se alineaban una tras otra las mesas de los dibujantes que trabajaban sin levantar la vista. En la primera fila estaba el pupitre del más callado: Gabriel Vargas.

Vargas les hablaba a sus dibujantes con tanto compañerismo que era fácil olvidar que él era el

maestro. Sonreían ante sus ocurrencias, empinados sobre las narices redondas, enormes y coloradas de doña Cristeta, las piernas de hilito de atole de Borola o las carreras de Foforito, el gusanito de guayaba, hijo de otro gusanito: don Reginito.

Gabriel Vargas era un hombre chaparrín, muy prendido, de corbata y pañuelo blanco en el saco, de anteojos de intelectual y ademanes de una gran cortesía y precisión. "Pareces ministro japonés con tanta caravana", le decía en *Excélsior* don Manuel Becerra Acosta. Y me sorprendía qué de este hombre pulcro y vestido con primor, comedido, prudente, bien rasurado, decente, salieran tantas historietas a todo mecate.

A Gabriel Vargas se debe la expresión "los azules", que ya se quedó a los policías para toda la vida. A él también eso de "alzar los tenis", "ojitos de apipisca", "iguana ranas" y los "ojos de gringa". Los escritores que hoy quieren saber cómo habla el pueblo, hojean las páginas de *La familia Burrón* y rellenan sus alforjas de modismos prestados y mal asimilados que, de un modo u otro, encajan en sus relatos.

-Don Gabriel, ¿y a usted nunca le dio por pintar?

-De muy joven, pero fui un fracaso. No se puede hacer monigotes y pintar en serio.

"Mis monigotitos" llamaba Gabriel Vargas, en tono entrañable, a sus creaciones. Ningún otro historietista contó con tantos personajes en su haber; tan sólo en *La familia Burrón* son 57, pero antes hizo his-

torietas como *Don Jilemón Metralla*, *Los del 12*, *El Capelucho* y *Poncho López*, entre otras. La primera nació en 1937: *Los superlocos*.

-Empecé haciendo ilustraciones en serio en *Excélsior*, al lado de Marianito Martínez. Dibujaba para el *Magazine* y para el *Jueves* de *Excélsior*. Estaba yo chamaquito cuando entré a trabajar con don Ignacio Herrerías; le ayudaba a hacer una revista llamada *Mujeres y deportes*. Tenía más de 80 páginas y a veces el dibujante no acababa y yo le ayudaba a hacer unas paginitas, a formar, a hacer cabecitas dibujadas. Después el señor Herrerías empezó con *Novedades*; las oficinas estaban en Artículo 123, en una vecindad media feona. Don Ignacio me llevó con él; yo llegaba desde las cinco de la mañana a ayudarle. Como en la oficina hacía mucho frío, mi madre me hacía un chalequito de papel manila que me ponía debajo del suéter y encima llevaba un saquito. Cada vez que me movía, el señor Herrerías se me quedaba viendo, hasta que un día me dijo:

-Oye, pareces campechana: por todos lados suenas.

-Es que traigo un joronguito de papel.

-A verlo.

Me levanté el suéter y se lo mostré. Era la única manera de conservar el calor del cuerpo en esos fríos tremendos. Se rió, y me propuso:

-Varguitas, ¿por qué no me haces unos dibujitos tan bonitos como los que te he visto?

Le hice varios dibujos, cada uno con su texto: el hombre de Java, el más tatuado del mundo; el Buda más grande del mundo, que está en Japón; el conde Zeppelin, el inventor del globo zepelín. Ése era un trabajo muy pesado porque cada dibujo yo lo copiaba de fotografías. Pero le gustó mucho al señor Herrerías. Todo era dibujo en serio, lo que le llaman clásico. Tiempo después, don Ignacio aventuró:

-Las historietas están de moda, hazte algo.

-Pues no sé hacerlo.

Me miró feo y entonces le dije:

-¿Cómo le haré?

-Piensa en una idea que tenga éxito.

Pasaron días y no se me ocurría nada de nada. Para mí producir una idea nueva era como subir al Everest. ¿Una historieta? Nooo, se me hacía eterno. Hasta que un día me dijo:

-¿Qué pasó? ¿Vas a trabajar conmigo, sí o no?

Total que le enseñé un pequeño boceto de una historieta que titulé *La vida de Cristo*. La abrió y dijo:

-¡Noooo! Esto no, qué bárbaro. No, esto no, ¿qué no te das cuenta de que estamos regidos por el presidente Cárdenas? Las cosas religiosas no las admite. No, no, no, busca otra cosa.

Pasaron los días y le dije:

-No tengo otra idea.

-Bueno, ni modo -me contestó-, hazte *La vida de Cristo*.

Don Ignacio Herrerías me compró cuatro Biblias grandotas y me dijo que escribiera parlamentos

accesibles a todas las mentalidades. ¡Imagínese no más lo que significaba traducir todas las parábolas incomprensibles! Bueno, pues esa historieta tuvo un éxito fabuloso, tanto que don Ignacio me decía:

-Ahora haces tu recibo por 300 pesos... Esta semana te tocan 500 pesos... ¡Cóbrate tus mil 200 pesos!

Yo creía que estaba soñando. Además, en aquel tiempo le daban a uno unos pesotes así, enormes, que se los tenía uno que llevar rodando como quien juega al aro. En mi familia siempre hubo apuros de dinero, así que bien que nos caían esas decisiones imprevistas.

La vida de Cristo se publicaba a doble plana, hasta que la prohibió el gobierno. ¡Yo era un chamaco de 17 años y me quisieron meter a la cárcel! Me llevaron a la jefatura que antes estaba por la Lotería Nacional:

-¿Que tú eres Gabriel Vargas, el autor de la historieta?

-Sí, yo soy.

-¡Válgame, pero si eres un chamaco!

Y es que un chamaco pobre deja muy pronto de ser chamaco. Me metieron a un cuartito donde había una cama toda desvencijada, rota, los sillones estaban agujerados. Así estuve todo el día, me mandaban tipos patibularios, fueron como tres o cuatro en todo el día. Ya a las siete de la noche yo estaba desesperado, cada uno que entraba me preguntaba: "¿Tienes madre, tienes papá, tienes hermanas, tienes hermanos, quiénes son, cómo se llaman?" Ya sentía

que la cabeza me tronaba, estaba muy asustado. De repente oí afuera la voz del señor Herrerrías:

-¡Que usted es un fulano de tal...!

Se veía que era amigo de todos ellos porque les hablaba con una confianza desmedida. Asomé la cabeza.

-Vente, Varguitas, vente conmigo, no les hagas caso a estos fulanos de tal, ya te asustaron, ¿no? Ven-te, vente.

Y ya me fui con él. A los pocos días, volvimos a hacer otra edición de *La vida de Jesucristo* porque don Ignacio era muy bravo, muy aventado. Se la decomisaron y ya ni modo, no quedó otra más que renunciar al *Novedades*.

Después, en *Excélsior* hice otras cosas: Sherlock Holmes, El capitán Erich Christophen, un héroe alemán de la guerra mundial. Luego *La vida de Pancho Villa*, luego hice una de bandidos que se llamó *Frank Piernasmuertas*, era un bandido que manejaba un grupo de ladrones. Así fue como me inicié... Pero todos eran dibujos en serio.

A los 17 años de edad, me nombraron jefe del departamento de dibujo de *Excélsior*, cosa que era insólita, pues allí sólo les daban el trabajo de jefe a las personas que tenían muchos años en el periódico. Se respetaba mucho el escalafón. Pero un día me dijo don Manuel Becerra Acosta: "No es justo que tú te pases la vida metido en el periódico, y que no se te haga justicia. Si te necesitamos en la mañana, ahí estás; si te necesitamos a media tarde, ahí estás; por la noche, ahí estás. Yo voy a hablar por ti". Y a la sema-

na me dijo: "Baja a la junta general, te tengo una sorpresa". Estaba aceptado mi nombramiento. Ese día se llenó un salón de todos los empleados de *Excelsior*. Yo me asusté, porque arriba de mí había muchos empleados viejos que merecían mucho más que yo el departamento. Para mí fue trágico eso porque me comenzaron a hacer pesada la vida. Me manchaban los dibujos, de los anuncios desprendían los textos, y yo me ponía a temblar de que se perdieran los originales. Un día quemaron un dibujo del señor Ernesto García Cabral, que era uno de los mejores caricaturistas que han existido; también me quemaron uno de Marianito Martínez. Total, que en menos de un año yo estaba reventando y entré a un concurso de la Editorial Panamericana, del empresario José García Valseca, para escoger a un caricaturista que dibujara una historieta. Yo no era caricaturista. Dibujaba en serio, pero un amigo, Héctor Falcón, me animó: "¡Éntrale, hombre, éntrale! Total, ¿qué pierdes?"

Al concurso entraron Audifred, Ernesto García Cabral, Valdés, Íñigo, Freyre, Facha, los mejores dibujantes. Yo era el más maleta de todos. Fui el último en llegar, a todos les dieron textos, pero yo no me plegué a esa condición. ¡Que me dejaran hacer lo que yo quisiera! Con mi propio texto dibujé la historia de un gusanito con sombrero texano, ¡y gané por el texto!

Además, el coronel García Valseca me ofrecía mil pesos, cuando en el periódico yo ganaba 37 pesos a la semana.

Algunos de los personajes están basados en personas reales. Por ejemplo, el vate Avelino Pilon-gano era un jovencito a quien conocí, flaquito, flaqui-to, que siempre se iba a sentar a cuidar los coches; yo por eso lo traté, porque me cuidaba un Fordci-to viejísimo que tuve. Se ponía a fumar las colillas que tiraba la gente, y todo el mundo lo conocía como "candelita", porque como no tenía ni para cerillos, al que pasaba le pedía: "Caballero, ¿me da candela?" Salía su mamá y le decía: "Hijo, vete por la leche". "No, mamá, yo no, estoy aquí inspirado pensando un verso." Siempre estaba pensando y nunca hacía nada. Era un haragán de primera fuerza.

Hace muchos años iba yo seguido a los barrios a oír a la gente. Iba al Club de los artistas, el que antes era el Leda, muy pintoresco, y allí me sentaba en una mesa e iba oyendo. ¡Iban tipos rete chistosos! Tam-bién frecuentaba el Follies y me venía caminando por todo San Juan de Letrán; había muchos vende-dores ambulantes de esos muy lanzas que ya saben a quién se están durmiendo. Recuerdo una vez que vi a un merolico que le estaba diciendo a una criadita, a quien se le había ido el novio:

-¿De qué lado duermes?

-Pues para donde sale el sol.

-Pues ahora cambias: durante una semana te vas a acostar con las patas para arriba, te echas unos polvos y te pones un talismán que te voy a dar y con eso merito tu novio va a aparecer.

Así estaba antes San Juan de Letrán, lleno de babosos de a tiro tan guajes. También iba yo a la Villa, porque allí había una cantante picada de viruela que entablaba diálogos con los que la estaban oyendo. Tenía una voz rasposa, hombruna; siempre la acompañaba un guitarrista gordote, ¡pero cómo sabía granjearse a la gente!

Continuará...

México D.F. Domingo 29 de mayo de 2010

SESENTA Y DOS AÑOS DE LA FAMILIA BURRÓN ADIÓS A GABRIEL VARGAS (II)

La pérdida de Gabriel Vargas es inmensa porque además de personajes entrañables que nos acompañaron toda la vida, como el pequeño Fóforo y el perro Wilson, el habla popular de sus historietas es una maravilla. *Los Simpson* se quedan cortos, aunque Octavio Paz los viera al final de su vida en la noche de su televisión, pero don Gabriel les gana a *Los Simpson*. Sociólogo súper notable era también el mejor de los sicoanalistas porque sabía hacer reír. La salud mental de muchos mexicanos se la deben a Gabriel Vargas.

-Desde que he dejado de salir a la calle, he perdido mucho de los giros del habla popular. El habla se va transformando al cabo de los años, no es estática. Antes me metía a los barrios, a los cafés, a todos los lugares habidos y por haber. Yo conocía todos los cabarets de México, porque lo mismo iba a uno de Tacubaya que a uno de La Merced.

Una vez me dijo un hermano del coronel García Valseca, que era un señor que cargaba cuatro pistolas: Has visitado todo México, según sé, pero no has visitado Tepito de noche. No, me daba miedo. Yo nunca fui solo a los cabarets, siempre llevaba cuatro o cinco amigos.

-Te voy a llevar -me dijo.

Me llevó a las dos de la mañana a Tepito. Todos se me quedaban mirando. Me llevó al "mesón de los dormidos", que creo se llama El Paraíso, un jacalón enorme con hombres, mujeres y niños durmiendo en el suelo, en petates, en cobija.

-No, yo aquí no entro.

-Usted entra, cómo que no. Cómo va a conocer México si no entra...

Con ese señor conocí un México muy bravo, en Santa Julia me llevó a cada tugurio que me daba miedo. El Tenampa, no se diga, era como su casa. Al entrar me daba dos pistolas, me las fajaba en el pantalón.

-Al Tenampa van muchos gringos, es mejor que lo vean armado.

Recorrí esos sitios durante años. El cabaret adonde más íbamos se llamaba Atzimba, en las calles de Guerrero. Otro se llamaba El Olímpico, también en Guerrero, un cabaret muy viejo. Fui al Tres Rosas, al Ratón, al Globo, a Las Brujas y a un montón de lugares más.

Conocí también las carpas y los teatros, acuértese que doña Borola, antes de casarse, era batacla-

na. Por eso es que he podido hablar de esos lugares tal como son, porque los conozco de veras. Me iba yo a la parte de atrás para ver cómo vivían los artistas. Era muy feo, una vida infame. Los teatros de aquella época estaban de los diablos y las carpas ni se diga. Una vez vi a una muchacha amamantando a su hijito, que tenía que salir después a bailar de *encueratriz*. Se me hacía muy triste, muy triste. No, y no le cuento con detalle eso, porque hay cosas que son indignantes por el descuido. Feo, feo. Los recorrí hace muchos años todos.

-¿Y hacía usted apuntes de todo lo que veía?

-Nunca apunté nada, simplemente observaba, todo era trabajo mental, llegaba al estudio y el muñequito salía. Para eso entraba a las vecindades, para oír cómo hablaban las comadres, cómo hablaban los hombres. Me gustaba mucho ir a las vecindades. Todos creen que las conozco tan bien porque nací en una, pero no, fue un trabajo, un estudio de muchos años.

-¿Así es como le surgió la idea de crear a *La familia Burrón*?

-Antes, sabe usted, creé a un personaje: don Jilemón Metralla y Bomba que representaba al mexicano encajoso, conchudo, tramposo, muy ladino, gran sablista, que saca el dinero por su forma de hablar. Don Jilemón nunca trabajó, pero los demás trabajaban por él. Era muy marrullero y muy vivo en todos sus negocios. Pero dejé a este personaje por una apuesta, porque el que era director del *Pepín* me dijo:

-Si de veras es bueno, hágame otros muñequitos.

Don Jilemón formaba parte de la historieta de *Los superlocos*, que tuvo un éxito tremendo. Después de varios años ya surgió *La familia Burrón*. Para hacer *La familia Burrón* me inspiré en una pareja que conocí de chico. Ella era una señora muy alta, abultada, parecía cantante de ópera; el marido era abogado, chiquitito él, y todos los días tenía que ir como balazo del juzgado a su casa para preparar la comida, porque su esposa se la vivía de paseo. De ahí me nació don Regino, ese chaparrito aguantador. La señora llevaba la voz cantante en todo y le quitaba el dinero a su maridito.

-¿Y por qué les llamó así, "burrón"?

-Como nunca llegan a realizar lo que quieren, por eso les puse familia Burrón. Yo creo que un individuo que no es tonto, que es inteligente, que no logra centrar su capacidad hacia una cosa y está batalle y batalle y nunca prospera es un burro, es un burrón. Así, don Regino no es tonto, pero como siguió la misma cosa de su papá, peluquero y peluquero, es un burro... Yo he querido, a través de la historia, meter un poco de moral, un poco de higiene, de religión, de política; pero sólo unas cuantas gotas. ¡Quiéranlo o no, creyentes o no, la religión es una de las cosas que rigen al mundo! Pero nunca menciono la palabra "dios".

-Y entonces, ¿cómo le hace?

-No hay necesidad. Por ejemplo, pongo a don Regino, el más serio de mis personajes, a hablar del espacio inconmensurable al enseñarle una estrella

del cielo a Foforito: "Hay algo muy por fuera de la mente humana que rige el universo".

Pero vea usted, es muy difícil simplificar o desmenuzar ideas en una historieta. Digo las cosas muy sencillas a través de tanto chiste: el hombre, para triunfar en la vida, debe estar limpio, bien arreglado, y así puede luchar con mejores armas. También abogo porque las cosas se resuelvan sin llegar a la violencia. Doña Borola siempre está repartiendo manazos por dondequiera; don Regino ve las cosas con más justeza, con mayor prudencia. Por ejemplo, no porque Regino sea peluquero, su hijo y su nieto deben también ser peluqueros. Al contrario, la vocación es lo primero. Regino quedó huérfano muy chiquito; sabía algo de contabilidad porque su tío era contador, y mientras cuidaba la peluquería, le hacía también a la contabilidad. Y a ratitos quería aprender a tocar la mandolina. En pocas palabras: aprendiz de mucho y oficial de nada. A través de algunos números de la revista quise tratar problemas muy elevados, muy hondos. Me puse a leer, a consultar, a estudiar. Pero a la gente eso no le gustó. Me escribieron: "Ya sus historietas no son tan vaciladoras como antes. ¡Ahora son graciosas, pero lo hacen a uno pensar más, y yo compro la revista para divertirme!" Asimismo, cuando me metí más hondamente en los problemas sociales, también recibí cartas: "Como usted pinta la vida tan crudamente, nos hace sentir aún más pobres. Haga usted los dibujos como antes".

Sin embargo, yo siempre he creído que la pobreza no significa indignidad y la que pinto es siempre una pobreza decorosa, nunca abyecta. No se pierden los valores humanos. Además, nunca trato delitos muy graves, siempre menores. Por eso no estoy de acuerdo -aunque me gusta mucho- con el libro de Oscar Lewis, *Cinco familias*, porque él ha escogido a las familias ya en plena miseria. La suya es la miseria que colinda con la delincuencia.

-Pero usted ha dicho que a los lectores no les complace que don Regino sea tan abnegado y que doña Borola, su mujer, tan vaciladora.

-Una de las cartas que recibí me hizo pensar mucho por qué me escribían: "Usted se ha de reflejar en don Regino. Es usted un tal por cual. A usted su mujer debe de tratarlo como Borola. ¿Por qué no le da usted su lugar a don Regino? El hombre es el que manda..."

-¿Hay entonces muchas reacciones del público a *La familia Burrón*?

-Sí, recibo muchas cartas -llegan muchas de Sudamérica-, en general muy gratas, otras diciendo unas majaderías horribles, pero eso me demuestra que los muñequitos causan impacto. Ése es mi premio, que la gente me busca, que la gente me sigue, me considera, me respeta y me estima. Durante mucho tiempo, cuando empezó a salir *La familia Burrón*, recibía cartas de una señora que me escribía muy frecuentemente. Pensé no sé qué cosas y un día la fui a ver. Me recibió una ancianita en su silla de ruedas; sus hijos ya grandes, como siete, me esperaban des-

de la puerta. Y todo me conmovió profundamente. La ancianita me dijo que la revista le había dado los momentos más dulces de su vida, los de mayor alegría, porque ahí reconocía todos los apuros, las angustias y los desmanes por los que había pasado. En otra ocasión, una de las admiradoras de los Burrón, la esposa de un gobernador, me preguntó: "¿Usted no tiene toda la colección de *La familia Burrón*? Yo sí tengo completa y empastada mi *boroteca*".

-¿Y de dónde saca usted los nombres de sus personajes, cómo los recuerda todos?

-Es tanto nombre que me hago bolas; desde que estoy dibujando mentalizo cómo hacer los nombres más o menos graciosos: la Boba Licon, Flojontino Vagón, Satán Carroña, Olga Zanna, Alubia Salpicón, son ejemplos de algunos de los últimos. En un número saqué una cosita pequeña de Carlos Monsiváis. Yo lo aprecio mucho y no me parece bien caricaturizar a un amigo, pero es que él me insistió muchísimo: "Sácame mano, ya, sácame", decía.

En la Cadena García Valseca formaba yo seis suplementos de cuatro, ocho y 12 páginas; era un trabajo enorme. Mi escritorio era grandísimo y estaba todo lleno de textos y de fotografías. Y les decía todos los días a mis compañeros: "No me muevas", porque yo sabía en dónde estaba todo. Para mí era más simple buscar donde yo sabía que estaba y no revolvía. "No, déjenme la cosas como están." Entonces repartía el trabajo a los dibujantes: "Tú formas tal página, tú formas esta otra", así se organizaba todo.

Luego, aparte de suplementos, hacía las campañas de suscripciones. Las campañas de suscripciones, fíjese, se componían de 10 pre-preventivos y de 90 preventivos: eran 100 cada campaña. Le hacía la campaña a siete periódicos, entre ellos a *Excélsior*. Usted se imaginará, un trabajo abrumador. Luego me agarraban para hacer textos que pasaban por radio, textos de chiste, los hacía yo. También formaba en el periódico una revista, hacía yo un suplemento para niños, una página en el matutino, en el vespertino otra media página, ocho páginas para el *Esto* y dividíamos más cosas, ya no sabía yo ni qué hacer...

Tenía yo a mi cargo 68 dibujantes y veintitantos ayudantes, entre mujeres y hombres. Era cuando estaban en su apogeo las historietas.

Algunos amigos médicos me dijeron que le bajara a tanto trabajo, porque si no un día me podía llevar un susto. Nunca les hice caso. Pues un día, efectivamente, perdí la memoria.

Ese día iba saliendo del periódico y de repente sentí un zumbido en el oído, ¡tinnn!, y desde ese instante no supe quién era yo. Recuerdo que un señor se me acercó y me dijo: "Quihubo Varguitas". Es de lo único que me acuerdo, porque después no supe ni cómo me llamaba, si tenía familia, si era huérfano, una cosa espantosa.

Gabriel Vargas sufrió una embolia, pero se recuperó. "Volví a aprender a leer yo solo: cuál es la E, cuál es la A, cuál es la B, así. Yo agarraba un libro y le decía a Lupita: '¿Qué quiere decir aquí?' 'No leas,

te dijo el doctor que no leas, que no hagas esfuerzos'. Yo tenía el cerro de libros, hasta que aprendí a leer."

Hay una cosa que es simpática y trágica: yo tenía siete u ocho amigos que me venían a visitar y a comer cada ocho días; siempre traían una botella de champaña: "Vamos a brindar porque, mira, según tú no puedes caminar, no puedes hablar bien ni nada, pero tú nos vas a enterrar a todos". Yo apenas podía hablar, claro, muy cuatrapeado... Y le decían a Lupita: "Este Gabriel está ahorita hecho un desastre, pero tenemos la seguridad de que nos va a enterrar a todos". ¡Pues efectivamente, los enterré a todos! Murieron el licenciado Méndez, el licenciado Zárata, don Panchito Patiño, Domínguez, *el güero* Pratt. Todos se murieron y yo aquí estoy todavía.

Sí, Gabriel Vargas está aquí todavía y va a seguirlo estando durante muchos años porque nos llenó la vida de rizos de oro y de peluqueros, torteros, cilindreros chaparritos y honestos como ellos solos y de borrachitos muy simpáticos y panaderos que llevaban el pan en una inmensa canasta encima de su cabeza y nos llevó a tomar caldos a la Indianilla para la cruda y a sus Reginitos y Susanos Cantarranas y Briagobertos Memelas los hizo hablar en la forma más educativa y deleitosa posible.

México D.F. Lunes 30 de mayo de 2010

EL ADIÓS ¿QUÉ VAMOS A HACER SIN TI, MONSI?

¿Qué vamos a hacer sin ti, *Monsi*? Tú eres el enfrentamiento más lúcido al autoritarismo presidencial, el enfrentamiento más lúcido a las actitudes absurdas cuando no corruptas de las dos cámaras, el enfrentamiento más lúcido a los abusos del poder, la denuncia más ingeniosa y persuasiva de las actitudes y del lenguaje de los políticos, tú nos has hecho brindar contigo y sonreír con tu "Por mi madre bohemios", que tiene tantos años de vida. Tú eres el enfrentamiento a nuestra clase política y a nuestra clase empresarial, tú confrontas decisiones y declaraciones tramposas e irreales y te indigna que nuestros tiempos sean los de la impunidad.

Tu mensaje esencial es el de la pérdida de majestad del poder presidencial, tu mensaje esencial en 1985, durante los dos terremotos, fue enseñarnos que a la hora de la desgracia podíamos organizarnos solos y hacerlo con más nobleza y más eficacia que ninguna instancia en dar como lo hicimos, si corríamos nosotros la suerte de todos, si corríamos a

buscar picos y palas a la tlapalería, tu mensaje fue ennoblecernos y hacer que creyéramos en nosotros mismos, porque tú eres la nobleza misma, el compromiso mismo, la defensa de los derechos humanos, la indignación y el llanto en Acteal, la frase que alguna vez exclamaste tú que jamás, jamás decías groserías: "¡Ahora sí que no tienen madre!"

¿Qué vamos a hacer sin ti, *Monsi*? ¿Cómo vamos a entendernos? ¿Cómo vamos a comenzar el día sin tus llamadas telefónicas? ¿Cómo sin tu risa entrañable? A todos nos dabas algo temprano en la madrugada y amanecíamos con tus consejos, tus críticas, tu bárbara e inconmensurable información.

Ya a las siete habías leído todos los periódicos pero también, *Monsi*, habías leído todos los poemas, habías analizado todas las noticias, pero también habías escrito tu "*Nuevo catecismo para indios remisos*", ya a las ocho de la mañana tenías una idea muy clara de hacia dónde se encaminaba el gobierno, qué nueva felonía nos esperaba, pero sonreías porque habías salvado con un solo telefonazo a un gato o a un perro o a un toro o a un niño o a una mujer o a un muchacho desbalagado en esta vida entre el Metro Portales y el Villa de Cortés.

¿Qué vamos a hacer sin ti, *Monsi*, cómo vamos a seguir? Nunca entendimos cómo pudiste estar en tres o cuatro lados al mismo tiempo. Tu don de la ubicuidad abarcaba la pintura, la poesía, el humor, la crítica, la lucha por la justicia, el amor a los demás. Tu don de ubicuidad y tu capacidad creativa

-incomprensible para mí- te hizo recoger lo más bello de México para fundar museos y hacer libros, porque antes que el del El Estanquillo, que todos llamamos "Monsiváis", hiciste otras colecciones, otros museos, investigaste en otros archivos, recuperaste a Leopoldo Méndez y a todo el Taller de Arte Popular, luchaste con ellos contra el fascismo como luchaste al lado de los moneros, de Gabriel Vargas y La Familia Burrón, de *Rius*, de *El Fisgón*, de Hernández, de Rocha, de Ahumada, de Naranjo, que ahorita ha de estar mirando incrédulo la pared de enfrente, en su restirador.

Si la sociedad que se organiza, si el cine mexicano, si la trivía, el pudor y la liviandad, si los movimientos sociales son tus grandes temas, el Movimiento Estudiantil del 68 es el que nos atañe a todos, es la punta de flecha del cambio que tú buscas, el de la protesta popular y el de la resistencia civil.

Luchaste como nadie contra la desinformación, viajaste por todo el país, ibas de Oaxaca a Hermosillo, la frontera para ti, Tijuana, Ciudad Juárez, Laredo, fueron ciudades que te brindaron algunas de tus grandes emociones y tus grandes preocupaciones. Fuiste consulta obligada, fuiste pilar del *Proceso* de don Julio Scherer García y fuiste un observador muy atento de la lucha contra el narcotráfico y un defensor absoluto del Estado laico. En cambio, te sorprendió y te alegró que los mexicanos demostraran en el Zócalo su respeto por sí mismos y su posibilidad de

nacer de nuevo y ser otros al posar desnudos frente a Spencer Tunick.

¿Qué vamos a hacer sin ti, *Monsi*? Aquí caminamos a tu lado, sonreímos contigo, cantamos contigo, a ti te gustaba cantar y eras muy entonado, te gustaba reírte y reír contigo nos hacía sentirnos casi dioses. Aquí nos tienes a todos desolados y conmovidos, aquí nos tienes destanteados, aquí nos tienes dolidos hasta la médula preguntándote: ¿por qué nos hiciste eso? Y si nos hiciste eso, ¿por qué no nos preparaste mejor?

Aquí están doña María, Bety y Araceli y Marta Lamas y Jesús y Raquel y *Chema* y Lilia y Jenaro y Alejandro y Rolando, y Neus y Cheli y Julia y Sabina y Javier y Braulio y Margo y Alejandra y Enrique, y no está Bolívar porque se te adelantó, a lo mejor lo vas a ver, a lo mejor abrazas a Saramago, con quien viajaste a Chiapas en los noventas. A la que sí vas a ver, seguro, es a doña María Esther, que supo educarte como a nadie, que te hizo leer *La Ilíada* desde muy niño, que te enseñó *La Biblia* de memoria, que te hizo pensar como piensas ahora, con esa inmensa inteligencia que a todos nos deslumbra.

¿Qué vamos a hacer sin ti, *Monsi*? Tú nos abriste puertas a otros mundos, a un mundo raro como ironizarías en este momento, tú te lanzaste antes que nosotros, tú defendiste las causas de los más indefendibles en el sentido de que nadie los cuida, tú nos abriste puertas antes impenetrables. Soy una señora de 78 años, con 10 nietos tras de mí, y quiero decirte que nada en los últimos meses de tu enfermedad me

ha conmovido tanto como el amor que te tiene Omar. Su dolor te honra, su entrega es tu trofeo y a mí me hace entender lo que significa la existencia real del amor sin límites, el amor que no tiene fronteras sexuales y ese amor me enaltece como enaltece a todos los movimientos de reivindicación o de identidades diversas en mi país, en tu país, en el país de todos nosotros que estamos aquí de pie a tu lado, caminamos a tu lado y vamos a seguir, juntos codo a codo denunciando lo que tú denunciabas y celebrando la congruencia, la ironía, el compromiso, el clamor por la transparencia, el "No sin nosotros" de 1996 y el "Nunca más un México sin nosotros" de los indígenas de Chiapas.

¿Qué vamos a hacer sin ti, *Monsi*? Tus causas serán nuestras causas, tu defensa de las minorías, nuestra defensa, no seremos estatuas de sal, somos, eso sí, tus amores perdidos, pero tú siempre serás el gran amor que enaltece y que todos buscamos en la vida.

¿Qué va a hacer México, sin ti, *Monsi*?

México D.F. Jueves 21 de junio de 2010

JUAN GELMAN, MILITANTE

El 15 de agosto de 1994, invitados por el *subcomandante Marcos*, acudimos a la Primera Convención Nacional Zapatista en La Realidad, cerca de San Cristóbal, en las montañas del sureste mexicano, para la cual los zapatistas habían construido, en medio del bosque con troncos de árbol y lonas de gran tamaño, una nave como la de Fitzcarraldo, el personaje de Werner Herzog, absolutamente extraordinaria. De pronto, después de que saludaran desde un presidio improvisado los invitados de honor, Carlos Payán, Alberto Gironella (quien donó una magnífica pintura de Zapata que desapareció con la tempestad), Pablo González Casanova, Luis Villoro, doña Rosario Ibarra de Piedra, Eraclio Zepeda, Antonio García de León, Manuel Tello, el fotógrafo Heriberto Rodríguez y otros, cayó una tempestad que tiró a tierra las velas, es decir, el techo de la enorme tienda de campaña donde se celebraría el primer congreso zapatista. Ya el *Sup* nos había dicho antes de que cayera el primer aguacero que fue arreciando: "No le hagan caso a la televisión, a la radio; no se pasmen, no se

vendan, no se rindan, no se dejen, no tengan miedo, no se callen, no se sienten a descansar". Todos nos mojamos, nos enlodamos y absolutamente empapados fuimos a refugiarnos a otra tienda más o menos improvisada en la que mal que bien nos acomodamos para pasar la noche, alineados sobre la tierra mojada como sardinas. Éramos más de 70. Otros no corrieron con la suerte de un techo y pasaron la noche bajo el agua entre *Durito*, el escarabajo y el viejo Antonio que repetía Ocosingo, Oventic, Altamirano, Las Margaritas, La Independencia, Trinitaria. "No te puedes dormir así, te vas a enfermar" -me dijo Eugenia León, quien me prestó un pantalón que de tan largo me impedía caminar. Mariana Yampolsky, a quien le quitaron su cámara, la pasó muy mal. "No puedo vivir sin mi cámara." Graciela Iturbide tomaba fotos con una pequeña que escondió en su bolsillo. Monsiváis decretó que se había torcido un tobillo y fue a pasar la noche en el único sitio en el que había un catre: la enfermería. Fui a visitarlo: "Te pasas de listo". Jesusa Rodríguez encontró una hamaca y ofreció: "El que sabe dormir en hamaca, que venga". Margarita González de León se preocupaba por la fosa séptica y el papel del excusado. Alguien dijo que el *subcomandante Marcos*, su pipa en la boca, se había asomado por una abertura a ver cómo íbamos y eso nos animó a todos. Al físico Manuel Fernández Guasti se le ocurrió sacar una pequeña guitarra y entonar con su jarana una y otra pieza recordándonos a Veracruz. Otros, agotados como Enrique González

Rojo, pidieron que se callara y los dejara dormir. La mayoría nos lamentábamos y llorábamos nuestra desventura, cuando de pronto oímos a Juan Gelman que nunca levantaba la voz: "Dejen ya de quejarse. Es una vergüenza escucharlos". De pie, enojado, una cobija sobre los hombros, siguió: "Si venimos aquí es para ayudar, no para complicar más las cosas". No recuerdo si dijo algo más, pero sí el tono de su voz y la autoridad que emanaba de su figura alta a media tienda de campaña. Todos nos llamamos avergonzados. Jesusa me recordó: "La dictadura militar de Argentina eliminó a 30 mil, y él es un luchador". A la mañana siguiente fui a abrazarlo y todavía me dijo con la bondad que siempre vi en sus ojos: "Córrele, a ver si alcanzas café caliente. Allá, debajo del árbol, lo está repartiendo Moisés".

No sé si los zapatistas tenían una clara conciencia de quién era su ilustre visitante, a lo mejor el poeta que escribió "Ahí está la poesía de pie contra la muerte" era sólo uno más de quienes admiramos al zapatismo. Lo que sí recuerdo es su entereza y su lealtad que lo hizo ir hasta Chiapas a acompañar a "los más pequeños" para darles -lo supieran o no- el abrigo de su obra clásica, cálida, sencilla y, por tanto, indestructible.

México D.F. Viernes 17 de enero de 2014

EL POETA QUE QUISO SER SUS INICIALES

"Sólo sus iniciales" nos han dicho en alguna ocasión al firmar un contrato, pero José Emilio Pacheco quiso ser sus iniciales. Por él, habría sido JEP no sólo en sus *Inventarios* (la máxima lección de cultura que hemos recibido), sino en su poesía, en su prosa, en su vida diaria. H. G. Welles creó al hombre invisible, José Emilio Pacheco a JEP.

José Emilio llevó su JEP a su vida entera. No es que pretendiera desaparecer, es que su JEP abarcó además de los *Inventarios* una infinidad de tareas iniciadas desde el momento en que entró al suplemento *México en la Cultura* del que fue un puntal, quizá el más importante, al lado de Vicente Rojo.

Vicente Rojo, el discípulo más querido de Miguel Prieto, formó el suplemento *México en la Cultura* del periódico *Novedades* que aparecía los domingos. Las enseñanzas de Prieto, las de Fernando Benítez son esenciales, pero quien hizo una prodigiosa y humilde talacha de constancia y devoción fue JEP. Recibía los textos y no sólo los corregía, los rehacía por completo como rehizo los últimos libros de Fernando Benítez. Sin alardes, con la generosidad que fue la

más castigada de sus virtudes, José Emilio se calaba los anteojos e inclinado sobre el escritorio H. E. Steele de hierro gris, tachaba y con su letra de molde –casi siempre mayúsculas– escogía el adjetivo exacto, la frase esclarecedora. Cuando se habla de virtudes teológicas debería hablarse de las virtudes culturales de JEP, sus hallazgos, su tenacidad, su amor al trabajo bien hecho.

JEP no toleraba el rechazo a los demás, ni la burla o el escarnio (y puedo asegurarles que el mundo intelectual no se mide en cuanto a crueldad) y alguna vez lo vi correr tras de un colaborador rechazado y decirle: "Deme su artículo, sólo le faltan algunas precisiones, no se preocupe vamos a publicarlo". Deshacía entuertos, encontraba en los demás cualidades ocultas y virtudes insospechadas, nunca permitió que se demoliera a ser humano alguno.

Y no es que le faltara sentido crítico, lo tenía en demasía pero era superior su fe en que otros, además de los elegidos, fueran también capaces de difundir valores culturales por más torpe su manera de exponerlos.

Nunca se sintió elegido, la pequeña frase "perdone usted" estuvo en sus labios todos los días de su vida, hasta cuando anduvo con bastón, hasta que necesitó la silla de ruedas. El domingo 26 de enero de 2014, su hija Laura Emilia informó a los reporteros: "Conociéndolo estoy segura de que les diría que lo perdonaran por echarles a perder el domingo. No hay ninguna evolución... seguimos a la espera".

Él mismo escribió:

"Trabajaba en el suplemento de *Siempre!* Salía a las 11 o 12 de la noche. El taxi sólo lo tomabas de noche -nosotros somos de transporte público- y no había, me iba a pie a ver si lo encontraba en el camino y llegaba a la casa. Cruzaba el Parque España y no me pasaba nada, ahora no me atrevo a internarme por ahí ni a las seis de la tarde".

En 1992, José Emilio recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes y fue su protagonista principal, ya que habló por los demás premiados, Amalia Hernández y Gorky González, entre otros, y citó a Eliot, que nos dice: "Sólo existe la lucha por recobrar lo perdido, que no hay ganancia ni pérdida, que para nosotros sólo existe el intento y que lo demás no es asunto nuestro".

Reíamos mucho y claro que también recortábamos al prójimo, pero lo hacíamos con la lozanía de los inocentes. Ésas eran nuestras horas ligeras, las lúdicas, las que no pesan, las de la armonía.

Personaje central de la literatura mexicana durante los últimos 50 años, es imposible pensar en nuestra cultura sin José Emilio, como es imposible pensarla sin Sor Juana Inés de la Cruz, sin Alfonso Reyes, sin Octavio Paz, sin los Tres Grandes.

Alguna vez mi madre me dijo y me emociona recordarlo: "Yo sólo puedo hablarte de cosas chiquitas". Hoy me doy cuenta que también José Emilio escribió de cosas chiquitas, de lo que sucede a todas horas, de

los baches en la calle, del abandono, de los solitarios, de los aguaceros, de lo coloquial y lo cotidiano.

Humanizó a la poesía, nos la puso en las manos, la platicó para que pudiéramos traerla en los labios y decirla en la calle, en el aula, en la manifestación, en Chapultepec. Junto a ella acomodó como si fuera lo más fácil del mundo los grandes temas de la muerte y de la vida, del viaje y del conocimiento al traducir a Samuel Beckett y a Marcel Schwob, a Oscar Wilde y los Cuatro cuartetos de T. S. Eliot, a Apollinaire y a los griegos.

Tuve el privilegio de ser su compañera de viaje. Juntos visitamos París, Berlín, varias universidades de California, de Massachusetts y de Chicago. Los doctores en letras María Elena y Mario Valdez, espléndidos anfitriones, nos invitaron a Toronto, a 40 grados bajo cero. Después de admirar las esculturas que Henry Moore donó a Canadá, escuché a José Emilio hablar durante una hora del significado de los Contemporáneos dentro de la literatura mexicana. Al inicio, pidió perdón por no estar preparado y se lanzó a la conferencia más deslumbrante que he oído en mi vida.

-Elena, ¿puedes hacerme un inmenso favor? -José Emilio solía tocar a mi puerta. El favor consistía en dejar caer todo mi peso sobre su maleta para lograr cerrarla. "Gracias Elena, me salvas la vida." Era verdad. Los libros eran su vida.

Varias veces también, José Emilio salvó mi vida.

Escondido tras de JEP, José Emilio fue un Réb-samen, un Piaget, un Freinet, un formidable educador. Así lo consideraron también en Maryland y en otras universidades donde pasó largas temporadas.

En su artículo del domingo 2 de febrero en *La Jornada*, Cristina Pacheco cuenta cómo al llevarlo al aeropuerto se dio cuenta de que había olvidado su bufanda y corrió para entregársela, pero todo falló y Cristina se quedó con su tremenda necesidad de abrigarle el cuello a su amado. Así nos hemos quedado nosotros, a la orilla, mudos, a la espera de verlo de nuevo y escucharlo decir que su muerte no es para tanto, que para allá vamos todos y que siempre habrá alguien que pregunte en la calle quizá para entender la razón de nuestro llanto: “¿Y quién era ése?”

*Texto leído por la periodista y escritora, anoche, en la sala Miguel Covarrubias del Centro Cultural Universitario.

México D.F. Martes 1 de julio de 2014

ADIÓS A UN PERIODISTA COMBATIVO LLANTO POR JULIO SCHERER GARCÍA

¿Cómo entender la realidad de México sin el periodismo de Julio Scherer García? Hace más de 60 años, un estudiante del Colegio Alemán y más tarde un universitario abandonó sus estudios de leyes y se inició como mandadero en el periódico *Excélsior* en 1947. Reportero de la *Extra*, después de una carrera apasionada y de obtener en los años 50 grandes exclusivas, pasó de subdirector editorial en 1963 a director general de *Excélsior*, "El periódico de la vida nacional", en 1968.

Julio Scherer García fue periodista de tiempo completo durante más de medio siglo: "Como reportero que soy nada valoro por encima de los hechos (...) La cirugía y el periodismo remueven lo que encuentran. El periodismo ha de ser exacto, como el bisturí. Si algo me apasiona es el periodismo sin imaginación, el toque de la realidad como es (...) en nuestra profesión nada supera al dato estricto y a la palabra exacta".

Fue nieto de Hugo Scherer, un banquero alemán que llegó a México a mediados del siglo XIX,

miembro de la alta sociedad de la época; de los 2 mil 500 inmigrantes alemanes en México antes de la Revolución muchos regresaron tras el *Ipiranga*, pero Hugo Scherer se quedó. Don Hugo destacó como director de uno de los bancos más importantes de la época, el Banco Nacional de México, producto de una fusión del gobierno de Manuel González entre el antiguo Banco Nacional Mexicano y el Banco Mercantil para abrirle al propio gobierno nuevas fuentes de recursos y préstamos.

Don Pablo Scherer nació en México y fue soldado en las fuerzas del káiser durante la Primera Guerra Mundial. Julio Scherer se enorgullecía: "Mi padre nunca tuvo valor para matar. Todos sus disparos los hacía al aire". Don Pablo se casó con Paz García, mujer culta y refinada, de notable inteligencia, quien poseía un encanto especial en su trato con la gente. (Julio solía decir: "¿Por qué me quitan siempre el García si yo soy hijo de mi mamá?") Así, un 7 de abril de 1926, nació Julio Scherer García, el tercer hijo de Pablo y Paz, en el 11 de la Plaza de San Jacinto, en San Ángel (en esa casa se pone ahora el Bazar Sábado), con un gran jardín en el que los niños vivieron "los mejores años de su vida", según Paz Scherer.

En *Excélsior*, Julio Scherer García entrevistó a Fidel Castro, el *Che* Guevara, Augusto Pinochet, Olaf Palme, Chou Enlai, Salvador Allende, John F. Kennedy, Dimitri Shostakovich, André Malraux y Pablo Picasso. Y más tarde al *subcomandante Marcos*. Siempre lamentó no haber entrevistado a Mandela.

En las páginas de *Excélsior* escribía semanalmente, junto con Alberto Ramírez de Aguilar y Manuel Becerra Acosta hijo, una columna política, *Desayuno*, que firmaban como Julio Manuel Ramírez.

En el México de los años 50 el periodismo tenía tabúes: el presidente y su familia, el Ejército y la Virgen de Guadalupe. Los grandes medios, esencialmente los escritos, y la radio, orientada a la música popular, a las radionovelas, a los concursos banales, y la televisión comercial, que daba sus primeros pasos, se enfocaban en resaltar las virtudes, los aciertos y los logros de la Revolución institucionalizada hecha gobierno: mucho PRI-gobierno, poco periodismo, mucha lambisconería, mucha superficialidad y muy poca investigación.

Revistas como *Hoy*, que dirigió José Pagés Llergo, sufrieron la censura del gobierno de Miguel Alemán al publicar una estúpida fotografía de Carlos Girón Peltier recién casado con Beatriz Alemán -hija del entonces presidente- en el cabaret Carroll's de París, atento al trasero de la bailarina Simone Claris. Bastó para que la censura oficial cerrara la revista.

Tres meses después de la renuncia de Pagés Llergo, surgió la revista *Siempre!*, el jueves 27 de junio de 1953. *Siempre!*, con una línea editorial plural crítica, y en sus páginas convivieron, y no pocas veces pelearon, distintas plumas. Enrique Krauze dijo: "En un país ajeno a la discusión política abierta, *Siempre!* hizo el pequeño milagro de constituirse en una especie de plaza pública donde cada autor exponía

su punto de vista sobre los hechos políticos del momento [...] La diversidad fue un criterio que imperó desde el primer número [...] *Siempre!* fue el vehículo de la pluralidad".

En el México de 1953 conocí a Julio Scherer, en el *Excélsior* de Rodrigo de Llano y Manuel Becerra Acosta padre, pero lo recuerdo sobre todo en un viaje a Cuba en 1959: tenía un enorme entusiasmo por entrevistar a Fidel Castro. Era entonces un reportero arrebatado que se comía las uñas, capaz de todo por conseguir la noticia. Fidel tenía en ascuas a los reporteros, ya que podían ser requeridos a las dos o tres de la mañana. Julio Scherer, periodista temerario y totalmente curado de espanto, estaba dispuesto a todo. ¿A qué le temía Scherer si nunca le tuvo miedo a nada, salvo quizá a la traición del amigo? (¡Y vaya que lo traicionó el abyecto Regino Díaz Redondo!)

Julio Scherer García –sin duda alguna, el periodista más importante del país– era un hombre íntegro y apasionado por México. ¡Ah, cómo amó Julio a México! A lo largo de su trayectoria aceptó recibir algunos galardones, dos internacionales: el Premio Mary Moors Cabot, que otorga la Universidad Columbia, en 1971, hecho por el cual Armando Vargas, de la agencia AP, intentó entrevistarle y Scherer respondió: "Ni madres (...) yo soy reportero y las preguntas las hago yo". Recibió asimismo el Atlas World Press Review, en 1977, de Estados Unidos, que consignó la agencia AP. Despreciaba en México los premios na-

cionales de Periodismo entregados por el presidente en turno.

En México aceptó el Premio Manuel Buendía en 1986 y, aunque muy tarde, en 2003, el Premio Nacional de Periodismo, aunque jamás creyó en él.

En 1968, al llegar Scherer a la dirección del diario, arrancó el cambio en el periodismo mexicano que haría a un lado a la prensa servil. Daniel Cosío Villegas fue uno de sus grandes editorialistas. A raíz de la matanza de Tlatelolco, Abel Quezada pintó un muro negro: "¿Por qué?", que a 47 años recordamos con emoción.

El periodismo de Scherer y su grupo nunca tuvo miedo al poder. Julio invitó a Octavio Paz a fundar la revista *Plural*: "En 1971 -escribió Paz- el director de *Excélsior*, Julio Scherer, nos propuso la publicación de una revista literaria, en el sentido amplio de la palabra literatura [...] Aceptamos con una condición: libertad. Scherer aceptó como los buenos y jamás nos pidió suprimir una línea o agregar una coma. Actitud ejemplar, sobre todo si se recuerda que más de una vez los puntos de vista de *Plural* no coincidieron con los de *Excélsior*".

En 1976, durante el sexenio echeverrista, la prensa mexicana padeció el peor golpe a su libertad de expresión o "El golpe a *Excélsior*". Julio Scherer García salió con 200 periodistas del diario que amaba y en el que se formó: "De sobra es conocida mi posición y la de *Proceso* frente al 8 de julio de 1976: el presidente Echeverría nos expulsó de nuestra casa.

Combinó, como es usual, la fuerza, el sometimiento y una gran recompensa", escribió uno de sus mejores amigos, Vicente Leñero, en su libro *Los periodistas*.

Una asamblea de la cooperativa *Excélsior* sacó a la calle a Scherer y a otros socios y, en solidaridad con él, reporteros, colaboradores de las páginas editoriales (la pura gente decente) abandonaron el diario.

Así como sucedió con las revistas *Hoy*, *Siempre!*, y sus suplementos de cultura, el 6 de noviembre de 1976 nació la revista semanal *Proceso*, de la que Julio se despidió 20 años después, el 6 de noviembre de 1996.

Durante la dirección de Julio Scherer García, *Proceso* tuvo un equipo de reporteros y articulistas leales, como su primo hermano Enrique Maza y su gran amigo Vicente Leñero, con quien compartía la afición por el beisbol (le iba a los Yanquis y en el futbol al Atlante) y el seguir escribiendo a máquina, beber un "pálido jaibol", como lo llamaba Pepe Alvarado, y no fumar. Otros colaboradores han muerto, como Carlos Pereyra, Miguel S. Wionczek, Samuel Máynez Puente, César Sepúlveda, Genaro María González, Abel Quezada, Carlos Quijano, Gaspar Elizondo, Francisco Carmona Nenclares, Javier Peñalosa, Jorge Ibarzüengoitia, René Zabaleta, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco, cuya columna *Inventario* fue una de las grandes "adoraciones" de Julio.

Julio Scherer es un parteaguas en el periodismo en México. Acabó con ese periodismo vendido

y lambiscón que rinde pleitesía al gobierno, y con la prensa corrupta. La revista *Proceso* ocupó el lugar de una oposición inexistente, ya que es total el servilismo de las dos Cámaras. Gracias a Scherer surgió un periodismo limpio, comprometido, de investigación y de crítica.

Julio Scherer fue el detonador del gran cambio en el periodismo mexicano, claro, rodeado de excelentes plumas que lo seguían como avioncitos de papel porque Scherer también los formó. Raúl Cremonoux, editorialista de *Excélsior* hasta el 8 de julio de 1976, dijo: "La prensa era un organismo legitimador de las decisiones del gobierno en turno. La distinción de *Excélsior* -más que de *Excélsior*, de los distintos escritores como Ricardo Garibay, Manuel Pérez Rocha y otros- se expresó porque ejercían una actitud crítica que en ese momento era prácticamente desconocida [...] El gran mérito de Julio Scherer fue formar cuadros jóvenes y también orientar a los que ya no lo eran tanto. También habría que decir lo siguiente: la primera sección era lo distinto. Las otras secciones eran las mismas de siempre".

En sus libros, Julio Scherer relata sus encuentros con presidentes, senadores, políticos, líderes sindicales, un capo, pláticas tras bambalinas, contiendas verbales. No oculta los regalos que aceptó: un busto de Allende o una pistola de Echeverría; otra de López Portillo. En su libro *Estos años* relata sus encuentros con el ex presidente Carlos Salinas de Gortari. En *El poder; historias de familia* refiere cómo Banrural fungió

en el sexenio lopezportillista como la "caja chica" del presidente de la República. *La piel y la entraña* es el compendio de largas conversaciones con David Alfaro Siqueiros en Lecumberri, acusado del delito de "disolución social". *Parte de guerra I y II*, con Carlos Monsiváis, es un recuento del movimiento estudiantil de 1968. *Tiempo de saber*, también en colaboración de Carlos Monsiváis, habla de la prensa mexicana vendida. *El indio que mató al padre Pro* es el testimonio del general Roberto Cruz, rescatado a través de una serie de entrevistas. Escribió *El perdón imposible* a lo largo de 30 años con entrevistas, declaraciones, crónicas y opiniones de quienes viven o reviven, palabra a palabra, el periodo de la dictadura pinochetista.

Julio Scherer García tenía algo de niño en su forma de encarar la vida. Joven siempre, insistió, se obsesionó, lloró. Le decía yo que era wagneriano por la magnitud de sus emociones y cuando un tema lo tocaba, un paisaje, un conflicto, un ser humano, no cejaba en su intento de apropiación. En los últimos años dijo en público: "[...] El mundo se ha endurecido y pienso que el periodismo habrá de endurecerse para mantenerse fiel a la realidad, su espejo insobornable. Si los ríos se enrojecen y se extienden los valles poblados de cadáveres víctimas del hambre y la enfermedad, así habrá que contarlo con la imagen y la palabra. [...] Me duele decirlo: un gobierno que se valora por su imagen, es un gobierno frívolo. Pesadas tareas nos esperan a los periodistas. Ésta es nuestra pasión".

México D.F. Jueves 8 de enero de 2015

ELENA GARRO Y SU AMOR POR LOS CAMPESINOS

No conocí ser más adictivo que Elena Garro; cuando la traté la viví como una droga, con necesidad y angustia. Los días tenían sentido sólo si ella aparecía, si me dirigía una palabra, una mirada. "¡Esta niña es un Renoir!", decía, y yo sentía que la Virgen me hablaba.

Elena nació en Puebla el 11 de diciembre de 1916 (pero ella insistía que en 1920), y aunque faltan varios meses para su centenario, las universidades, los institutos, las escuelas y los críticos se han propuesto dedicarle todo 2016 para releer y difundir su obra. Darle el lugar que merece en nuestras letras es la misión de muchos fans que creen que no ha sido lo suficientemente reconocida.

La conocí junto a Octavio Paz en 1954. Tuvimos largos años de amistad antes de 1968. A raíz del 68, Elena y yo ya no estuvimos del mismo lado. No entendí su devoción por el secretario de gobierno Fernando Gutiérrez Barrios, al que ella llamaba D'Artagnan. A su regreso a México, después de una larga ausencia, Helenita Paz me llamó y me pasó a su madre; apenas era un hilo de voz, tal vez una prueba

que Elena ponía al poder hipnótico de sus palabras, a su inmenso poder de seducción. Me contó que se les había perdido una gatita. Hablamos poco.

El 26 de julio de 1998 recibí una buena alegría: una carta de la Chata Paz escrita en un francés que ya quisiera yo y con un poema suyo dedicado: "*Petit Pierrot lunaire*" para darme las gracias por el libro sobre su padre: *Las palabras del árbol*. Sentí que me había llenado los brazos de flores, tantas que apenas podía retenerlas.

Por la enfermedad de mi madre no pude ir al sepelio de Elena Garro el domingo 23 de agosto de 1998, en Cuernavaca, pero acompañé a Helena Paz en su dolor.

Me quedo con la Elena Garro de mi juventud, la gallarda, la avasalladora, la furiosa, la que seducía con sólo hacer su entrada. Guardo muy buenos recuerdos de París, en su departamento de la *rue* de l' Ancienne Comédie en su compañía, que decían había sido de Molière. Con ella, la ciudad de mis primeros años cobraba una dimensión distinta. Cualquier acontecimiento, en México o en París, en su casa de Alencastre, en las Lomas de Chapultepec, o en Cuernavaca, cambiaba de color, de textura, de temperatura. Sus cuentos de *La semana de colores*, el formidable *La culpa es de los tlaxcaltecas* (que fascina a Sergio Pitol), me supo muy distinto al resto de la literatura mexicana. Su vuelo era más alto, su movimiento más gracioso. Elena Garro es nuestro Marcel Schwob, nuestro Jules Renard, nuestro Jean Giraudoux, nuestra Alicia

en el país de las maravillas, pero es también el Juan Rulfo femenino, a todas luces, la gran escritora mexicana, la que todo poetiza y transforma.

Los recuerdos del porvenir es una novela joven, vital, lírica que conjuga la magia, la luminosidad, la poesía y la acción: "Helencitos, ha escrito usted un libro maravilloso" –se fascinó Octavio Paz, quien sacó del célebre baúl el manuscrito y lo llevó a Joaquín Díez-Canedo. En esas 250 cuartillas se evidencia hasta qué grado la autora estaba ligada a su país, a los campesinos y a la Revolución Mexicana. A pesar de que Elena viajó mucho y estuvo fuera durante largas temporadas, sabe de las cocadas y las botas federicas, las tertulias al atardecer, las aguas frescas y los amores intensamente callados, porque en pueblo chico el infierno es grande.

Los recuerdos del porvenir nos muestra a una Elena Garro impredecible y no la que discutía desde la mañana hasta la noche sentada sobre la alfombra avellana de su casa, sino la Elena que sabía del campo, amaba al animalero de plantas y de árboles y al animalero de hombres, mujeres y niños, y podía describir hasta la menor nervadura de la hoja de un árbol, una Elena llena de sol (y también de luna) que supo hablar de perfumes, de sabores, del calor de Iguala, con palabras fogosas, embrujadoras, que refrescan y dan un sabor distinto a nuestra literatura. "¿Es una novela autobiográfica?", le pregunté en alguna ocasión:

-Pues sí, porque está hecha con lo que me acuerdo de mi infancia; son los recuerdos de un pueblo donde viví. La escribí en París en 1951. La escribí muy rápido. Luego se quedó guardada en un cajón. A Octavio le gustaba mucho, pero a mí siempre se me perdía. La olvidé en un hotel en Nueva York y más tarde mi hermana, que iba de pasada, recogió el baúl abandonado con todos mis papeles. Además se me quemó. Toda desbarajada y mochada la remendé y le llegó a Joaquín Díez-Canedo, quien la publicó. Estaba en París, enferma, en la cama, y para no aburrirme empecé a escribirla. La terminé muy rápido, en mes y medio. Toda la gente que sale allí es gente de verdad y muchos viven todavía. Los apellidos son de Iguala. El pueblo es Iguala, en Guerrero. Los personajes son mis conocidos, los vi todos los días hasta que vine a México. Yo era una niña muy vagabunda y me escapaba de la casa. Mi hermana Devaki y yo éramos muy fisgonas, andábamos siempre en la calle husmeando, conocíamos a todo el pueblo, íbamos de tejado en tejado, de árbol en árbol, nos metíamos al cuartel, a la comandancia militar... ¡éramos la peste! Juan Cariño, el loco, es real. Lupe y Juan Urquizo, ese español que se presenta un buen día y desaparece misteriosamente, también. El general Rosas y Julia, su querida, vinieron realmente a Iguala, yo los conocí, hicieron barbaridades y se fueron. Todo eso que yo veía de chica, esos personajes así muy mágicos, porque cuando eres chica todo es muy extravagante, todo

eso lo armé y le metí una intriga. En realidad este libro es un compendio de varios años de infancia.

Elena Garro ha quedado tan ligada a Octavio Paz que es fácil escuchar ¡Ah, sí, la que fue mujer de Paz!, una frase machista que forma parte de su identidad y una exclamación que encierra una historia de amor y de odio que identifica a la pareja.

Contradictoria a más no poder, al igual que sus personajes –de ella misma decía que era "una partícula revoltosa"–, Elena se fue destruyendo y quién sabe si sus admiradores la acompañaron en su caída, la legión de fieles seguidores, amigos, familiares, enamorados, quienes frecuentaron su casa en la avenida Nuevo León y luego en las Lomas; los incautos que tocaron a su puerta, los embrujados por su magia y los despistados que nunca faltan.

Para la escritora y académica de la lengua Silvia Molina, Elena Garro es indudablemente la mejor escritora de finales del siglo XX mexicano: "Sólo bastó para que le reconozcamos su formidable talento escribir dos libros: *Los recuerdos del porvenir* y *La semana de colores*, los más sobresalientes, desde mi punto de vista".

Sujeta a depresiones profundas, las cóleras de Elena fueron sagradas cuando defendió a los campesinos de Morelos, de Ahuatepec, de Atlixco, de Cuernavaca. Amiga del entonces jefe del Departamento Agrario, Norberto Aguirre Palancares, Elena se la pasó en la Secretaría de la Reforma Agraria en la Ciudad de México, yendo y viniendo entre los escrito-

rios de los burócratas, exponiéndoles los asuntos de multitud de campesinos que arribaban de Morelos y de Guerrero. Como estos trámites tardaban hasta meses, Elena alojaba en su casa no sólo a los campesinos que no tenían a dónde ir ni qué comer, sino al líder de los copreros, César del Ángel, personaje nefasto que le dio de cocos y nunca logró gran cosa para los que viven en la costa.

Los campesinos de Ahuatepec la miraban como a un Zapata femenino y les parecía lógico que ella enarbolara su bandera y marchara al frente de su batallón de sombreroes. Se le veía siempre con su abrigo de piel de camello y sus trajes color miel, elegantísima. Alguna vez, en una audiencia, le pregunté si no le parecía inapropiado su vestuario entre tanta pobreza, tanto deshilacherío, y me respondió: "No soy una hipócrita, que me vean tal como soy, que me conozcan tal como soy. No tengo nada que esconder, a diferencia de otros sepulcros blanqueados, escritores que se fingen indigenistas y en el fondo son racistas; juegan un doble juego, porque se fingen salvadores de los indios, pero están muy contentos de ser blancos y rubios. ¡Qué gran asco me dan! Si yo soy dueña de un abrigo de pieles, me lo pongo donde sea y cuando sea. No lo voy a esconder".

Con su hermana Deva (comunista y casada con Jesús Guerrero Galván) discutía mucho sobre su activismo y la repartición de las tierras: "Nos peleábamos todos los días, y yo le decía: 'A ti y a mí no nos matan porque somos güeras, pero a estos pobres

campesinos, tan pobres, tan indefensos y tan indios, pues les pegan un tiro en la cabeza y ni quien se mueva', y ella me decía: '¡Ay, qué reaccionaria!'"

Elena era católica y siempre adoró a la monarquía. Pensaba escribir un libro sobre los Romanov, y ella y la *Chata* (Helena Paz) hablaban durante horas de Anastasia, aferradas a la creencia de que había sobrevivido a la masacre. Madre e hija enumeraban, siempre sentadas en posición de loto sobre la alfombra, a toda la dinastía Romanov, Nicolas II, el jefe de familia; Alejandra, la emperatriz, y las cuatro grandes duquesas: Olga, de 22 años; Tatiana, que caminaba como una bailarina, incapaz de soltar a su perrito; María, de 18 años, y finalmente Anastasia, de 16, todas preocupadas por Alexis, el niño de 13, frágil y delgado, a quien Rasputín no logró curar. "Fueron asesinados en lo más negro de la noche, a las 3:15 de la madrugada", aseguraba la *Chata*. "Odio a los Rojos. Lenin es un miserable, Stalin es peor." Esa novela a Elena se le quedó en el tintero, pero en cambio produjo *La semana de colores* y una cantidad de obras de teatro totalmente seductoras que hicieron que Carlos Monsiváis la considerara la mejor dramaturga mexicana. La puesta en escena de *El hogar sólido*, que hizo Poesía en Voz Alta, con Octavio Paz a la cabeza, triunfó en grande. *La señora en su balcón*, *La sopa de poro y papa*, *El encanto*, *tendajón mixto*, *La mudanza*, *El árbol*, *Andarse por las ramas*, *La dama boba*, *Los perros* (Devaki y Elena son los perros en *El día que fuimos perros*) y *Los pilares de doña Blanca* son obras líricas y

fascinantes ahora representadas en varios escenarios universitarios.

Me pregunto qué haría Elena Garro si se enterara de que en Iguala –el pueblo que la vio crecer y le inspiró el libro que todos ponderan– desaparecieron 43 normalistas, la mayoría hijos de campesinos sin recursos ni poder político. Seguramente iría hasta la Procuraduría General de Justicia al frente de una marcha y no se separaría de los padres de los muchachos como no lo hizo de los campesinos que cobijó bajo su abrigo de piel que cubría su corazón y sobre todo su indefinible y valiosa originalidad.

Por último, quisiera recordar a Helena Paz Garro, la *Chata*, hija de dos personajes fuera de serie. También ella fue capaz de darnos unas memorias muy bien escritas y muy amenas; todavía recuerdo la admiración que sentí cuando puso en mis manos, en su casa de Cuernavaca, varios centenares de páginas escritas a renglón seguido que demostraban su capacidad literaria y amorosa. La *Chata* fue –al entender de muchos– la víctima de dos personajes centrales en la cultura mexicana. Por desgracia ninguno supo abrir las manos y la enjaularon en un abrazo mortal.

Ciudad de México. Domingo 13 de marzo, 2016

EL RENACIMIENTO DE LA GRAN CUENTISTA AMPARO DÁVILA

Hace años entrevisté a la gran cuentista Amparo Dávila y tuve el gusto de recibir una invitación a su boda con el pintor Pedro Coronel. La vi de blanco, pequeñísima, como muñeca de pastel, con su velo de tul sobre su pelo negro, al lado de un gigantón vestido de frac que sonreía a la felicidad. Creo que tuvieron dos hijas, porque después perdí a Amparo de vista, pero no de afecto ni de interés por su creatividad.

Creo que le fue de la santa patada en su matrimonio con Pedro.

Desde 2008, a la cuentista Amparo Dávila la alumbran las candilejas y recibió el bien merecido Premio de Bellas Artes, que le fue entregado por María Cristina García Zepeda. La cola para un autógrafo fue muy larga y Amparo firmó con gusto y paciencia todas las copias que le presentaron. Otra escritora también, Cristina Rivera Garza, había escrito sobre ella una novela vanguardista, *La cresta de Ilion*, editada por Tusquets, que contribuyó a volver a situarla en primer plano dentro de la literatura mexicana. Para

Cristina, Amparo Dávila era una búsqueda también de sí misma, porque ningún escritor mexicano había explorado los mundos insólitos y hasta peligrosos en los que entró Amparo Dávila en sus cuentos, que son distintos al resto de la literatura mexicana. Aunque Cristina no la conoció, le llamaron la atención sus temas, su excentricidad y sus fantasmas, su evadirse del mundo real para crear uno propio.

Recuerdo que una vez en los cincuenta Amparo Dávila me contó que ya no quería manejar porque sentía –como en los cuentos de terror– que su automóvil la llevaba donde él quería, nunca donde ella tenía que ir. A medio camino tenía que obligarlo a regresar a su casa. Me pareció una historia de pavor muy similar a la de sus libros y poesía. "Me acompaña la muerte, Elena." Leí con gran cariño *Tiempo destrozado*, *Música concreta* y *Árboles petrificados*, así como *Muerte en el bosque*.

Nacida en Zacatecas, Amparo Dávila también vivió en San Luis Potosí, y al llegar a México fue secretaria de Alfonso Reyes en la capilla Alfonsina y tuvo la oportunidad de conocer a muchos intelectuales. Antes había escrito poesía y todos la conocían en San Luis Potosí, donde se mudó su familia, ya que su padre tuvo una librería.

Obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia en 1977.

Sus personajes giraron casi siempre en torno a la noria del amor y del desamor. El desencanto y la tristeza son el *leitmotiv* de su existencia. Su fracaso personal los lleva a la locura.

Cuando la conocí, Amparo Dávila se peinaba como Verónica Lake, una larga onda de pelo le cubría el ojo derecho. Era pequeña y muy bonita. En 1957 la entrevisté para *México en la cultura* –que dirigía Fernando Benítez– al lado de otras escritoras que eran más o menos nuestras contemporáneas, Carmen Rosenzweig, a quien quise y admiré, Emma Godoy, Guadalupe Dueñas y varias más. Alberto Beltrán, el espléndido grabador, hizo un retrato que cada una agradeció. En aquel entonces escribí:

María Amparo Dávila no se entrega. Está como encerrada bajo siete llaves y no es en una hora de conversación que puede abrir, ni siquiera una de ellas. Con sus grandes ojos negros, escondidos tras el humo del cigarrillo, que fuma lenta y acertadamente, María Amparo Dávila me hizo sentirme como una harpía. En realidad, ¿para qué vine yo a entrevistar a esta escritora? ¿Por qué tiene ella que revelarme el porqué de su labor literaria? ¿Qué razones tengo yo para bombardearla con preguntas directas? Con Carmen Rosenzweig la cosa fue diferente. Ella se reía y luego me dio las gracias. Me dijo que las entrevistas hacían una labor de acercamiento entre los escritores y que esto le daba aliento para continuar y quién sabe qué más cosas bonitas. Eso me hizo feliz, y me vine a la casa sintiéndome doña Josefa Ortiz de Domínguez (motivo: las fiestas patrias). Pero frente a María Amparo Dávila tuve la impresión de estar destruyendo algo, algo que no me pertenecía. Y sin embargo, entre María Amparo Dávila y yo no había

más que cordialidad. Nos dijimos mutuamente que nos parecíamos simpáticas, que íbamos a ser amigas, que ella era muy buena escritora. (Eso se lo dije porque verdaderamente lo pienso.) Nos hablamos de tú. Pero María Amparo Dávila se evadía. Quizás esto sea una demostración de inteligencia porque tengo la impresión de que María Amparo Dávila es muy inteligente.

-¿Por qué y para quién escribes?

-Nunca me he formulado esta pregunta, porque me parece que escribir es tan natural como comer o dormir. No escribo para nadie en especial, pienso que es la obra, según su calidad, la que atrae o aleja a determinado tipo de lectores.

-¿Qué opinas acerca de la literatura actual?

-Creo que hay elementos valiosos, capaces de dar un nuevo derrotero a las letras mexicanas.

-¿Qué escritor mexicano te ha impresionado más?

-Indudablemente don Alfonso Reyes, por su gran cultura, su calidad humana, su infatigable devoción a las letras y la ternura que tiene para los jóvenes que empezamos a escribir. Él es el pilar donde debemos buscar apoyo y el ejemplo a seguir.

-¿Y entre los jóvenes?

-Admiro enormemente a Juan Rulfo, a Juan José Arreola y a Octavio Paz. Con Juan Rulfo vivo nuevamente mi niñez en aquel pueblo lleno de sombras y de viento "...uno lo oye a mañana y tarde, hora tras hora, sin descanso, raspando las paredes,

arrancando tecatas de tierra, escarbando con su pala picuda por debajo de las puertas, hasta sentirlo bullir dentro de uno..." Y con Octavio Paz vivo la poesía que yo hubiera soñado escribir.

-¿Qué obras te hubiera gustado escribir?

-Muchas, Elenita, soy muy ambiciosa. Entre ellas, *El lobo estepario*, de Hermann Hesse; las *Residencias en la Tierra*, de Pablo Neruda; *El proceso*, de Kafka.

-¿Y qué escritor extranjero más te ha impresionado?

-Kafka, sin lugar a duda. En él encuentro un gran acomodo; es decir, cuando leo a Kafka me siento en mi casa, rodeada por las cosas que conozco, que siento y sufro. No me parece lejano ni exótico, sino alguien o algo que día tras día encontramos a cada paso o llevamos dentro.

-¿Qué estás haciendo con tu juventud?

-Aprovecho esa enorme inquietud que es la juventud, para estudiar, conocer y descubrir todo lo que más adelante se transmutará en vivencias auténticas y provechosas.

-¿Qué planes tienes para el futuro?

-Escribir mucho, Elenita.

En lo que me identifico con Amparo Dávila es en que no cree en la literatura de la inteligencia pura o la imaginación absoluta, sino en la de todos los días, la que todos experimentamos a lo largo de los

años de nuestra vida, le gustan los libros que la remiten a su propia vida, a lo que ella ha experimentado y sufrido y gozado, la del diario y la de la memoria.

El Fondo de Cultura Económica, casa editorial de Dávila, publicó en un volumen sus tres libros de cuentos, además de uno inédito: *Tiempo destrozado* (1959), *Música concreta* (1961), *Árboles petrificados* (1977) y *Con los ojos abiertos* (2008).

Una presencia perturba a los personajes de *El huésped* en *Tiempo destrozado*: "No fui la única en sufrir con su presencia. Todos los de la casa –mis niños, la mujer que me ayudaba en los quehaceres, su hijito– sentíamos pavor de él". A partir del momento en que publicó *Tiempo destrozado*, la autora supo transmitir el suspenso, el terror, la angustia, todos los miedos que alteran al lector y lo obligan a preguntarse qué otras emociones le depararán los siguientes cuentos.

También el Fondo de Cultura Económica hizo una muy bella edición de su *Poesía reunida* que incluye *Salmos bajo la Luna* (1950), *Perfil de soledades* (1954), *Mediaciones a la orilla del sueño* (1954) y *El cuerpo y la noche* (1965-2007).

Ahora que todos los libros de Amparo Dávila están en circulación habría que recordar que primero fue poeta. "Si alguien hubiera dicho:/ la soledad se nutre de párpados caídos,/ de silencios dormidos en la noche del ángel;/ la soledad es una inválida semilla,/ heredad antigua, cadena y mortaja.../ Pero nadie lo dijo."

Como dice muy bien la contraportada de su libro de poesía, la obra de Amparo Dávila es única en la literatura mexicana. Nadie como ella, nadie con esa introspección y complejidad. En su escritura, Dávila sabe todo de los trastornos mentales y con gran razón la escogió Cristina Rivera Garza, ya que descubrió en ella a un personaje único, lleno de singularidades y pasiones que van mucho más allá de la literatura a la que estamos acostumbrados. Dentro de nuestra narrativa, Amparo Dávila es, sin lugar a dudas una de las más fascinantes escritoras mexicanas.

Ciudad de México. Domingo 20 de marzo de 2016

CUARENTA AÑOS SIN JOSÉ REVUELTAS

En el panteón Francés de La Piedad la voz de Martín Dozal grita el primer rechazo:

-¿No se da usted cuenta de que no queremos oírlo, señor?

Siguen *vivas* y *goyas* a Revueltas, *abajos* y *muestras* a Víctor Bravo Ahuja, secretario de Educación durante el sexenio de Luis Echeverría. En realidad, hombres y mujeres protestan contra esa apropiación que el gobierno hace del intelectual que antes persiguió y encarceló.

La primera fue la de David Alfaro Siqueiros, quien ganó su libertad al abrazar (¡oh, cuán absurdamente!) a Adolfo López Mateos, a quien había denostado en sus viajes por América Latina. País al que llegaba el presidente de México, país en el que le preguntaban por los presos políticos mexicanos. A diferencia de Revueltas, a Siqueiros siempre lo acompañaron fanfarrias y tambores, un estruendoso tributo nacional. Mejor que nadie supo levantarse un monumento a la posteridad.

Aunque totalmente ajeno a ellos, también a *Pepe* Revueltas se le hicieron reconocimientos oficia-

les y él mismo asistió al último a Silvestre Revueltas, el 23 de marzo de 1976, al que fue ya muy enfermo y muy triste, muy hermano de su hermano mayor, delgadísimo, sombrío, ya que unos cuantos días después, habría de caer en la fosa de una depresión que le hizo canjear el vodka por el vino blanco que tomaba despacito en una taza que creí era de té y eliminar casi por completo cualquier alimento. Ya para entonces, José Revueltas decía que si lo querían, se lo demostraran dejándolo en su agujero negro, respetándolo hasta lo último.

Después del funeral de José, Ema Barrón empaca su maleta y regresa a Los Ángeles. No pide nada, al único que quería era a José, su misión ha terminado. Acompañó al escritor hasta el último segundo sin pedir nada a cambio. Sin él, México no tiene sentido. Lejos de ella cualquier pretensión de viuda de escritor famoso, cualquier deseo de intervenir, influir, opinar, aclarar, revelar, aprovechar. Ya se fue José, ella también. Chicana, Ema emprende el regreso con la misma pequeña humildad con la que amó y cuidó a Revueltas.

A pesar del tormento de su vida, *Pepe* conservaba imperturbable su sentido del humor. En 1975 me envió un recado con el joven Eduardo Iturbe –entonces secretario de la Asociación de Escritores– diciéndome que si tomaba tres platos soperos de frijoles aguados al día, escribiría muy bien novela, ensayo, crónica, lo que fuera, porque los frijoles tienen grandes propiedades energéticas.

-¡Que llene un plato hondo con su epazote, su cebollita picada, chile, si es que le gusta, y el cerebro le estallará de potasio, de hierro, de fósforo! Mi esposa así me los prepara y lo tomo tres veces al día y estoy escribiendo como bárbaro.

Obediente, herví un perol de frijoles como para un regimiento. En el desayuno, los frijoles me supieron a gloria. A mediodía, me di cuenta de que se me había empañado el entendimiento, porque por más que quería escribir algunas cuartillas, me sentía pesada de tanto aire frijoludo y con un enorme sueño. En la noche, después de otro plato colmado de hierro, fósforo y otras vitaminas que van directamente al cerebro, yo volaba por mi casa como globo de Cantoya, sin haber atinado con una sola línea. Cuando le hablé a Revueltas al día siguiente, se rió:

-¿A poco te lo creíste? ¡Si era una broma!

Efraín Huerta decía que Revueltas era capaz de jugar, hacer reír, irse de parranda, verle a la vida su lado jovial y en ocasiones deslumbrante. Jamás fue un profeta sombrío ni un hombre amargado, porque la justicia no es de este mundo; en él había un niño dispuesto a aceptar las cosas buenas que da la vida. Efraín Huerta contaba cómo Revueltas llegó molesto porque el camión Roma-Mérida se había retrasado. En una calle se les había atravesado la *Mujer Dormida* y fue necesario que *Pepe* echara mano de todo su poder dialéctico para que la volcana Iztaccíhuatl los dejara pasar. Al día siguiente, también llegó tarde por culpa de una bronca en el mismo camión: el cobrador bajó casi por la fuerza a un pasajero.

-¿Por qué lo saca así, eh? -le reclamó *Pepe*.

-Porque viaja desnudo -le contestó el cobrador.

-Y bien desnudo que estaba el pasajero; era un león.

Acompañado o no por su león imaginario a Revueltas le sucedían toda clase de aventuras. Un mediodía, por ejemplo, acongojó a sus amigos con un relato dostoievskiano porque un enorme pirul en la esquina norte de Nápoles y Liverpool tenía tuberculosis. Empezó una campaña de salvación de los árboles. Héctor Xavier, el dibujante, también cuenta: "Estábamos filosofando sentados en una banca del parque Hundido, cuando *Pepe* recordó una frase de Alfonso Reyes refiriéndose a la muerte de su padre: 'Me siento como un perro negro, cojo y cruzando una calle'. Él, con toda gracia me dijo: 'Yo me siento como un perro amarillo, ¿y usted?', y le contesté: 'Como un perro confeti'.

"Después se quedó pensativo: 'Es necesario acercarnos a los perros, dialogar con ellos y convencerlos por medio de la palabra'." Iniciamos un mitin político. Ofrecimos tortas y pudimos reunir más de 30 perros.

"-¿Cómo ve? -dijo Revueltas-. Los medios para convencer a las masas son los mismos.

"Subió a una banca, habló con los compañeros perros sobre todas las fases de su vida social, callejera, política, amorosa. Volcó su sentimiento y, ¡qué ironía!, fueron los perros los que en esta ocasión lo

vitorearon. Después de una hora de dialogar con ellos, logró que sus compañeros perros, atraídos por las tortas, lo siguieran en una marcha que terminó en San Ángel. Al preguntarle por qué protestaban, Revueltas respondió: 'Estamos protestando por su vida de perros'."

Pepe fue un hombre ocurrente, apasionado –siempre le encantaron las mujeres– y desde joven se enamoró hasta morir, hasta andar arrastrando la cobija por la calle. Algunos calificaron su literatura de cruel, sórdida y angustiante, pero Revueltas se reía de sí mismo y sabía entretener a las personas más disímbolas con historias chuscas que recordaba para el gusto de sus compañeros presos del 68. Claro que estas actitudes no complacían a los solemnes miembros del Partido Comunista Mexicano, y claro que Revueltas se opuso a las órdenes enviadas de Moscú.

Desde los 18 años supo lo que significa el trabajo forzado en las Islas Mariás, supo del hambre, de castigos, de injurias; nunca nadie pudo quebrar su entereza ni aniquilarlo por el dogma o por la tortura o por el ambiente destructivo de las prisiones.

¿Por qué entonces no tendría derecho a ver la vida a través de sus ojos de experto, a tenderle la mano a presos y a policías, a todos esos pobres seres con sangre, a todos aquellos seres de pobres músculos, a estos hombres hechos del mismo "luto humano"?

Perseguido, descarnado, Revueltas estuvo siempre atenazado por su propia conciencia, una conciencia-verdugo, una conciencia justiciera que

lo obligó a defender a Heberto Padilla contra la sentencia de Fidel Castro y a perder la amistad de los cubanos y de una Cuba en la cual había sido feliz, primero como jurado y después como maestro, en Casa de las Américas, bajo la dirección de Haydée Santamaría; esa Cuba donde amó a Omega Agüero, con quien tuvo una hija: Moura Revueltas Agüero, excelente médica.

Pepe Revueltas era caótico como todo lo que vive, pero eso nunca le quitó su coherencia. Por eso mismo se le respeta y se le ama, porque todo lo puso en entredicho. Por eso resulta tan avasalladoramente atractivo a los ojos de los jóvenes. Vive en la contradicción misma y en la coherencia óptima. Por eso atrae, ángel y demonio que refleja la flama de un Luzbel cambiante, flama que a 40 años de su muerte resplandece de nuevo porque hace cuatro meses (el 23 de diciembre de 2015), su discípulo y mejor lector, Martín Dozal, falleció a consecuencia de un infarto y ahora, a su lado, ríe de nosotros. Al igual que Revueltas en sus últimos días, Martín Dozal murió en el encierro de su departamento de escasos 42 metros cuadrados en Iztapalapa. Allí atesoró las primeras ediciones del *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, *El luto humano*, *Los errores* y el mecanuscrito de *El apando*, que *Pepe* le dedicó en Lecumberri. Nunca necesitó más, aunque le ofrecieron puestos bien remunerados; supo mantenerse al margen del presupuesto. Maestro ante todo, llevó su vocación en la sangre. Nunca regateó su conocimiento y recibió con alegría franciscana a

cualquier estudiante que tocara a su puerta. Todos lo conocían por haber sido "el compañero de celda de Revueltas" (currículum que él aceptaba con su gran sonrisa de niño), pero Martín Dozal fue más que eso, fue un maestro como pocos, un erudito que no sólo sabía de literatura, sino de cine, arqueología, historia, música, pedagogía, geografía y antropología, y compartía su saber con quienes tocaban a su puerta. Ávido lector, cuando enfermó a punto de morir en 2014, lo primero que hizo al volver a la vida fue escribir sobre la muerte. ¿Qué revelación tuvo Martín para cerrar su puerta e irse tan discretamente como vivió? Quizá comprendió que ya era hora de unirse al maestro que "cambió su vida para siempre" y lo inmortalizó en su funeral como el hermoso joven incendiario que levantó la voz contra el secretario de Educación del sexenio echeverrista, Bravo Ahuja, y de pie, sobre una tumba del panteón Francés de La Piedad, el brazo en alto, se atrevió a reclamarle su inútil y extemporánea presencia.

Ciudad de México. Domingo 17 de abril de 2016

TINA MODOTTI EN AZCAPOTZALCO

Cuando el jefe delegacional de Azcapotzalco, Pablo Moctezuma Barragán, descendiente de Isabel Moctezuma Izcaxóchitl (flor de algodón), supo que el 17 de agosto Tina Modotti, la fotógrafa italiana, cumpliría 120 años, decidió hacerle una estatua en su delegación. Antes, en el año 2000, ya le había levantado una estatua a Rabindranath Tagore. El monumento vino de India, y en su entronización colaboró la embajada de esa nación. En el caso de Tina Modotti el escultor es Alfredo López. Todavía le faltan al jefe delegacional otras esculturas: la de Matlacoatl, fundador de Azcapotzalco, y la de Tezozomoc, en el siglo XV.

Pocos sabemos que Azcapotzalco tiene más de dos mil años de cultura y es uno de los centros de desarrollo artístico más generosos de la cuenca de México. Pablo Moctezuma Barragán prepara dos homenajes más (en piedra y bronce) en la colonia San Álvaro, uno a Francisco Villa y otro a Emiliano Zapata.

El monumento de Tina Modotti me toca muy de cerca, como seguramente emocionó a la Asociación Italiana de Asistencia y a su directora, Regina Casalini, y al embajador de Italia, Alessandro Busaca.

Tina Modotti descubrió antes que muchos el significado de la belleza de México. En los años 20, en los 30, intelectuales de varios países llegaron a México como quien entra al paraíso, y se extasiaron ante el cielo y la inmovilidad de la luz. Unos (los españoles) habían perdido a su país, otros se habían perdido a sí mismos. Otros querían vivir su amor a solas, como Tina y Edward Weston. Tina Modotti, cámara en mano, se adelantó a Eisenstein. Retrató en Oaxaca a juchitecas delgadas como juncos antes de que las ensanchara la cerveza que sustituyó al pulque. También le dio significado a las lavanderas, a los niños de la calle, a los que acuden a las cantinas. Recuerdo que entrevisté al asistente, ya viejito, de Hugo Brehme, quien me dijo despreciativo, a propósito de Weston y Tina: "¡Uy, esos retrataban lo que está tirado en la calle!" Retratar lo que está tirado en la calle le abrió una nueva puerta a la fotografía y Edward Weston y Tina Modotti retrataron no sólo a los artesanos, sino las artes populares, los equipales, los santos de iglesia, los caballitos de petate, las jícaras, los trompos de colores, los juegos infantiles.

Desde su infancia y su adolescencia en Udine, Friuli, cerca de Venecia, Tina Modotti conoció la pobreza que volvió a encontrar en México. La provincia del Veneto expulsaba a centenares de italianos hambrientos que lograban subir a los trasatlánticos y llegar a Estados Unidos, "*per fare l'America*". Quizá por eso Tina se inclinó por las manos de los obreros y por las ollas de barro negro de Oaxaca que retrataría para la

revista *Forma*, de Gabriel Fernández Ledesma, y para *Mexican Folkways*, de Frances Toor. Quizá también por eso quiso servir como un cántaro y posó desnuda para Diego Rivera en la capilla de Chapingo y tomó fotos de todo lo que no veían los fotógrafos de la época, las cañas de azúcar, los albañiles con su viga al hombro, los ojos de los niños que no han comido.

A Tina Modotti le tocó cruzar el océano en 1913, en un barco repleto de refugiados que llegó a Ellis Island. En San Francisco se inició de costurera. Jamás destacó como actriz en Hollywood: la convertirían en gitana con un puñal en la boca o en mexicana, como presagio de su próximo viaje.

Tina jamás habría sido Tina Modotti sin México, porque es la fotografía la que le da peso y reconocimiento. Tenemos en el Archivo Fotográfico de Pachuca, donados por Vittorio Vidali, 80 negativos de Tina Modotti. No hay muchos más en el mundo, porque Tina ejerció la fotografía de 1923 a 1930, siete años en total, y todos sus temas son de México.

Sin México, Tina no sería quien es, por eso es tan importante que Pablo Moctezuma Barragán la reconozca en un monumento. Fuera de México no hizo casi nada salvo unas cuatro o cinco tomas en Berlín, que desde luego no superan su producción mexicana. Al seguir a Edward Weston, su maestro y amante, Tina fotografió las sábanas que las lavanderas tienden al sol en la azotea y se acercó a las pulquerías Mi oficina y Los recuerdos del porvenir, para retratar a los parroquianos. La canción que entonaba con

frecuencia y con una sonrisa al lado de Xavier Guerrero, a quien Diego Rivera bautizó como "el mono con sueño", era: "Borrachita me voy hasta la capital".

La época mexicana de Tina, de 1923 a 1929, seis años luminosos, es la más libre, la más sensual, la más vigorosa y la única etapa verdaderamente creativa de su vida. Antes, Tina había intuido lo que significaba vivir en función de la belleza; la buscó en el teatro, en el cine en Hollywood, en los *batiks* que imprimió en Los Ángeles con *Robó*, pero su relación con Weston y su amor por él provocaron en ella uno de los sentimientos más fuertes y duraderos de su vida: el amor por el arte.

Tina adquirió en México un oficio que Weston le brindó y se convirtió en una profesional de la fotografía. Cuando Weston regresó a Glendale, California, porque la relación con Tina había terminado, Tina tuvo la seguridad de que podría vivir de su fotografía. Weston, además, le heredó la mayoría de sus instrumentos de trabajo y toda su clientela.

Aunque la prensa mexicana desató contra ella la peor campaña difamatoria y pretendió (y logró) destruir su reputación en menos de cinco días, después del asesinato de Mella, Tina no permitió que la abolieran de sus desnudos que circularon en los diarios y los comunistas -aterrados- no supieron cómo defenderla, salvo el pintor Diego Rivera, quien la acompañó y se autotituló su defensor de oficio al lado de Miguel Covarrubias. Los comunistas nunca supieron defender a sus mujeres (ni quererlas). Al-

guna vez, el juchiteco Andrés Henestrosa me explicó que las escasas compañeras del Partido confundían la palabra "camarada" con la palabra "cama".

El 5 de enero de 1942 Tina Modotti murió sola, a bordo del taxi que la llevaba a medianoche a su casa en la calle de Doctor Balmis, al lado del Hospital General. Su fallecimiento lastimó a todos. En medio de las acusaciones y de los insultos de la prensa, los comunistas y los refugiados españoles le rindieron un homenaje. Pablo Neruda publicó un poema. "Tina Modotti, hermana, no duermes, no, no duermes: tal vez tu corazón oye crecer la rosa..."

Ahora, cuando se acabaron las utopías, la obra y la vida de una fotógrafa recuperan los heroísmos del México posrevolucionario, los de la Guerra Civil de España y la figura de mujeres cuya conducta es irrepetible, porque las guerras se libran a mansalva y las pagan los inocentes. La voluptuosidad ha sido computarizada y los oráculos anuncian el futuro en una pantallita. Los designios humanos tienen más que ver con la cibernética, pero siguen dependiendo de los impulsos secretos de cada quien. La humanidad entera cuelga de un megabyte, ésa es la única conclusión definitiva. A pesar de la derrota final de Tina Modotti, su propuesta amorosa sigue siendo válida en un México lleno de contradicciones pero, ante todo, de zonas por descubrir, un país de manantiales y desmemorias, vetas de sangre y vientres parecidos al que Tina ofrendó al Rey Sol en la azotea de su casa-barco, en la avenida Veracruz, México.

Pablo Neruda tuvo razón al llamarla hermana y en asegurar que Tina oía crecer la rosa. Bajo tierra mexicana, los huesos perfectos de Tina florecen y nos dan la certeza de su impulso y su soberbio rechazo al mal del mundo.

Ciudad de México. Domingo 28 de agosto de 2016

LAS PATRONAS O LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

Un acontecimiento luminoso dentro de la negrura de las malas noticias es el estreno del documental *Llévate mis amores*, dirigido por tres chavos -todos menores de 30 años- que querían reactivar una radio comunitaria en Paso del Macho, Veracruz, y se quedaron impactados ante Las Patronas: Arturo González Villaseñor, entonces de 25 años; Antonio Mecalco, fotógrafo también de 25, e Indira Cato, la productora de 20 años que entregó seis años de su vida al proyecto. Consiguieron una maravillosa editora, Lucrecia Gutiérrez Mopomé, la única mayor de 50 años. Ya había reportajes televisivos sobre *La Bestia* y los migrantes, pero ellos decidieron centrarse en el trabajo de Las Patronas e hicieron la película con un equipo prestado. Pagaron sus propios viajes al paraje La Patrona, en el municipio de Amatlán de los Reyes, y durante la filmación ayudaron a preparar las bolsas y comieron lo que preparaban sus entrevistadas. *Llévate mis amores* demuestra que si nuestro país quedara en manos de jóvenes de este calibre, otro gallo nos cantara.

Un mediodía de 1995, Bernarda Romero, quien nunca se casó, y Rosa Romero, que dice todo lo que

piensa, regresaban a casa con sus bolsas del mandado, y al pasar cerca de la vía del tren escucharon voces de hombres asidos a un vagón: "Tengo hambre". Se acercaron al tren y tendieron sus bolsas de plástico a varias manos ansiosas. A partir de ese momento idearon preparar arroz y frijoles, llenar bolsas de plástico y añadir botellas de agua hervida al paso del tren. Levantar en lo alto el *lunch* providencial que saciaría el hambre de un desconocido. Se les unió Guadalupe González Herrera, chaparrita que acostumbra decirles adiós con la mano hasta que desaparece el tren; Leonila Vásquez, la matriarca de 70 años, y su nieta Karla Aguilar, así como Daniela Romero, sobrina de Norma y Rosa, quien se quiere ir a Estados Unidos para mantener a sus hijos. Todas son familia. Lorena Aguilar fue al hospital a ver al migrante Jesús, quien perdió las dos piernas en el tren, y concluye: "Si este chavo dice que le va a echar ganas y no se rinde, tampoco yo me voy a rendir". Otras amigas se les unieron y desde entonces 13 mujeres alimentan al hambriento que va a Estados Unidos, país que confunde con el paraíso.

Llévate mis amores es la ópera prima de los tres jóvenes; se estrenó en noviembre de 2014 en el Festival de los Cabos y ahora sale con 15 copias en la Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey. Antes, la película se enseñó en sitios poco comunes, plazas públicas y foros estudiantiles. El festival Ambulante primero dijo que sólo les daría cierto número de proyecciones, pero al ver la respuesta de los espec-

tadores las aumentó y la película ha estado en más de 60 festivales. Hoy, por primera vez entra a corridas comerciales. Los chavos tardaron cuatro años en filmarla y durante dos años sólo la presentaron en festivales que terminan con una sesión de preguntas. Los chavos han ganado el premio del Público.

Llévate mis amores no sólo expone el grave peligro que corre la migración centroamericana en su paso por México, sino que evidencia las historias de cada una de Las Patronas, mujeres que saben del trabajo en el campo y de la lucha por sacar adelante a sus hijos y abrirles camino en un país y un estado marcados por el narcotráfico y la violencia. Es curioso que cuando el director Arturo González Villaseñor les pide que se definan enumeran sus "defectos", jamás presumen, no tienen conciencia de su heroísmo. Cada una practica sin saberlo aquello de "que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha".

La historia de Norma Romero define a este manojo de mujeres que alivian el hambre de los migrantes en su paso por México. En 1997 una hondureña llamó a su puerta porque a su novio -"picado" con un picahielo en el tren- no querían recibirlo en ningún hospital. Norma y sus hermanas lo cuidaron en su casa durante más de 20 días y Norma se dio cuenta de la discriminación que sufren los migrantes. Se dirigió al Instituto Nacional de Migración para informarse, ya que por miedo muchas mujeres temen ayudar para no "meterse en problemas con la autoridad".

La peor amenaza a la que se enfrentan Las Patronas es a la del crimen organizado.

Veracruz, convertido en una inmensa fosa desde hace dos sexenios, es hoy un infierno como Michoacán. A la llamada "guerra contra el *narco*" del sexenio de Felipe Calderón hay que añadirle las administraciones corruptas de Fidel Herrera y Javier Duarte. Entre 2006 y 2012 se registraron mil 714 asesinatos en Veracruz y en los primeros dos años del gobierno de Peña Nieto la cifra alcanzó 2 mil 189 ejecuciones. El viernes 7 de octubre fueron hallados los cuerpos de cinco jóvenes desaparecidos y el colectivo Solecito, formado por un grupo de madres de desaparecidos descubrió el 5 de septiembre de este año 75 fosas clandestinas en el puerto de Veracruz.

En medio de la barbarie, la generosidad de Las Patronas es un oasis en el desierto para los cientos de migrantes que al estirar su mano reciben pan y agua. Las Patronas llevan vida a los rieles de la muerte. Una jovencita, Karla, domina su miedo y se persigna antes de tender sus bolsas de plástico. Muchas bolsas caen al suelo. Agua, arroz, frijol, aceite, tortillas y pan, el trajín empieza temprano, porque hay que llenar cada bolsa de modo que alcance para todos. Encender el fuego después de juntar la leña, sacar agua del pozo, lavar las botellas como hace José Luis Aguilar, esposo de Antonia Romero, llenarlas y cargar los carritos de mandado hasta la vía es una imagen que no desmerece ante la de la multiplicación de

los panes y los peces, y nos recuerda al México de las grandes hazañas ante la catástrofe.

La solidaridad se ha ampliado a los vecinos que traen aceite, arroz o frijol, y las colectas entre alumnos de la Universidad Veracruzana, así como el supermercado Chedraui de Córdoba, que se comprometió a donar sus sobrantes de pan tres veces por semana.

El padre Alejandro Solalinde, fundador del albergue para la atención del migrante en Ixtepec, Oaxaca, y fray Tomás González, fundador del de Tenosique, Tabasco, han denunciado que quienes ayudan a los migrantes sufren discriminación de la jerarquía eclesiástica que no reconoce ni apoya esta labor. Pero esto no amedrenta a Las Patronas, una de ellas afirma que su labor está en las vías, no entre los muros de una iglesia.

Según varios organismos de derechos humanos, cada año pasan por México cerca de 400 mil migrantes centroamericanos rumbo a Estados Unidos. En el camino son víctimas de secuestro, extorsión, violencia y muerte no sólo del crimen organizado, sino de las autoridades migratorias de México, que los entregan a grupos criminales. Ante la infamia se erigen Las Patronas, que nos demuestran que no todo está perdido.

Ciudad de México. Domingo 16 de octubre de 2016

PEPE MUJICA, UN HOMBRE QUE SABE "HONRAR LA VIDA"

El 12 de octubre pasado pocos se enteraron de que el ex presidente de Uruguay y actual senador, José Alberto Mujica, a quien todos conocemos como *Pepe* Mujica, estuvo en Tijuana, invitado por la Universidad Autónoma de Baja California, que lo distinguió con el grado de doctor *honoris causa*. La Universidad cumplía 60 años de vida y la presencia del ex presidente Mujica "fue un acontecimiento estremecedor", tal como me lo escribe Óscar Valenzuela.

Mujica leyó ante más de 15 mil personas su conferencia *Educación, jóvenes y filosofía de vida* en el Centro de Alto Rendimiento de Tijuana, que lució repleto de estudiantes y sus maestros. La siguieron en directo más de 160 mil personas en el mundo a través de Internet. Orador nato, bromista y cálido, Mujica instó a los jóvenes a buscar la felicidad antes que lo material, a "honrar la vida" (la suya y la de los otros) y a participar en política para mejorar su entorno y no para enriquecerse, porque muchos "la confunden con una profesión para ganar dinero", pero "los políticos deberían vivir como la inmensa mayoría, no como la minoría privilegiada". Cuántos gobernado-

res prófugos que han desfalcado a sus estados deberían escucharlo y tomar ejemplo de lo que es hacer de la política un servicio de y para la gente.

Durante su visita a Tijuana, Mujica fue a comer con su esposa al desayunador del padre Chava, que atiende a cientos de migrantes haitianos que esperan una oportunidad para ingresar a Estados Unidos. Allí ayudó al padre Chava a servir la comida: "A ver, ¿quién quiere más?", y escuchó relatos de cómo habían llegado a Tijuana: "Todos somos descendientes de migrantes, porque migrar es parte de la condición humana", respondió Mujica, a quien podríamos definir como el antagonista por excelencia de Donald Trump, presidente electo de Estados Unidos.

José Mujica y su mujer, Lucía Topolansky, senadora por el Frente Amplio, viven en las afueras de Montevideo, la capital de Uruguay, en una casa modesta, rodeados de gallinas, una perra de tres patas, llamada *Manuela*, y una excelente cosecha de jitomates y lechugas que él mismo levanta de la tierra. La pareja se mueve en un Volkswagen 1987 que todavía funciona y, aun siendo presidente, Mujica regresó a su casa todas las noches al salir de Palacio de Gobierno: "Mi compañera y yo tenemos una casa chica, la limpiamos en un dos por tres, porque cuando se tienen muchas cosas se acumula lo que no se necesita, se pierde tiempo, no se puede pasar la vida gastando el tiempo en hacer plata, porque cuando te das cuenta se te fue la vida y no podés ir al supermercado y decir: 'véndame 10 años'."

La filosofía de vida de este ex guerrillero que en los años 60 se integró al Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y pasó más de tres lustros en prisión, fue herido de seis balazos y proscrito por sus ideas, es una inspiración para miles de jóvenes. En la Feria del Libro de Guadalajara, en 2014, los estudiantes le aplaudían en todos los pasillos y el director de la Feria, Raúl Padilla López, le ofreció una cena memorable, ya que el ex presidente logró conmovernos a todos. Me consta que no presume de nada, porque durante tres días lo vi con el mismo saco, el mismo pantalón y puede que con la misma camisa. Intelectuales y artistas como el cineasta serbio Emir Kusturica lo perseguían, y ahora éste prepara un documental sobre el ex mandatario, porque lo considera el "último héroe en el mundo de la política".

Durante los cinco años en que Mujica gobernó Uruguay, de 2010 a 2015, sus decisiones fueron tan alabadas como criticadas. Fue el primero que puso sobre la mesa la regulación de la mariguana y afirmó que represión y guerra no son la solución. Uruguay es el primer país latinoamericano en ajustar la venta de mariguana desde 2012, lo que permite al Estado saber cuántos lo hacen "recreativamente" y cuántos son verdaderos adictos. Mujica lo explicó muy bien: "Nuestro criterio es tratar de arrebatar el mercado a un negocio clandestino y ponerlo a la luz del día. Pero que se entienda bien, no significa que el que quiera va a consumir y va a comprar lo que quiera, no, es una re-gu-la-ción. Vamos a ofrecer en las far-

macias una dosis mensual a la gente que se registre; cuando requiera más de eso nos damos cuenta de que a esa persona la tenemos que tratar, y entonces la vamos a atender como lo que es, un problema de salud. Vamos a empezar con la mariguana, que es el problema hoy en Uruguay".

Durante su mandato, José Mujica donó su sueldo a un programa de vivienda para personas de escasos recursos, especialmente madres solteras. Alega que con lo que su mujer Lucía Topolansky gana como senadora les alcanza y sobra para vivir. Cuando una periodista de la cadena Al Jazeera lo calificó como "el presidente más pobre del mundo", él fue contundente: "Pobres son los que me describen, mi definición es la de Séneca: pobre es aquél que precisa poco, porque si precisa mucho es insaciable. Yo soy sobrio, no pobre; liviano de equipaje, sé vivir con poco. Aprendí que si no podés ser feliz con pocas cosas, no vas a ser feliz con muchas".

El legado de Mujica en cinco años de gobierno incluye una importante disminución del nivel de pobreza, crecimiento del empleo, aumento de los ingresos y diversificación en materia energética. Algunos minimizan estos logros. Alegan que se trata de un país pequeño (apenas supera los 3 millones de habitantes, la mitad de los que viajan a diario en el Metro de la Ciudad de México) y que así es fácil gobernar e incluso "experimentar" con medidas como la regulación de la mariguana, pero hay que reconocer que una población pequeña no es sinónimo de buen

gobierno ni de justa distribución de las riquezas. En nuestro país hay municipios mucho más pequeños y con muy buen presupuesto que han sido saqueados por sus gobernantes. Sin ir más lejos, la presidenta municipal de la región indígena de Santiago Tuxtla, en Veracruz, se atreve a lucir en público un vestido Gucci de 120 mil pesos, sólo para nombrar una de las extravagancias con las que se regodean nuestros representantes.

El ex presidente *Pepe* Mujica y su filosofía de vida es un ejemplo no sólo para la clase política, sino para todos los que en la actualidad corremos detrás del último celular o *tablet* de moda. El consumismo del que tanto habla Mujica en sus conferencias es el gran enemigo de las sociedades modernas, porque Mujica no sólo se ocupa de la economía, el índice de pobreza, las relaciones exteriores, las estadísticas y los números: reflexiona sobre la soledad de las grandes ciudades y sobre el tiempo que perdemos detrás de lo material dejando de lado lo que realmente importa. Para muchos la actitud del ex presidente es demagógica y exhibicionista; sin embargo, cuántos de nosotros podemos decir que "honramos la vida" como hace *Pepe* Mujica, porque como lo cantó la extraordinaria Mercedes Sosa: "Eso de durar y transcurrir no nos da derecho a presumir, porque no es lo mismo que vivir honrar la vida".

Ciudad de México. 27 de noviembre de 2016

CUATRO DÉCADAS SIN RODOLFO WALSH

Hace 40 años, el 25 de marzo de 1977, el escritor y periodista argentino Rodolfo Walsh era abatido en plena vía pública por un comando militar justo un día después de repartir su *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*. Su cuerpo jamás apareció. En el México actual, en el que acabamos de sufrir el asesinato escalofriante de nuestra compañera Miroslava Breach Velducea, acribillada a plena luz del día, en el que los reporteros del periódico *El Mañana*, en Nuevo Laredo, tienen que usar chaleco antibalas, es bueno recordar a un intelectual de la talla de Rodolfo Walsh, porque hoy más que nunca su concepto de que “el periodismo es libre o es una farsa” confirma a los reporteros y reporteras que arriesgan su vida que no están equivocados en su lucha por la verdad.

¿Quién era Rodolfo Walsh? Ángel Rama habla de tres libros fundamentales: *Operación masacre* (1957), *El caso Satanowsky* (1958) y *¿Quién mató a Rosendo?* (1969), y lo retrata como "el periodista denunciante, el que sólo está comprometido con la verdad, el que descubre tramoyas secretas y las pone a la luz de la palabra escrita; el guardián de la honestidad, el

servidor incorruptible de la justicia". Cuando nuestro querido Noé Jitrik le rindió homenaje en México habló de la carta que Walsh escribió a los militares: "Probablemente esa carta vaya a constituir un documento central en un proceso que alguna vez se pueda iniciar en la Argentina a las fuerzas armadas o al despotismo más victimario de nuestra historia".

Apenas refugiada en México, entrevisté para *Siempre!* a la esposa de Walsh, Lilia Ferreyra. Me contó que durante 11 años vivió junto a Rodolfo Walsh en El Tigre, en una casita isleña del Delta del Paraná junto al río, porque a Rodolfo le gustaba el agua. También Haroldo y Marta Conti vivieron cerca y de vez en cuando tomaban una barca, y en alguna ocasión navegaron los cuatro. "Pasamos allá muchos días, semanas enteras, iluminados por lámparas de queroseno. Rodolfo escribía y jugaba al *scrabble* y al *go*, un ajedrez chino que se basa en la táctica y estrategia de tipo político-militar." Ambos, Rodolfo y Lilia, eran Montoneros (organización guerrillera peronista); ambos eran buscados, ambos sabían que hacer política de oposición en Argentina era exponerse a la muerte. Ambos se la jugaban. Sobrevivió Lilia.

Cuando la conocí era una joven delgada que se replegaba sobre sí misma en el sillón como para protegerse. Tenía el pelo muy chino, llevaba un pantalón de mezclilla azul, un suéter blanco tejido y un morral. Parecía una estudiante cansada, desencantada, ojerosa, sus zapatos de piel color vino eran la única nota de color en esa primera imagen que ella

me brindaba. Me explicó que no estaba peinada y entre las fotos de Rodolfo me enseñó una suya con el cabello liso echado para atrás, la boca igualmente plena, pero más sofisticada: "Ésa nos la tomaron en La Habana, donde Rodolfo fue jurado del premio Casa de las Américas con Haroldo Conti. Allá en La Habana nos vimos con Marta y Haroldo Conti, cuatro o cinco veces".

Lilia hablaba en pasado, sonreía cuando recordaba que antes del atentado Rodolfo le había anunciado: "El próximo fin de semana lo pasaremos haciendo el amor". También lo recordaba en la cocina, absorto en el contenido de una cacerola, guisando o prendiendo un cigarro. O bailando, porque se levantaba de su máquina bruscamente para abrazarla, dar algunos pasos de baile, hacer alguna pantomima y sentarse de nuevo, el cigarro entre los labios, la vista fija en la página.

-Vivimos muy solos los dos porque en 1975-1976, en Argentina era muy difícil la relación con los demás; permanecemos en la clandestinidad y cuando queríamos encontrarnos con amigos en alguna estación de ferrocarril siempre nos 'desencontrábamos', ellos no llegaban o simplemente los habían agarrado. Así fue en nuestro último Año Nuevo, el 31 de diciembre de 1976, nos desencontramos con unos amigos a quienes esperamos en la estación hasta las 10 de la noche. Volvimos solos a casa y Rodolfo entonces me dijo: "Comprá algo rico para comer". A las 10 y media empezamos una partida de go (y las par-

tidas de go pueden durar tres o cuatro horas), pero ésta terminó más o menos rápido. A las 12 menos cuarto Rodolfo dijo: "Bueno, hay que desocupar la mesa". Puso la máquina, se sentó y empezó a escribir rápidamente. Cuando dieron las 12 del Año Nuevo, se detuvo, nos abrazamos y me dijo: "Así quería empezar este año, para enseñarles lo que soy a estos hijos de puta", y me mostró una descripción de cómo había visto la ciudad mientras esperábamos: su aislamiento, su soledad y su silencio. El año 1976 fue terrible para Argentina, murió muchísima gente, murió la hija de Rodolfo, murieron la mayoría de los compañeros de María Victoria (hija de Walsh), que también eran nuestros amigos.

-¿Cuántos años tenía María Victoria?

-Cumplió 26 el día que la mataron.

-¿Cómo la mataron?

-En un tiroteo con el ejército. Estaban en una reunión, llegaron los militares, ella subió a la terraza, el cerco que los rodeaba era de 150 hombres; ella misma se dio un tiro para que no la agarraran viva.

-¿Y cómo se enteró Rodolfo Walsh de la muerte de su hija?

-Por la radio.

-¡Ay, Dios mío!

-Para Rodolfo, la muerte de su hija fue terrible, así como la de sus compañeros, que tenían una relación con él de padre a hijo.

-¿Qué hizo Rodolfo cuando escuchó la noticia?

-Tengo la hoja de lo que él escribió, puedo enseñársela, puede usted copiarla.

Me extiende una hoja:

"Querida Vicki: la noticia de tu muerte me llegó hoy a las tres de la tarde. Estábamos en reunión cuando empezaron a transmitir el comunicado. Escuché tu nombre, mal pronunciado, y tardé un segundo en asimilarlo. Maquinalmente empecé a santiguarme como cuando era chico. No terminé con ese gesto. El mundo estuvo parado ese segundo. Después les dije a Mariana y a Pablo: 'Era mi hija'.

"Suspendí la reunión.

"Estoy aturdido. Muchas veces lo temía. Pensaba que era excesiva suerte, no ser golpeado, cuando tantos otros son golpeados. Sí, tuve miedo por vos, como vos tuviste miedo por mí, aunque no lo decíamos. Ahora el miedo es aflicción. Sé muy bien qué cosas has vivido, combatiendo. Estoy orgulloso de esas cosas. Me quisiste, te quise. El día que te mataron cumpliste 26 años. Los últimos fueron muy duros para vos. Me gustaría verte sonreír una vez más.

"No podré despedirme, vos sabés por qué. Nosotros morimos perseguidos, en la oscuridad. El verdadero cementerio es la memoria. Ahí te guardo, te acuño, te celebro y quizá te envidio, querida mía.

"Hablé con tu mamá, está orgullosa de tu dolor, segura de haber entendido tu corta, dura, maravillosa vida.

"Anoche tuve una pesadilla torrencial, en la que había una columna de fuego, poderosa pero contenida en sus límites, que brotaba de alguna profundidad.

"Hoy en el tren un hombre decía: 'Sufro mucho. Quisiera acostarme a dormir y despertarme dentro de un año'. Hablaba por él pero también por mí."

Miro a Lilia, una ráfaga de angustia atraviesa su mirada. Trato de seguir con la entrevista.

-Y a usted, Lilia, ¿se le hace difícil vivir en México?

-Sí, todavía.

-¿Cuánto lleva en México?

-Un año.

-¿Quedó muy marcada?

-A veces siento la necesidad de buscar una coherencia entre lo que pasó y el momento actual. Siento un extrañamiento de encontrarme aquí, porque a veces me golpea toda la historia, se me viene encima y me pregunto: "Bueno y, ¿qué soy ahora? ¿A dónde voy? ¿Qué pasó?" Trato de encontrar la continuidad entre mi vida actual y el pasado. La vida de Rodolfo y la mía estuvieron siempre integradas a un proyecto político; mi vida personal, como individuo, se perdía dentro del proyecto político. Pero ahora que éste ha sido derrotado y que también mi vida en pareja terminó, me pregunto: "¿Qué hago?" Todo lo perdí, la pareja que hacíamos Rodolfo y yo, el trabajo político, el futuro, todo. Todo se pierde. En la noche entro al departamento, cierro la puerta, me siento en mi cama, me siento muy sola y ya no quiero vivir sola. Conseguí un departamento muy chiquito en el cual me siento muy aislada y no me gusta.

-Pero usted tiene que sobrevivir, Lilia, salir adelante y sobrellevar la soledad. Una acaba por acostumbrarse a todo. ¿No tiene usted coche? ¿No tiene teléfono?

-No (sonríe), y en esta ciudad es difícil comunicarse, moverse, tengo la sensación de la precariedad de todo.

-Pero tiene usted la responsabilidad de sobrevivir.

-Sí, sí, lo hablamos muchas veces Rodolfo y yo, hablamos de la posibilidad de la muerte de uno de los dos; el que quedara tenía que tratar de sobrevivir; lo hablamos una infinidad de veces, pero muchas veces me hago la pregunta: "¿Para qué vivo?" No pretendo tener una gran respuesta; después de mi militancia política he quedado reducida a mi pequeña vida individual. Yo soy -sonríe- mi pequeña vida individual, esto que usted ve aquí sentada, Elena, y me pregunto: "Bueno, ¿qué carajo se hace con esto?"

* En homenaje a nuestra compañera
Miroslava Breach Velducea

Ciudad de México. Lunes 3 de abril de 2017

CINCO AÑOS SIN CARLOS FUENTES

El pasado 15 de mayo se cumplieron cinco años de la muerte de Carlos Fuentes, el primer novelista mexicano que quiso abarcarlo todo porque ni José Vasconcelos, ni Agustín Yáñez, ni Martín Luis Guzmán, ni Alfonso Reyes –tan generosamente universal– tuvieron su largo aliento (Juan Rulfo es un mundo aparte).

Fuentes profesionalizó la literatura mexicana. Antes de él, los escritores eran diplomáticos que escribían los domingos; él se lanzó a la escritura de tiempo completo. Decía entre risas en la cantina La Ópera, al lado de Benítez, Monsiváis y Cuevas: "Jugué mi corazón al azar y se lo llevó la chingada". Su afán totalizador, su avidez cultural, su vuelo interoceánico, su exploración de las Américas, su identidad y su cultura, su querer alcanzar "las dos orillas" y hacerlas suyas, su apostura a lo Jorge Negrete y Pedro Infante, la formidable ambición de *Terra nostra* y *Cristóbal nonato* son las señas de identidad del escritor que más obras ha dado a México.

Si este país tiene pilares, uno de ellos fue Carlos Fuentes. Como los antiguos mexicanos sostenía el

cielo y como los muralistas nos construyó un pasado y pintó el inmenso fresco de nuestras vidas, no sólo las anteriores sino las actuales, la *terra nostra* en la que caben todos los mundos y en la que nos encajó como la pieza que faltaba en el rompecabezas. A fuerza de contarnos nos volvió únicos e irremplazables y gracias a él somos reconocibles y reconocidos.

Su gran amor y gran traición fue Octavio Paz, pero ninguna referencia es tan identificable como la que el propio Fuentes impuso, primero con *La región más transparente* y después con *La muerte de Artemio Cruz*.

Don Rafael Fuentes Boettiger alguna vez me dijo con una sonrisita: "Ahora soy el papá de Carlos Fuentes". Sin embargo, de su mano y gracias a su carrera diplomática, Carlos vio a México desde Washington en la escuela Cook, cuando era uno más entre tantos parvulitos, y desde Chile y Argentina a los 14 y 15 años. Gracias a que don Rafael lo llevó al cine, Fuentes adquirió un sorprendente conocimiento de este arte, que seguramente hizo que *Ciudadano Kane* influyera en Artemio Cruz; gracias a él también aprendió a mirar a México desde fuera, gracias a él, el niño Carlitos, nacido en Panamá en 1928, se preocupó por el México que surgía de la Revolución, el nuevo orden mundial, los asuntos políticos y hasta los agrarios, la historia de México, la corrupción, en fin, las raíces de toda su futura obra novelística.

De la mano de don Rafael Fuentes Boettiger (insisto en el Boettiger porque don Rafael decía: "No me

quiten mi apellido alemán") Fuentes entendió quiénes eran la Coatlicue y Tláloc y aprendió a amarlos, pero también quiso reivindicar a Hernán Cortés y, más que ningún otro escritor mexicano, declaró que era justo que reconociéramos al español que todos llevamos dentro. Según él, sólo así nos completaríamos.

Cuando conocí a Fuentes le enloquecía Pérez Prado y tomaba notas. Estaba perdido de amor por *Tongolele* y tomaba notas. Iba a Las Catacumbas y tomaba notas, comía tacos en Beatricita y tomaba notas, caminaba por la Alameda y acariciaba el trasero de la estatua *Malgré Tout* y tomaba notas, bailaba en el Ciró's y tomaba notas. Pasaba muchas horas en la Plaza Garibaldi y tomaba notas. Recorría San Juan de Letrán (hoy Eje Lázaro Cárdenas) y se metía en los cines de barrio. En los años 50, además de bailar mambo y cha cha chá, escuchaba con una avidez insaciable a las mujeres de collares de perlas y vestidos "chemise" y tomaba notas de cómo Jaime Saldívar, responsable del incipiente Club de Industriales, tocaba el piano para enamorarlas. Veía la destreza con la que los meseros llevaban en una mano una pesada charola y escuchaba a los taxistas que son la mejor fuente de información. Reía a carcajadas cuando le contaban que la princesa Ágata Ratibor se llevó por equivocación un suntuoso abrigo de pieles en vez de su capita ratonera. Todo le hacía gracia, todo era novedad, todo era memorable. Desde entonces, Fuentes sabía que la cultura puede hacer mejor a las sociedades.

Alguna vez lo vi subir una escalera de la calle de Génova a gigantescas zancadas y me quedé impresionada con su agilidad. Así subía a las pirámides, así conquistaba al mundo. Todavía a los 80 años subió a todos los escenarios de sus innumerables celebraciones con la rapidez y la gracia de Fred Astaire.

No fue la farándula ni la trivía de los años 50 y sus protagonistas quienes ejercieron una influencia definitiva en Carlos Fuentes, sino don Manuel Pedroso, a quien quiso entrañablemente, Alfonso Reyes y Octavio Paz. Más tarde, Fernando Benítez lo admiraría sin reservas y Fuentes en agradecimiento lo convertiría en su tío y en personaje principal de *Cristóbal nonato*. La lealtad absoluta a sus amigos resultó ser uno de sus principales rasgos de carácter junto con su culto a la escritura por la que dio su vida, como la dio en el siglo XVIII Sor Juana Inés de la Cruz, porque Carlos Fuentes entregó su alma al diablo con tal de escribir.

Cada lector encontró en Fuentes lo que quiso: razones, necesidades, ausencias, fracasos, pasiones. Su obra fue la mina de la que sacamos tesoros escondidos, el pozo sin fondo, el espejo enterrado.

Fuentes conoció la traición, la muerte, el amor, la crítica demoledora, la adulación perversa, la admiración sin límites, la recuperación del pasado y la memoria del futuro. Pero, sobre todo, conoció muy bien las dos Américas y las reflejó.

He pensado que si alguien tuviera oportunidad de regresar a la tierra por segunda vez y pasar de un

tiempo a otro, ése sería Carlos Fuentes, porque, a diferencia de muchos, le tiró a lo grande y vivió su presente en México, en Francia (donde nació su hijo Carlos), en Harvard, en Martha's Vineyard en Boston, en Inglaterra y, finalmente, en su casa de Londres. Nos regaló una visión inédita de la Ciudad de México (como hizo Efraín Huerta en poesía) y desacralizó a la Revolución Mexicana en *La muerte de Artemio Cruz* al contar el millón de muertos y producir miles de multimillonarios que más que admiración causan alarma y desprestigian a México, cuando él, Carlos Fuentes, con su obra y la esplendidez de su conducta le hizo tanto bien a nuestro país.

Carlos Fuentes no ha muerto, simplemente ha cambiado de residencia. Nunca se mantuvo ajeno a la muerte (en Estados Unidos lo operaron a corazón abierto), siempre supo lo que era cuando nadie sabe lo que es y no le tuvo miedo. La veía como a la Catrina de Posada. Para eso era mexicano, para saber que tras de la piel hay un cráneo como el de cristal tallado, una de las 13 calaveras que los mayas dispersaron por el mundo, y tienen poderes mágicos. También su cráneo fue de cristal y supo, antes que nadie, que nuestra relación con la muerte es finalmente nuestro único calendario solar.

* A Karl Bellinghausen, in memoriam

Ciudad de México. Domingo 21 de mayo de 2017

LA MUERTE NO TIENE REMEDIO: JOSÉ LUIS CUEVAS

El 14 de marzo de 2010 entrevisté a José Luis Cuevas por última vez en su casa de San Ángel. Y entre risas y chistes, toda la conversación giró en torno a su propia muerte.

Metido en su cama catedralicia por culpa de la ciática que aqueja su pierna izquierda y le causa mucho dolor, José Luis Cuevas asegura que además de pintor se ha vuelto vidente y sabe quiénes van a morir en los años que vienen. "Te lo voy a decir, pero tú no repitas sus nombres, no se vayan a enojar. Yo me voy a morir este año."

Su mujer, Beatriz del Carmen, sacude su fleco rubio:

-¡Ay, Cachito! ¡Cómo te gusta la publicidad!

-Tengo una libretita secreta y negra y en ésa apunto la lista de los que van a morirse y hasta ahora no he fallado. Adiviné que Salvador Novo moriría en 1974, David Alfaro Siqueiros también, Dolores del Río en 1983, Juan Rulfo en 1986, Alice Rahon en 1987. Anuncié la muerte de Fernando Benítez en 2000, también supe que en 2006 moriría Juan Soriano, Mathias

Goeritz en 1990. Yo supe que Alejandro Aura, amigo mío, iba a morir en 2009. Soy vidente desde los años 70. En 1973 preví la muerte de Picasso y la mía. Murió Picasso y yo no. Me fui a Houston en el avión de Luis Echeverría con Teodoro Césarman para ver al mayor cardiólogo de Estados Unidos y uno de los más importantes del siglo XX, Michael DeBakey. Incluso Cantinflas me dio una carta de recomendación para DeBakey que lo había operado a él. "Dale esta carta", pero no fue necesario porque el segundo de DeBakey, hoy día un cardiólogo famosísimo, me hizo un examen para ver cómo andaban mis arterias y las encontró perfectas. Vi en una pantalla cómo corría el líquido de la radiografía por las arterias hasta llegar a la arteria coronaria. ¿Hablas inglés? Oye, porque si no hablas inglés corres el riesgo de morir porque el médico te ordena en inglés. "Tosa usted, tosa usted con mucha fuerza" y en ese momento con la tosa evitas el infarto.

-¿Entonces si no toses habrías sido responsable de tu muerte?

-Cuando regresé en el mismo avión de Echeverría a México, Jacobo Zabludovsky le anunció al pueblo por televisión (José Luis imita a Zabludovsky): "Acabamos de recibir la noticia de que Cuevas siempre no murió, como había predicho, ha regresado perfectamente bien, ¡qué bueno! ¿No?"

La noticia de que estaba yo muy grave e iba a morir en la operación en el Methodist Hospital se dio

en la televisión, en la radio, en la prensa y un hombre llegó corriendo y sin aliento a la galería Misrachi:

-Yo quiero comprar todo lo que tengan de José Luis Cuevas...

Compró grabados, dibujos, apuntes, lo que fuera. Y cuando Zabludovsky divulgó que no tenía yo nada y había regresado sano y salvo se presentó muy enojado el comprador y le dijo a Misrachi:

-Aquí están las obras, las regreso y no las quiero. Haga usted el favor de devolverme el dinero. Creí que él iba a morir y como no murió lo considero una estafa...

Esto me lo contó Misrachi. A mi regreso me llamó mi buen amigo Rodolfo Rojas Zea con quién me llevaba muy bien y ya había escrito mi obituario para *Excelsior* tal y como se lo ordenó Julio Scherer. "Hazlo lo más extenso posible porque va a ser noticia de primera plana."

-¿Por qué no me lo traes para corregírtelo? -le pedí a Rojas Zea.

Esa misma tarde, Rodolfo Rojas Zea vino a la casa:

-Oye, aquí te faltan muchísimas cosas muy importantes.

Añadí todo lo que faltaba y le pregunté:

-Oye, ¿no te ofendes si te corrijo también la ortografía?

-Yo soy periodista, ¿qué más da que haga unas cuantas faltas de ortografía?

Lo corregí a conciencia: "Ahora sí está al centavo. Yo te sugiero que cada año me traigas el obituario para completarlo. Por el momento quedó perfecto, si muero mañana puedes publicarlo en tu periódico".

Eso sucedió en 1973, el año de la muerte de Picasso y mía.

También tengo listas mis esquelas de media plana para cada uno de los grandes periódicos. Se lo dije aquí a mi bien amada esposa Beatriz del Carmen que me respondió: "¡Ay, yo no quiero saber nada de eso!" "Yo entiendo que vas a sufrir muchísimo cuando yo me muera -le expliqué- va a ser espantoso para ti, no es fácil encontrar a alguien como yo", pero por favor te suplico que el último gasto que haga el museo sea el de la media plana de mi esquila. Un desplegado en un periódico cuesta muchísimo. ¿Tú sabes cuánto cuesta media página? Es muchísima, muchísima lana. Te lo digo a ti, Elena, para que en caso de que no aparezca nada en *La Jornada* tú reclames mi media plana. Tengo ya redactada la esquila y la he memorizado: "El gran maestro de la pintura mexicana José Luis Cuevas falleció el día de ayer a tales horas habiendo sido una de las grandes figuras del arte mexicano con proyección in-ter-na-cio-nal. Su amadísima esposa, sus hijas, Mariana, Ximena y María José, sus hermanos Alberto y Lupita, sus amigos Pedro Friedeberg y José Sacal y los pocos que quedan vivos anuncian con profunda pena el fallecimiento de tan ilustre personaje del arte mundial. Se recibirán las condolencias y las flores..."

-Se ruega no mandar flores ni coronas...

-No, no, no, cómo no, que manden todas las que quieran... Oye, ¡qué te pasa! Que las manden a la...

-A la Rotonda -dice Beatriz del Carmen.

-No, a la Rotonda no, porque eso sí, se marchitarían, José Luis. Tienen que pasar uno o dos años para que el difunto ingrese a la Rotonda.

-¿Ah, sí? Antes era rápido y expedito. Del Palacio de Bellas Artes conducían en la carroza funeraria a los muertos a la Rotonda. Yo estuve en la muerte de Siqueiros en Bellas Artes y se lo llevaron derecho a la Rotonda, pero ahora creo que el gobierno es más estricto porque muchas veces escogían a quienes habían sido compadres del presidente en turno. Por ejemplo, León Felipe, que era español, fue a la Rotonda de inmediato porque Echeverría lo admiraba mucho. También Rosario Castellanos, que murió en Israel electrocutada, es la única mujer en la Rotonda, la trasladaron al cementerio de Dolores apenas la trajeron de Israel. Oye, ¿tú eres amiga del comité que decide quiénes sí y quiénes no? Me gustaría saber quién toma las decisiones.

José Luis prende un cigarro:

-Lo único que no dejo es el cigarro. Vino a verme hace un rato un gran neurólogo, me dijo: "Saque la lengua", se quedó callado y cuando volvió a abrir la boca fue para decirme: "Son dos mil pesos de consulta".

-¡Qué desgraciado! ¿Y tú ya tienes preparadas tus últimas palabras, José Luis?

-Sí, y espero que no sean como las de Agustín Yáñez, quien ya agonizando en la cama de su casa murmuró:

-Amados hijos míos, amada esposa, todos acérquense, voy a decirles unas palabras. "Si hay Rotonda, acéptenla"...

-Pero muchos mexicanos valiosos se han quedado sin Rotonda...

-Quedarse sin Rotonda es horrible, ¿verdad amadísima esposa?

-¡Ay Cachito, no seas tan dramático!

-¿Y tu cajón de muertos cómo lo quieres? -inquiero para que no abandone el tema de la necrofilia.

-Sería completamente imposible para mí pensar en un ataúd de gran lujo cuando el museo va a gastar tanto en los anuncios del periódico. Quiero que el último gasto sea para anunciar en grande mi muerte. Oye Elena, ¿sabías que los periódicos tienen ya escrito el obituario de muchos personajes para que no los agarren desprevenidos? ¿Crees que *La Jornada* me permitiera leer el mío para remediar omisiones? Tengo el presentimiento de que este año va a ser el de mi fallecimiento y voy a estar muy bien acompañado porque también sé los nombres de otros que van a morir en 2010 pero no voy a dar nombres, aunque los tengo anotados en mi libretita negra y secreta. Si la abres vas a llevarte algunas sorpresas porque tengo a varios que jamás imaginarías.

-¿Y quiénes quieres que vayan a tu entierro?

-Ten en cuenta que soy el único mexicano que se ha casado debajo del Monumento a la Revolución con el rito náhuatl. Me casé por primera vez a los 15 años cuando me parecía a James Dean con una gringa que después me buscó: "I hear you have become a celebrity", pero no tengo el acta de matrimonio. Desde entonces me caso y me caso y me vuelvo a casar. Con Carmen Beatriz me casé 38 veces, la primera vez en Xel-Há, con el rito maya. Por tanto, quiero que vayan muchas mujeres quedadas y casaderas que lloren a grito pelón para que las oigan todos los reporteros, las retraten los fotógrafos, cronistas, voceros, comunicadores, analistas, candidatos a la Presidencia, merolicos, cilindrerros, presidentes de la República, presidentes municipales...

-Lo primero que dijiste en casa de los Sacal cuando el representante de la delegación Álvaro Obregón te anunció que le iban a poner tu nombre a la calle Fresnos, en la que vives, fue: "¿Y por qué no el Paseo de la Reforma?"

-En realidad eso lo dijo Marcelo Ebrard en una comida en mi museo porque yo le sugerí: "Oye, ¿por qué no le ponen mi nombre a una calle?" Respondió muy serio: "Me parece una buena idea. ¿Qué calle te gustaría? No me vayas a pedir el Paseo de la Reforma, porque eso sí es imposible. Ni Insurgentes ni Paseo de la Reforma". "No, Marcelo, a mí la que me interesa es Fresnos, porque hace esquina con Diego

Rivera que es más bien pequeña y la mía será más grande que la de Diego Rivera".

-Y finalmente, ¿qué te gustaría que se dijera de ti?

-Soy muy buena gente, aunque pueda resultar un tanto absurdo el hecho de que alguien que ha sido bueno con muchos, al mismo tiempo sea una gente muy odiada... Mira en una ocasión en la revista *Claudia* cuando la dirigía Vicente Leñero se hizo una encuesta para ver quiénes eran las personas más antipáticas de México y recuerdo que el primer lugar lo sacó María Félix, el segundo Jorge Saldaña, que hacía televisión y el tercero yo y me hablaron de *Claudia* para preguntarme qué sentía de estar entre los tres más odiosos de México y respondí: "Haré un esfuerzo para estar en primer lugar". Hice el esfuerzo, pero ya no hubo una segunda encuesta.

-¿Quieres unos dulces, Elena? -ofrece Beatriz del Carmen con una sonrisa invitadora.

-Sí, sí, danos unos dulces -se alegra José Luis y mientras *Beti*, como le dicen sus amigas, los saca muy bien envueltos de una cómoda y me tiende un limón relleno de coco, repite: "Enfermo que come y mea, el diablo que se lo crea".

Ciudad de México. Miércoles 5 de julio de 2017

LUIS BUÑUEL: A 34 AÑOS DE SU MUERTE

El próximo sábado 29 de julio se cumplen 34 años de la muerte de Luis Buñuel. Recuerdo que cada vez que lo visitaba en su casa en la colonia Del Valle me repetía: "Te quiero como amiga, pero no como *interviewadora*", y me hacía sentir Judas Iscariote por retener cada una de sus palabras. Para mí, ir a verlo -con o sin entrevista- era una fiesta. La mañana era siempre blanca en la privada de Félix Cuevas número 27 y desde antes de entrar regresaba a no sé qué estado anterior al día de la Primera Comunión. Veía a Buñuel y volvía a ser niña; se me alisaban las arrugas. ¿Será porque él era un niño? Hablaba de cosas sencillas: del frío, de la neblina, de prender la chimenea, de amigos comunes, de Octavio Paz -a quien quería mucho-, de Carlos Fuentes -a quien quería más-, de *Tristana*, su perra, y, sobre todo, bromeaba, aguardaba mi reacción y volvía a bromear.

Cuando entraba a la pequeña salita frente al retrato que le hizo Moreno Villa, Buñuel, de pie, enfundado en su saco de lana a cuadros blancos y negros, inquiría con una ancha sonrisa que dejaba ver sus fuertes dientes: "¿Quién viene, la amiga o la periodis-

ta?" Yo respondía: "Judas, Luis, es Judas rencarnado el que ahora te va a besar en la mejilla", y lo besaba, y desde ese momento quedaba traicionado para siempre. Luego aparecía Jeanne, su mujer, alta y hermosa, bien plantada y fuerte (los dos daban la impresión de ser árboles), y *Tristana*, la perra, a quien en el sofá, en medio de ambos, no se le iba nada.

-Aquí en México tengo a antiguos amigos de España que traté en la guerra; a algunos los veo, ya están viejos, sordos -sonríe y señala su aparato en la oreja y luego se señala a sí mismo.

"Tengo a José Ignacio Mantecón, a Wenceslao Roces; tú lo conoces, el senador. Mis amigos son unos cuantos y nada más. Los veo una vez por mes, comimos el otro día, pero soy un hombre muy solitario."

-¿Por qué te gusta tanto la soledad?

-Porque la puedo romper cuando quiera.

-Pero, ¿nunca te pesa?

-Por eso, la rompo cuando me pesa. Estoy tres o cuatro días solo, con Jeanne, y al cuarto o quinto día de vernos hasta en la sopa y hablar de todo, vienen unos amigos a tomar unos whiskies. (Me mira burlón, arremeda mi voz y me pregunta riendo: "¿Quiénes?")

-Ya sé que Luis y Janet Alcoriza vienen muy seguido a verte -respondo ufana.

-Mira, Elena, tú tienes memoria, de lo que te digo tú resume aquello que te interese y lo pones como si otro lo dijese -engola la voz y añade: "Un

amigo de Buñuel nos cuenta que la soledad la rompe cuando él quiere".

-¿Quiénes vienen a verte?

-José de la Colina se presenta cada tres o cuatro meses. De pronto el otro día vino a verme Juan Ibáñez, que acaba de hacer *Divinas palabras*, y se quedó un par de horas. A los dos o tres días me telefonea otro amigo; así, a cada rato. Y algún extranjero cae de vez en cuando. (Buñuel de nuevo se adelanta burlesonamente a mi pregunta: "¿De qué país?") Pues de Francia, de Estados Unidos...

-¡Ay, Luis, qué malo eres! ¿Cómo voy a hacer mi entrevista? ¿Es cierto, Luis, que la generación del 98 quedó marcada por el sexo y la sotana? Me lo dijo Luis Cardoza y Aragón.

-¡No tenían nada que ver con la sotana! Eran más bien de tipo liberal, librepensadores, desde Baroja. No veo que Ortega y Gasset haya sido marcado por la sotana, no veo que Pedro de Ayala lo haya sido; pero hombre, no sé...

-Oye, Luis, pero ¿tú crees que la religión te imprimió su carácter para toda la vida?

-A mí sí, porque durante toda mi infancia me educaron los jesuitas, y estar con ellos desde los siete hasta los 15 años te marca. Dejé de creer en lo que me decían a los 17 años y empecé a pensar por mi cuenta, pero me ha quedado siempre una huella; no es que yo sea un adepto, no soy religioso ni voy nunca a misa, ni creo en nada, pero sí me ha marcado.

-Entonces ¿te importa mucho la religión?

-Sí.

-Oye, Luis, ¿y el sexo?

-¿El qué?

-El sexo.

-¿El seso?

-El se-xo. ¿No te marcó?

-El seso... Mira, eso cuando vaya a confesarme, entonces se lo contaré al confesor, a ti no -sonríe. Ahora, si él me lo permite, te lo contaré a ti después, porque no quiero ofender tus púdicos oídos.

-Entonces, Luis, ¿tú crees que esa afirmación de que toda una generación española quedó marcada por la sotana y el sexo es falsa?

-Al menos en la del 98 no veo esa marca, no me parece. Yo nací en 1900 y pertenezco a la generación del 27. Todos mis contemporáneos, poetas que ahora ya están viejos o se han muerto, como García Lorca, como Aleixandre, Guillén y Dámaso Alonso y Alberti, todos son liberales, totalmente demócratas, algún revolucionario, un anarcoide, otro comunista, pero son tipos liberales, de izquierda.

-Luis, ¿te escandalizas con facilidad?

-No.

-Pero, ¿te gusta escandalizar?

-No.

-¿Por qué?

-No sé.

-Oye, y *El último tango en París*, de Bertolucci, ¿te gustó?

-Me marché... Es repugnante.

-¿Por qué?

-La vi porque íbamos a contratar a María Schneider. Ella trabajó dos días conmigo y ¡fuera! Por eso fui a ver la película, para verla a ella. Yo no voy nunca al cine, y sólo conozco a los actores cuando hago una película y digo: "Para este papel necesito una chica de 22 años, rubia. La necesito así y asado" ... Bueno, ¿ya está tu entrevista?

-No, Luis, no está nada, ¿por qué te saliste de *El último tango en París*?

-Porque no me gusta el exhibicionismo pornográfico.

-¡Pero si tú has filmado unas escenas muy atrevidas! Catherine Deneuve, en *Belle de jour* flagela a un gordito.

-¡Ah, bueno, pero ésa es una broma! No era pornografía para nada, era burla, una *boutade*, una puntada.

-Pero también en *El discreto encanto de la burguesía*, cuando están por llegar los invitados a cenar, los dueños de la casa están haciendo el amor en el jardín y reciben a sus invitados todos revolcados y no sé cuánto...

-Eso es una broma, Elena, una broma, ¿no lo entendiste? ¡A ellos no se les ve hacer el amor!

-Pero si él está jadeante y ella desgreñada y toda por ningún lado.

-Sí, se ve que hicieron el amor, pero no el momento en que lo hacen. Para mí la pornografía es ver el acto fisiológico.

-Mira cómo eres de mañoso. ¿Y tú nunca has filmado el acto fisiológico -como lo llamas- en tus películas?

-¡Nunca!

-¿De veras?

Hace un gesto negativo con la cabeza.

-¡Nunca! Yo no he hecho nunca una película erótica. En mis películas hay momentos muy fuertes, pero los puede ver un niño de ocho años.

-¿Un niño de ocho años podría ver cómo se revienta un ojo con una navaja de rasurar? ¿Un niño de ocho años puede ver a Tristana coja, abrirse la bata en el balcón y exhibirse ante los libidinosos que van pasando? ¿Un niño de ocho años puede ver *Ese oscuro objeto del deseo*?

-Sí, sí puede.

-Yo creo que tú, Luis, eres romántico e idealista, y como avestruz haces que una avestruz entre por una ventana de la recámara y salga volando por la otra, que un oso irrumpa en una cena de gala, que un obispo se convierta en jardinero y Silvia Pinal en San Simón. En *El fantasma de la libertad* los comensales se sientan en torno a la mesa y del modo más natural posible se bajan los pantalones o se suben la falda y se sientan en excusados en vez de sillas. Encima de la mesa hay revistas y periódicos, y mientras las leen, platican. La sirvienta pasa con el papel de baño en una charola. Uno de los invitados pregunta dónde está el comedor y la muchacha le contesta que al fondo a la derecha. Ahí en un cuarto de pequeñas

dimensiones se sienta y come muy solito. De repente tocan a la puerta y él, avergonzado, responde, la boca llena: "Está ocupado".

-Si eso te parece pornográfico, entonces, como lo imaginaba, no tienes idea de lo que es la pornografía.

-Así como estas escenas se te han ocurrido muchísimas más a lo largo de tu vida cinematográfica, desde las primeras: *La edad de oro*, *El perro andaluz* y *Las Hurdes* hasta *Bella de día*, *Tristana* y *Ese oscuro objeto del deseo*.

-¿Ya terminaste? Es que me aburro hablando de mí mismo, Elena, siento que me repito, digo lo que ya he dicho, lo que ya conozco, la repetición me fastidia. Claro, uno puede variar, cambiar de idea, yo he evolucionado, pero siempre dentro del mismo plano y soy bastante consecuente. Si nos viésemos tú y yo todos los días amistosamente, hoy y mañana, mañana y tarde, comiésemos y saliésemos juntos, verías cómo termino por decir siempre lo mismo y para el público eso es aburrido. A un amigo no me importa repetirle las cosas porque para eso es amigo, pero que el público sepa qué opino sobre tal o cual asunto, simplemente no me gusta.

-Pero ¿por qué?

-Porque hay un exceso de información y yo odio la información. Si yo fuera dictador dejaría un periódico importante, por ejemplo *Le Monde* en París y dos revistas cualesquiera que yo mismo censuraría y lo demás ¡prohibido todo! ¡Eso sería estupendo! Es

una broma, Elena, en la cual hay un poco de verdad: mi odio al exceso de información es real. A la televisión ni la odio ni la amo, nunca la veo, jamás, y la radio no puedo oírla. Oye, espérame que yo voy a cambiarle la pila a esta cosa.

De vez en vez Luis Buñuel se levanta, se quita su aparato contra la sordera, lo retiene entre sus manos, le acomoda no sé qué y vuelve a ponérselo. Entonces le habla a Jeanne, quien siempre anda cerca y le dice: "Jeanne, hazle la conversación a Elena, sé amable con ella".

Jeanne hace una mueca; los dos, tanto Luis como Jeanne son muy dados a sacar la lengua, entornar los ojos como moribundo, y en eso hay algo juvenil; bromean uno con otro, son cómplices. Desde su rincón, Luis pregunta: "¿Le estás dando conversación a Elena mientras cambio la pila?"

Bajo su pelo blanco los ojos de Jeanne son extraordinariamente traviosos. Me explica: "Siempre está cambiando sus aparatos, los descompone. Oye, Elena, ¿no quieres un Martini?"

Luis regresa, Jeanne se va y *Tristana*, la perra, la sigue a la cocina.

-Hablábamos, Luis, del exceso de información y de tu odio.

-Sí, creo que el exceso de información mantiene la angustia de nuestra época que ya es enorme. O sea que yo duermo, Elena, me levanto tranquilo y de pronto veo el encabezado: "Avión secuestrado, tal, tal y tal", y luego que Israel ataca una aldea y

mueren muchas personas y así se van acumulando las emociones brutales, extrañas, desagradables, que contribuyen sin necesidad al estado de nervios que uno ya tiene.

“Hay tantos sabios abominables”

-Y de esta angustia, ¿es culpable el exceso de información?

-¡Claro!

-¡Ojos que no ven, corazón que no siente! Pero ¿tú crees, Luis, que vivimos en una época más brutal que en la cavernaria?

-Tal vez siempre ha sido brutal la sociedad, pero como ahora somos demasiados y estamos tan enterados, resulta peor. Hay tantos sabios abominables que inventan cosas para matar a un millón de personas de tajo, ¿verdad?, y todo eso me angustia. Hay temporadas en que leer los periódicos es para mí un disgusto horrible.

-Entonces, Luis, ¿te gustan los terroristas?

-No, nada.

-¿Ni los secuestradores?

-Depende. Hay ciertas motivaciones políticas que me parecen, si no legítimas, por lo menos entendibles. Porque en el terrorismo hay siete u ocho tendencias: la del loco que se sube en un avión y lo secuestra, la del deportista que es la más peligrosa porque mata y cree que es un deporte. Si yo fuera joven, en principio me atraería, caramba, en vez de ganar el campeonato de esquíes y tal, asaltar un tren,

pues eso es peligroso, el peligro me gusta, me gusta verlo de cerca.

-¿Y las motivaciones políticas?

-Sí, ¿te acuerdas, por ejemplo, de aquel atentado que hubo en Jerusalén hace cuatro años? Unos japoneses que van a Tel Aviv y ametrallan y matan a 18 puertorriqueños. ¡Eso es de locura, es de locura!

-Y las películas de Costa Gavras, ¿las has visto? ¿Z, *Estado de sitio*?

Pone cara de sordo y grita:

-¿Las películas del griego Costa Gavras? No, no voy nunca al cine, no las he visto, bueno, muy de vez en cuando; el otro día vi la película de Juan Ibáñez: *Divinas palabras*...

Buñuel sonrío y luego me arremeda y pregunta con voz de hámster: "¿Y te gustó?" "Sí, me parece una creación".

-Luis, a mí me contó Emilio García Riera que fuiste a un festival de Cannes y te asombraste mucho de que te sentaran entre los grandes, como si tú no fueras nadie y comentaste: "¡Fíjate, y me han sentado junto a Rossellini!"

-No es cierto, no es cierto, pero siempre, como en todo, hay un poco de verdad. En el año de 1960, en el festival de Cannes se presentó una película por la que me habían dado una "mención", y *Les Cahiers du Cinema* organizó una comida con sus editores y una mesa la presidió Rossellini y otra yo. A Rossellini lo conocí en México, pero nunca lo quise ni me gustó nunca su cine, salvo una película o dos. Aquí en México querían darle a él La Cabeza de Palenque,

premio del festival de Acapulco, ¿recuerdas?, en el año 60, y no lo saludé porque nunca me ha gustado Rossellini.

-Pero Bergman, ¿sí?

-¿Bergman? -de nuevo pone cara de sordo.

-Sí, Luis, el sueco, Ingmar Bergman.

-Nada, nada.

-¿Te gustó *Gritos y susurros*?

-No, me aburre. Bergman me aburre. Me gusta Fellini, todo, me gusta mucho Fellini.

-¿Y Visconti?

-También, desde el punto de vista formal; me fascinan sus muebles, sus techos, sus grandes mesas, los trajes, las joyas de sus mujeres y tal y tal y tal...

En México y en el mundo entero, todos querían trabajar con Luis Buñuel. También yo hubiera querido vivir a su lado. Había en él algo que me conmovía, absolutamente ajeno a su propia grandeza. No la conocía, ni cuenta se daba. No sé si leía o no los periódicos y menos las entrevistas que a puros parches fui cosiendo de visita en visita. Lo que más le entretenía, como él mismo decía, eran los *faits divers*: "Espantosa muerte de mujer descuartizada", algo así como la nota roja. No sé si se haya enojado conmigo alguna vez, lo creo incapaz, porque tenía una infinita bondad. Después de su muerte, alguna vez visité a Jeanne y le dimos una vuelta a la cuadra con *Tristana* porque me convidó: "Voy a sacar al perro, ¿vienes conmigo?"

Ciudad de México. Domingo 23 de julio de 2017

JOSÉ CLEMENTE OROZCO A 68 AÑOS DE SU MUERTE

José Clemente Orozco fue un terremoto en la pintura, un creador que con una sola mano sacó a los mercaderes del templo y fustigó a empresarios y a dueños de edificios mal construidos. Defendió a los que ahora viven en la calle bajo lonas y abrazó al igual que los franciscanos a los que siempre se quedan sin nada. Castigó a latigazos de pintura roja a quienes mienten. El terremoto que sufrimos el 17 de septiembre pasado nos hizo olvidar su muerte, pero hace 68 años, el 7 de septiembre de 1949, murió José Clemente Orozco mientras trabajaba en el mural del multifamiliar Miguel Alemán.

En el retrato que le tomó Edward Weston en 1930, Orozco tenía 47 años. Ese año, el pintor lo visitó en California con Alma Reed (la *Peregrina* de Felipe Carrillo Puerto y su gran promotora en Estados Unidos). En 1930, Weston ya había roto con su discípula, la fotógrafa Tina Modotti, y clausurado los años mexicanos de su vida; José Clemente Orozco tranquilizaba por carta a su mujer diciéndole que Alma Reed era sólo una amiga. Alma Reed publicó

la primera biografía del muralista e hizo énfasis en que el jalisciense consideraba la pérdida de su mano izquierda a los 21 años "un accidente como otro cualquiera". Quizá por ello son admirables las hercúleas manos orozquianas, la de Hernán Cortés cubriendo el sexo de la Malinche, la mano izquierda de la Justicia, las del dios Quetzalcóatl, la de Cristo rompiendo su cruz y la de Hidalgo dando el grito de la libertad.

En la foto de Weston, sus lentes de fondo de botella agrandan su mirada de por sí memorable. Orozco quema, como quema su pintura. Vio en el fuego un instrumento de purificación: toda su obra nos levanta y nos pone a girar en una llamarada que va subiendo alta como una columna de fuego y en ella arden la maldad, la rapiña y el orgullo hasta incendiar el cielo de la cúpula del Hospicio Cabañas.

Quien haga una visita al Hospicio Cabañas, a la Universidad de Guadalajara, al Hospital de Jesús, a Dartmouth o a Pomona College debe ir bien preparado y poner cuanto antes orden en su conciencia. De lo contrario puede salir de manera violenta, tal vez como los mercaderes salieron del templo. La pintura de Orozco nos abofetea y nos acusa, la realidad aparece aquí tratada a machetazos. Los trazos iracundos, enérgicos y decisivos son una inmensa tachadura en el rostro orondo de la burguesía.

-A mí me ofende Orozco -me dijo un día una amiga que pertenecía a Los Trescientos y algunos más.

-Claro, a nadie le gusta que le echen en cara su falsedad y su olvido. A nadie le gusta saber que la humanidad es fea, que hay cárceles y hospitales y que un río de cuchillos corre por el mundo.

Cristo destruye su cruz porque es un árbol que no ha podido florecer en esta tierra miserable.

Prometeo gira incendiado en la cúpula del Hospicio Cabañas. Roba el fuego a los dioses para dárselo a los hombres. Hosco, dolido, desesperado, centro del remolino, ojo del huracán, Orozco estalla en llamaradas. Él mismo es el Prometeo que pretende salvar a la humanidad. Él mismo es el hombre en llamas.

El dolor del mundo está cubierto con un fúnebre sudario, porque Orozco pensó que no había facciones humanas capaces de expresarlo. Orozco es el pintor de la incredulidad, del sismo en las conciencias, las espaldas abrumadas, de los niños macilentos, de las mujeres consumidas por una maternidad sin esperanza, de los obispos de mitras caídas, de los jueces venales con sus balanzas chuecas, de las prostitutas tiradas en el suelo, la boca abierta. Orozco es el retratista de los terremotos, los de la naturaleza y los personales. Perdemos pie, nos caemos, la tierra bajo nuestros pies va y viene dispuesta a escaparse. La tierra se abre y Orozco nos traga. Junto al desfile de la pobreza viene el carnaval de las pasiones políticas, la farsa sangrienta del poder y de la concupiscencia, lo irrisorio y lo bufo de la gloria terrenal señoreada por el diablo.

Para Orozco, la vida, su vida, nuestra vida, la vida de todos, fue un escándalo de enormes proporciones. Él mismo provocó un escándalo al enamorarse de Refugio Castillo, niña de 12 años que cursaba la primaria cuando él tenía 26 y estudiaba pintura en Bellas Artes. La conoció en una vecindad del centro de la Ciudad de México, donde vivía, y a la que Refugio llegó con su familia desde Zacatecas. Orozco le escribió centenares de cartas, tarjetas, mensajitos, fotografías y dibujos como cuenta mi linda amiga, la escritora Adriana Malvido en *El joven Orozco: cartas de amor a una niña*; a Refugio le confió la tragedia del accidente que lo privó de su mano izquierda: "Llegó el año en que debiera estudiar química y en efecto la estudié. Una vez que estaba haciendo un experimento mezclé distraídamente gran cantidad de dos cuerpos, cuya mezcla resultaba un explosivo formidable; la capsulita la tenía con la mano izquierda, que voló convertida en polvo. Los dolores físicos que sufrí después, Refugito, apenas pueden imaginarse. En mi pleno conocimiento, un médico tijeleteó rápidamente mi brazo, hecho pedazos, ligó arterias que manaban sangre a borbotones y yo no sé qué más sucedió hasta que me vi después nuevamente en el camino de la vida con las mismas energías y los mismos alientos y las mismas ambiciones que antes, indiferente a todo, dispuesto a avanzar, avanzar siempre y no quedarme atrás".

En los muros de la Secretaría de Educación Pública, en San Ildefonso, el concreto y el acero nos

amenazan con sus estructuras sombrías, su maquinismo enajenante, su militarismo soberbio, su capitalismo voraz que nos lleva al armamentismo. Como nosotros mismos, sitiados ahora por el arte agresivo de Orozco, el hombre está preso en sus terribles inventos, en su técnica destructora.

Orozco es un pintor difícil y desagradable para tantas buenas personas. Y, sin embargo, contra lo que podría creerse, no es un pesimista como tampoco lo fueron los profetas y los reformadores del mundo.

Si José Clemente Orozco viviera tendría 134 años. Nació el 22 de noviembre de 1883 en Zapotlán, donde por primera vez alzó su mano de pinceles rojos. Interpretó al México más dolido, al México profundo, al indígena al que el franciscano envuelve en su sayal. Su arte esencial es de una pureza que conmueve hasta la médula. Jamás hizo concesión alguna. Jamás quiso complacer a nadie. A diferencia de Diego Rivera, quien retrató a demasiadas señoras de sociedad, Orozco las pintó como cacatúas con un penacho de vanidad y de estupidez en la cabeza. A diferencia de Siqueiros, *El Coronelazo*, que en 1964 pidió el indulto al presidente y salió de la cárcel antes que otros opositores políticos de menor celebridad, como los ferrocarrileros, Orozco, el primero de los Tres Grandes, Orozco, se mantuvo incólume, estoico en la cárcel de su cuerpo cincelado a golpes sobre el yunque. Estoico, satírico, rabioso, nos metió a puñetazo limpio los más bellos murales de nuestro continente.

Por alguna razón José Clemente Orozco asistió a un coctel en honor del rey Carol, quien llegó a México acompañado por su amante, Magda Lupescu. Mi mamá me contó que seguramente de ahí sacó varias cacatúas y otras preciosas ridículas que ahora hacen fila en sus murales. Mi hermana y yo (de nueve y 10 años de edad) pudimos atisbar a los invitados, pero nunca detecté a alguien tan particular como Orozco. Desde una esquina, el pintor se dedicó a observarlo todo con sus ojos de lechuza –contó mamá. En los años 40 el rey vivió en Francisco Sosa, Coyoacán, frente a la casa de Alvarado. Maximino Ávila Camacho (el de los 300 pares de zapatos y botas de montar), hermano del entonces presidente, fue su anfitrión, aunque la Lupescu alegó "no aguantar la altura" y la pareja voló a Janeiro en 1947. Siempre me llamó la atención que dejaran huella no sólo en las páginas de Sociales, sino en Orozco, que reprodujo sus sombreros y su envanecimiento. Así participó con sus pinceles en Los Trescientos y algunos más del México de los años 40 y 50 que Luis Spota y Carlos Fuentes también retrataron en novelas tan innovadoras y críticas, como la excelente *La región más transparente*.

* A Leonardo Curzio, María Amparo Casar y Ricardo Raphael, con admiración

Ciudad de México. Domingo 15 de octubre de 2017

EL PROBLEMA CON LA DEMOCRACIA ES QUE MUCHA GENTE NO VOTA: DAVID MACIEL

No cabe duda, Carlos Monsiváis caló hondo en quienes lo conocieron. Así le pasó al chicano, doctor en sociología, David Maciel, quien llegó a la calle de San Simón a decirle que lo admiraba. Lo recuerdo jovencito, guapo, tímido e ilusionado porque lo llevé a San Simón. A partir de ese momento, Carlos y David se vieron en muchas ocasiones porque el chavo Maciel no imaginaba que Carlos atravesaría la frontera con tanta frecuencia ni con tan singular alegría, no sólo para dar conferencias multitudinarias y solidarizarse con luchas sociales, sino para lanzarse al *chopin* del otro lado y atiborrar su maleta de discos, películas y libros que más tarde pesarían al grado de no poder ni arrastrarla por los pasillos del aeropuerto Benito Juárez. ¡Tijuana, Mexicali, San Diego, Los Ángeles, Santa Bárbara, ahí les voy! –Monsiváis, guiado por David Maciel, conoció todos los *malls* del otro lado.

"Ningún intelectual mexicano se preocupó tanto por nosotros los chicanos, escribió tanto sobre nosotros, fue tan sensible, tan curioso de nuestra cultura, de nuestra historia, de nuestra sociedad;

Tijuana, Austin, Albuquerque, San Francisco, San Diego, le debemos mucho. A mí me honró con dos prólogos”, se emociona David Maciel, a quien se le humedecen los ojos.

-Sí, yo nací allá, de nacionalidad soy gringo. Me encantaría tener la doble nacionalidad, pero me lo impide la falta de acta de nacimiento de mis padres.

David Maciel habla español a la perfección y lo escribe ídem. Eso le ha permitido publicar en México; ahora mismo tres libros suyos salen de la imprenta, pero, por lo pronto, enojado, habla de otro libro, *Fire and fury, bestseller* de Michael Wolff.

-Mira, *Fuego y furia* se agotó en un día por sus denuncias contra Trump. Michael Wolff, se le volteó como su *chief advisor*, Steve Bannon, y lo pone en evidencia, así como a toda su familia. Trump representa lo peor de Estados Unidos; un sector racista, clasista, que quiere regresar al país a siglos pasados. Todos los gringos nos preguntamos hoy día por el futuro y el ser de nuestra nación: ¿qué clase de país queremos tener? ¿Uno que sea multilingüe, multiétnico, respetuoso de diferencias, lo cual ha hecho grande a Estados Unidos, o el país que ofrece Trump?

-¿Terminó el *melting pot*?

-Ésa es una idea ficticia. La idea de los WASP (*white anglo saxon protestant*) es la de un país cerrado, dominado por anglosajones protestantes, blancos con minorías a su servicio, gente a quienes no deben dársele oportunidades. He notado que aquí no se discute bien a Trump, ese empresario grueso, multimi-

llonario que conoce la economía de Estados Unidos como la palma de su mano. Los indocumentados son parte esencial de esa economía; nadie más que ellos van a hacer lo que los gringos no quieren hacer. Un gringo no se va a ir a pizcar. ¿Quién hace ese trabajo si no los indocumentados?

-Mi pregunta sería, ¿por qué el presidente Trump trata mal a quienes son parte esencial de su economía?

-Porque su ideología de supremacía blanca predomina sobre su pragmatismo y quiere minimizar la latinoamericanización de Estados Unidos. No puede ignorar el crecimiento natural demográfico de los latinos.

-¿Cuántos hablan inglés en Los Ángeles?

-Somos 11 millones de latinos, sólo en Los Ángeles hay 2 millones de centroamericanos, 11 millones de latinos en su totalidad, de los cuales todavía predominan los de origen mexicano.

-¿Cuál es la totalidad de la población?

-De Los Ángeles serán unos 18 millones, de los cuales 11 son latinos. Estamos creciendo a una velocidad impresionante. Los mejores analistas de mi país, los mejores demógrafos, calculan que para 2050 una de cada cuatro personas en Estados Unidos va a ser de origen latino. Calculan que cada 40 o 50 años duplicamos nuestra población. Por tanto, es de locos querer minimizar el proceso como hace Trump.

"Dada la situación política en Estados Unidos, con el infame Donald Trump a la cabeza de nuestro

gobierno, creo que más que nunca debemos unirnos para enfrentarnos a esta ola de racismo y de imposición del hombre blanco."

-¿Crees que Trump va a construir el muro?

-No, no lo creo. Hay tanta oposición y le va a costar tanto a los republicanos, que van a perder. En las pasadas elecciones los republicanos ya perdieron Nuevo México, Colorado y Nevada. La gente que votó por él se le está volteando. Fíjate que yo nací en El Paso, Texas, y me crié en San Diego, California, y siempre digo que soy californiano. Vine ahora a México porque me invitó Lorenzo Córdoba a ocuparme del voto chicano. También publico tres libros, uno en la Universidad Nacional Autónoma de México, otro en la Cineteca y otro en Siglo XXI. El de la Cineteca se llama *Carlos Monsiváis, reflexiones sobre el cine mexicano*. El de la editorial Siglo XXI se titula *El México de afuera, los mexicanos en Estados Unidos*. El de Carlos Monsiváis va a presentarlo Alejandro Pelayo, titular de la Cineteca Nacional.

-¿Y el Instituto Nacional Electoral (INE) de Lorenzo Córdoba?

-Ante todo estoy aquí para colaborar con el INE en todo lo que se refiere al voto de los mexicanos en el exterior, que es uno de mis temas tanto de docente como de historiador. Me invitó Lorenzo Córdoba a participar y a analizar lo que sucede en México, y me resulta apasionante. La posibilidad del voto de los mexicanos en el extranjero en elecciones mexicanas me parece crucial; colaboro con el INE

para promoverlo entre las comunidades mexicanas. Informo cuáles son los requisitos: la certificación y la credencial de elector. El estatus legal no tiene que ver con el voto.

-¿Cuántos votantes son?

-Yo creo que es un universo: 7 millones de posibles votantes. El problema con cualquier democracia es que mucha gente no vota. En Estados Unidos, por ejemplo, las elecciones presidenciales se deciden con 52 por ciento del voto de la población; la mitad de la población no vota y Estados Unidos se jacta de ser el modelo ejemplar de democracia en el mundo. En México la situación es semejante: mucha gente no vota.

-¿Exactamente en qué consiste tu trabajo con Lorenzo Córdoba?

-Bueno, no tanto con él, sino con el INE y su división de estudios internacionales. Mi trabajo es promover las formas en que se puede votar, cómo hacer la certificación, cómo agilizar el proceso del voto, cómo lo van a mandar por correo, toda la parte operativa. La parte más intelectual es promover la razón por la que deben votar los mexicanos fuera de México. Eso es lo que me toca. Todo mundo se queja de México, de sus problemas, de sus políticos, de que las cosas no cambian. ¿Cuál es la forma de llevar a cabo un cambio? En estos días, tomar el fusil, lanzarse a las calles y hacer una revolución armada no tiene sentido, no nos queda otra que el voto...

-¿Tú buscas gente con compromiso social?

-Con principios, con ética, que quieran hacer algo diferente. Yo no soy partidista, ése no es mi

papel para nada, sólo promuevo la importancia del voto y les pido que se tomen el tiempo para involucrarse en el futuro de su país. Fomentar su interés es lo que hago todos los días... Andrés Manuel López Obrador tiene un muy amplio público en Estados Unidos, pero también hay interés por otros políticos... Recuerdo que anteriormente Josefina Vázquez Mota tuvo su público y Margarita Zavala también lo tiene. Le voy a plantear a Lorenzo Córdoba que hagamos foros de debates allá con representantes de los candidatos, porque la gente me pregunta: ¿Por quién voto? Tenemos que dar información, conocer la agenda de los partidos, saber qué proponen.

“Hay leyes que dicen que los candidatos no pueden hacer campaña en el exterior, pero eso no impide que sus representantes la hagan. Son muchos los foros: Los Ángeles, San Antonio, El Paso, Chicago, muchos han ido a presentar su agenda.

“Las personas tienen que saber por quién votar, quién representa qué. Se supone que los consulados difunden información, pero yo me inclinaría por representantes de las diferentes facciones.”

-Sí, pero ahora mismo, David, los consulados representan a un gobierno, el del PRI. Por tanto no le harán propaganda a López Obrador o a Margarita Zavala...

-Ése es mi punto; se necesitan alternativas de las diferentes facciones. El INE -se supone- envía información si la persona solicita una boleta electoral. La pregunta sería: ¿esa información es suficiente? El

INE es el que tiene que mandar la plataforma de los partidos sin mostrar preferencias.

-¿Tú perteneces al INE?

-No, soy asesor. Incluso ni puedo votar en México, pero participo porque una de mis especialidades es la de los mexicanos en Estados Unidos. No tengo la doble nacionalidad por la falta de acta de nacimiento de mis padres -ha sido una gran frustración para mí- pero desde mi carrera universitaria todo mi trabajo es para México.

"El legado me lo dio mi padre, quien insistía en que en mi casa sólo se hablara español, porque él sabía que en mi escuela manejaría el inglés perfectamente. Por el afán paterno de la historia de México me quedó la espinita de ser historiador y estudiar a México. Orienté toda mi carrera hacia América Latina, con especialidad en México.

"Cuando entré a la universidad no había estudios ni profesorado chicano, fíjate. Nosotros no entramos a las universidades como alumnos de posgrado o profesores, sino hasta que estalló el movimiento chicano de los años 60, 70, que forzó a las universidades a abrirse y a incluirnos. Durante los 11 años de estudio universitario no tuve un solo profesor chicano o una clase sobre chicanos. Todos mis maestros fueron anglosajones y siguen dominando la academia en Estados Unidos. En todo el país, Elena, no existimos sino hasta ahora.

"Estudí mi licenciatura en San Diego, mi maestría en Letras latinoamericanas en la Universidad de

Arizona, en Tucson, y mi doctorado en historia en la Universidad de California en Santa Bárbara. Ahí se dio mi despertar chicano.

"Hablando de los mexicanos allá, estoy feliz con toda esta gama de la diáspora cinematográfica mexicana que ganan Óscar tras Óscar: Cuarón, Iñárritu, el chivo Lubezki, del Toro, quienes le dan presencia a México en Hollywood.

Ciudad de México. Domingo 21 de enero de 2018

PADURA: TODAVÍA NO SE HABLA EN CUBA DEL ASESINATO DE TROTSKY

El autor de *El hombre que amaba a los perros*, Leonardo Padura, se condeue: "Imagínate, Elena, que cuando obtuve el Princesa de Asturias, ni siquiera salió la noticia en la prensa en Cuba. Lo mismo le pasó a Sergio Ramírez en Nicaragua con el Cervantes. En los dos primeros días nadie oficial lo felicitó. Cuando lo recibí se publicó una notita así de pequeña en el *Granma*, único periódico que circula en Cuba.

-Es una demostración de indiferencia o de desdén, ¿no? Tú hiciste un gran bien a Cuba al obtenerlo en 2015...

-Ya lo creo. Lo dije incluso cuando recibí el premio: Recibo el premio no sólo en mi nombre, sino en nombre de la cultura cubana, porque soy un escritor cubano que vive en Cuba y que escribe sobre Cuba y que para mí siempre ha sido un orgullo pertenecer a la cultura cubana, porque no soy otra cosa que un escritor cubano.

"Hace como nueve años tengo el pasaporte español. España me lo dio por mi trabajo y el éxito de

mis libros allá, a través de un procedimiento llamado Carta de naturalización. A veces la gente me pregunta: '¿Te vas a ir a vivir a España?' No, voy a aprovechar el pasaporte español para viajar más fácilmente, pero soy un escritor cubano y no me voy a reciclar, porque eso no es posible."

Leonardo Padura es un escritor apasionante. Había publicado novelas policiacas cuyo detective, Mario Conde, era un Sherlock Holmes caribeño, y había recibido varios premios: el Dashiell Hammet, el Café Gijón, el de Las Islas; fue finalista del Premio del Año 2009 de los Libreros Madrileños, pero con *El hombre que amaba a los perros* rompió todos los récords y su fama alcanzó el nivel más alto; se le menciona al lado de los grandes escritores cubanos: Alejo Carpentier, Guillermo Cabrera Infante.

-Nació en 1955, como mi hijo mayor, Mane, así que podría ser mi hijo.

Cuatro años más tarde estallaba la Revolución Cubana. ¿Qué significó para usted? ¿Alguna vez le dijo Fidel que era un gran escritor?

-Nunca hablamos.

-¿Nunca le dirigió la palabra?

-No. Nunca hablamos, ni Raúl. Tampoco he hablado nunca con Raúl. Yo, Elena, he tenido una vida lo más normal que se pueda imaginar. Mi mamá, que cumple 90 años dentro de un mes, viene de una familia que tuvo un momento en el que parecía que les iba a ir bien, pero mi abuelo murió, se empobrecieron y fue una niña pobre. Es una ca-

tólica cubana normal, va a la iglesia los domingos, pero no es beata. Mi padre pertenecía a una familia originaria, desde hace varias generaciones, del barrio donde yo todavía vivo, en la misma casa donde nació. Mi padre y mi madre construyeron esa casa en el 54, yo nací en el 55. Es un barrio que se llama Mantilla, en el sur de La Habana. Mi padre tenía un pequeño comercio y era masón de una logia que él mismo fundó en ese barrio. Tuve una infancia absolutamente normal. A mí lo que me gustaba más que todo en el mundo era jugar beisbol. Todavía soy fanático. Hasta los 18 años, lo que más hice en mi vida fue jugar beisbol y nunca pensé en ser escritor. En la universidad tenía compañeros que escribían y tal y pensé: Bueno, si ellos escriben, yo voy a intentar hacerlo también. Lo hice casi por competencia, como buen jugador de beisbol. Creo que lo que me diferencia a mí de otros escritores cubanos es mi disciplina. Soy muy disciplinado, muy trabajador, en ese sentido casi no parezco cubano, porque a los cubanos les da lo mismo una cosa que la otra. Lo que he logrado creo que es resultado del trabajo. Si tengo más o menos reconocimiento oficial, no me importa. Lo importante para mí es mi trabajo y haber logrado establecer una relación con mis lectores. En Cuba, a Mario Conde, mi detective, no lo asumen como personaje, sino como persona. Se han familiarizado tanto con él que me preguntan: Oye, ¿qué es de la vida de Mario Conde? Y, ¿el perro de Mario Conde? ¿Qué pasa con el perro

de Mario Conde? Mario Conde, ¿se casó o no se casó? Esa relación con los lectores cubanos es muy bonita.

-La Casa de las Américas y sus escritores han de estar muy orgullosos de usted...

-En La Casa de las Américas no sé cuáles son los que se sienten orgullosos o los que no están para nada conformes con que yo sea un escritor reconocido. Hay de todo. La república de las letras de todos los países está llena de mezquindades, de envidias, pero también de solidaridad. Por ejemplo, Ambrosio Fornet ha sido esencial en mi carrera. Fue mi primer lector. Durante muchos años le llevé mis manuscritos, los criticaba, me los destrozaba y eso me ayudó mucho. Ambrosio es especialista de muchas cosas. Es un hombre de una cultura tremenda. En cuanto a La Casa de las Américas tienen una actividad que se llama Semana de Autor, el único escritor cubano que ha participado he sido yo, porque siempre invitan a escritores latinoamericanos. Hace dos años fue Juan Villoro, antes había ido Rubem Fonseca, uno de los que más aprendí en cuanto a novela policiaca. Una vez coincidí con él y conversamos bastante para lo que es posible conversar con Rubem Fonseca, porque es muy cerrado.

-Seguramente, Leonardo, para escribir *El hombre que amaba a los perros*, sobre el asesinato de Trotsky, tuvo que viajar a Rusia...

Continuará...

Ciudad de México. Domingo 8 de abril de 2018

EN CUBA EL HOMOSEXUAL NO ERA POLÍTICAMENTE CONFIABLE: LEONARDO PADURA

Una llamada de Pablo Espinosa me advierte que algunos suscriptores de *La Jornada* leyeron la palabra *Continuará* al final del artículo sobre Leonardo Padura hace cuatro domingos y se quedaron con un palmo de narices. Su demanda me halaga y me apresuro a cumplirla, aunque reconozco que las entrevistas y las crónicas resultan muy largas.

Leonardo Padura, quien conoció la fama internacional con su novela *El hombre que amaba a los perros*, ya era un escritor reconocido antes de que Planeta publicara su gran novela. Al responder a mis preguntas, Padura se vio muy generoso y la transcripción abarcó páginas y más páginas. Retomo nuestro diálogo a petición de nuestros queridos lectores.

-*El hombre que amaba a los perros* me llevó cinco años entre investigación y escritura. Estuve dos años en varios lugares que tenían que ver con Trotsky y Mercader. Una de las cosas más bonitas que pude hacer con dos urbanistas catalanes fue recorrer la

Barcelona de 1936 y conocerla a fondo en 2006. Lo mismo hice en las calles de Coyoacán que siguen igual, pero Barcelona ha cambiado muchísimo. Mis amigos urbanistas me llevaron a ver la casa donde vivió Mercader y me explicaron que los Mercader, siendo una familia adinerada y culta, debieron tener una casa de tal estilo. Así pude reconstruirlo todo. Regresé a Cuba con toda la bibliografía imaginable.

"En casa, tengo un estante dedicado a Mercader, otro a la guerra civil española, otro a Trotsky. En México, varios amigos me ayudaron. Uno de ellos me consiguió todos los expedientes del juicio de Mercader. Cuando revisé el material, encontré entre mucha palabrería oficial los interrogatorios a Mercader y en un momento dado vi hojas escritas a máquina, pero con caracteres cirílicos. Pasé las páginas y vi que unas tienen manchas negras. Las manchas eran la sangre de Trotsky cuando Mercader le encajó el piolet. Esos papeles los tengo en la casa. Preguntaba a mis amigos mexicanos: 'Mira, me hace falta el nombre de un restaurante del año 39-40, en el centro de la Ciudad de México donde Mercader se pudiera reunir con su madre', entonces me buscaban un bar o una cantina con esas características. Tuve acceso a mucha información gráfica y me sirvió para ambientarme. Además, estuve en lo que ahora es el Museo Trotsky, en Coyoacán, en Río Churubusco 410, y pude ambientarlo todo a la perfección.

"El año pasado, cuando la UNAM me otorgó el *honoris causa*, hicimos una presentación de mi libro en

el Museo Trotsky y vi el edificio muy cambiado respecto de los años 80 en que lo encontré totalmente abandonado. Aunque casi no pude tratarlo porque estaba yo rodeado de lectores, conocí a Esteban Volkow y participamos en una mesa el propio Esteban, un trotskista inglés que preparó la edición de la biografía de Stalin escrita por Trotsky y yo. Me impactó el rostro de Volkow que tiene rasgos eslavos; es un hombre guapo y me sorprendió ver lo bien que está a los 92 años. Lúcido, confiado en sus proyectos a futuro, Volkow es un personaje importante en México."

Padura habla a toda velocidad mientras su esposa Lucía, en otro extremo del sofá lo espera casi sin moverse. Lucía participa las 24 horas en su trabajo y en su vida: lo acompaña en sus viajes, asiste a sus conferencias, escribe con él guiones y atiende solicitudes, porque Padura es ahora el más solicitado de los autores latinoamericanos. Padura no se come la s como acostumbran los caribeños y su lenguaje es de una precisión notable. Como tengo una obsesión por *El hombre que amaba a los perros* sigo preguntándole por su pericia de historiador e investigador al lograr un libro tan bien documentado que ha dado la vuelta al mundo.

-Leonardo, en tu novela preguntas como si estuvieras muy enojado: ¿Qué coño se hace con la verdad, la confianza y la compasión? También te lo pregunto...

-Es que hay un momento en el que uno tiene que tratar de entender al otro, aunque el otro sea un

monstruo. Recuerda, lo que le pasó a Truman Capote con los asesinos de *A sangre fría*. Su grado de identificación con ellos lo afectó psicológicamente. Nunca volvió a ser el mismo. Con Mercader afortunadamente no me pasó lo mismo, pero empecé a entenderlo, sobre todo porque encontré una frase clave en un republicano español comunista llamado Simancas, quien vivió en Moscú y murió hace ocho años. Simancas contaba que un día se acercó a Mercader y le dijo: "Ramón, ¡cómo nos han engañado!", y él respondió: "A unos más que a otros, Simancas, a unos más que a otros". Simancas tenía conciencia de haber sido instrumento de una obra horrible. Empecé a pensar en Mercader, cuya vida pudo ser totalmente otra si su madre no lo enrola en ese crimen.

"El tema de la relación del hombre con la historia me apasiona. La historia cambia y redefine su destino. Es uno de los temas que trabajo en mi nueva novela: *La transparencia del tiempo*. La gente hace su vida y una convulsión social, una guerra, una decisión o a veces un mandato de carácter político cambia su destino por completo."

-Tus escenas de amor entre Ramón Mercader y África -esa mujer memorable- están muy logradas...

-Eso es pura imaginación literaria, puro oficio, porque no está comprobado que África de la Cera y Ramón tuvieran una relación carnal, pero es posible que la hayan tenido. África de la Cera es un personaje tremendo. Terminó su carrera como agente de la KGB en Montevideo. Llegó a Uruguay nada más y

nada menos que casada con Felisberto Hernández... La posibilidad de establecerse en Montevideo después de la Segunda Guerra Mundial era muy reducida, porque Uruguay no quería migrantes y conseguir un permiso de residencia era muy complicado. África enamoró al cuentista Felisberto Hernández para conseguir su estancia en Uruguay y ahí montar la oficina de la KGB para el Cono Sur, con el nombre de María Luisa. Logró convertirse en el personaje de confianza de la burguesía media porque era modista, cosía y cortaba a la perfección. Uruguay no cuenta con grandes fortunas, pero tiene una clase media muy extendida. Todos se conocen, además. Lo comprobé el año pasado en Montevideo, cuando alguien me aconsejó: "Oye, aquí no le hables mal de nadie a otra persona porque todos son parientes".

-Dices en la página 164 que no tenías ni la más puta idea de cuál puede ser la literatura que tú podías escribir y mucho menos qué persona querías ser.

-Ese personaje se llama Iván y sintetiza mi generación, a diferencia de otro de mis personajes, Mario Conde, quien tiene los pies sobre la tierra. Iván reúne las características de mi generación. Es un escritor que se frustra en la Cuba de los años 70 -algo que pasó con frecuencia- y cae en un proceso de desencanto, de frustración, de convertirse en una no persona porque tiene que renunciar a todo. Yo quería que Iván, además, tuviera un carácter muy humano. Por eso hago algo que profesionalmente no es creíble: convierto a un filólogo en veterinario. Qui-

se relacionar a mi personaje con la parte más débil de nuestra sociedad: los animales. No sé si recuerdes una reflexión de Kundera en *La insoportable levedad del ser*: Dios le dio al hombre el poder sobre los animales y se lo dio sobre el caballo, pero no le preguntó nada al caballo, y los hombres hemos sido muy crueles con los animales. Creo que ésa es la razón por la que mi personaje cuida y cura perros. Ese amor por ellos lo comparten Mercader, Trotsky y el personaje de Iván. La vida de Iván pudo haber sido la mía, afortunadamente no lo fue, yo pude escribir mi literatura con muchas dificultades... pero finalmente ahí está mi novela.

-Es extraño pensar en dos galgos -los perros de la aristocracia rusa en el siglo XVIII- en una playa cubana. ¿Cómo fueron a dar a Cuba? ¿O sólo están en tu imaginación?

-Son reales. Mercader se llevó esos perros a Cuba y son tan, tan reales que aparecen en una película de Gutiérrez Alea, *Los sobrevivientes*, basada en un cuento de Benítez Rojo que a su vez escribió la historia verdadera de una familia de la alta burguesía cubana que se encierra en su casa a esperar a que termine la revolución cubana. En los años 70 en Cuba había si acaso un pastor alemán, todos los demás eran perros callejeros. Un día, caminando por una calle de La Habana, un protagonista de mi novela vio a un señor alto, fornido, más bien grueso, con esos dos perros que en Cuba resultaban extraordinarios. Su pelo largo es de un color violeta profundo.

La segunda vez que lo encontró le pidió que llevara a sus galgos a la filmación sin saber que era Ramón Mercader.

-Otro tema importante en tu novela es el del hermano homosexual, porque en Cuba, al inicio de la revolución, en 1959, los homosexuales fueron perseguidos...

-Mira, en Cuba, igual que en México, hay una cultura machista muy profunda relacionada con cuestiones de carácter cultural, religioso e histórico. Esto se complicó en los años 60, porque se consideró que el homosexual no era políticamente confiable. Se abrieron campos de trabajo que duraron pocos meses, afortunadamente; ahí se recluyó a las lacras sociales, entre ellos, los homosexuales. Además, en los años 60, en Cuba, a los niños que tenían algún amañamiento los llevaban al médico para curarlos de esa enfermedad. A raíz del caso Padilla, en el Congreso de Educación y Cultura del año 71, se dictaminó que los homosexuales no podían representar a la cultura cubana y los expulsaron de todas las instituciones culturales. En el ballet, Alicia Alonso los protegió. En el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos, Alfredo Guevara, quien era homosexual, los protegió. El caso de Reynaldo Arenas es distinto porque Reynaldo Arenas era un depredador sexual y tuvo problemas con la justicia porque sus acciones iban más allá de una sexualidad homo. Los dos casos más significativos son nada más y nada menos que Virgilio Piñera y Lezama Lima, quienes vivieron y

murieron en el ostracismo. Lezama murió en 1976 y Virgilio en 1978, en total soledad. Esa situación cambió en los años 80 y ya es totalmente distinta. Yo tengo una novela, *Máscaras*, donde hablo de cómo ocurrió ese proceso, con un personaje muy inspirado en Virgilio Piñera.

Al despedirse, Padura confirma: "Creo que lo más importante es no perder el sentido de la modestia y escribir como ciudadano con sentido cívico: el tiempo, los lectores, la academia lo van decantando todo. En La Habana, mucha gente ni siquiera sabe que soy escritor. En mi barrio, el mismo desde que nací, a mi padre todo mundo le decía *Nardo*, de Leonardo, y a mí me dicen *Nardito*, por ser hijo de *Nardo*. Ese barrio, para mí, es lo más cercano a lo que realmente soy".

Ciudad de México. Domingo 13 de mayo de 2018

EN ESTA CAMPAÑA, AMLO NO COMETIÓ NI UN ERROR

Alumno y asistente de Soledad Loaeza, en el Centro de Estudios Internacionales del Colegio de México, donde estudió administración pública, Eduardo Guerrero Gutiérrez es de los mexicanos preparados más indispensables en este momento en nuestra ciencia política. En Delaware y en Chicago hizo el doctorado y se entregó a la filosofía política, (Platón, Aristóteles y los estoicos) y se clavó en política comparada y el estudio *Transiciones en Europa del Este* y su tesis versó sobre la transición polaca. En México ha trabajado en el Centro de Investigación de Seguridad Nacional, en la Secretaría de Desarrollo Social, y en el tema del crimen organizado en México, que lo llevó a ser consultor.

-La corrupción es un cáncer que afecta a la implementación de muchas políticas públicas, tanto educativas como de salud y otros ámbitos. Está muy descuidado el funcionamiento del gobierno, en general. Hay un problema de mala administración de los recursos públicos, un gran desperdicio y despilfarro, poca vigilancia de rendición de cuentas, por eso la

corrupción se ha extendido tanto y corroe a todas las políticas del gobierno, no sólo la educativa y la de seguridad, sino que resulta, como dice Andrés, un mal endémico de todo el aparato del Estado. No es la única causa de nuestros males: tenemos problemas de muy mala preparación de nuestros burócratas, no tenemos servicios civiles de carrera que premien los buenos desempeños y castiguen los malos. Tenemos un problema muy grave de carácter fiscal, una gran, gran economía informal en México, muchísima gente que no paga impuestos; por eso mismo tenemos un Estado tan débil financieramente que no puede echar a andar programas sociales ambiciosos en las zonas más marginadas del país. Ahorita los dos problemas más urgentes que tenemos son seguridad y conflictividad social, el de seguridad tiene que ver con la violencia criminal, el de gobernabilidad con una serie de conflictos comunitarios, hasta de carácter étnico en grupos muy marginados de Oaxaca, Chiapas, Guerrero.

-Michoacán.

-Sí, pero el problema michoacano tiene que ver con un problema muy extendido de células criminales.

-Al igual que en el caso Michoacán, ¿corremos el riesgo de gente desesperada que se arma?

-Cuando los gobiernos no protegen a los empresarios ni a las comunidades rurales éstas tienen que financiar sus propios grupos de autodefensa. Mireles fue líder de un grupo de autodefensa muy

importante de Tepalcatepec, el primero en rebelarse contra Los Caballeros Templarios, resolver un problema de acción colectiva e invitar a otros a sumársele. No sé si sabes que los Templarios se llevaban a las esposas, a las hijas y las regresaban embarazadas; eso ya afectó el tema de dignidad y honorabilidad. Por eso varios padres de familia decidieron rebelarse sin importarles que los mataran, porque ya había un agravio a la familia. Ganaderos, agricultores y mineros financiaron a estos grupos de autodefensas. A punto de tomar Apatzingán y generar un enfrentamiento con muchos muertos; los grupos de autodefensa, Mireles a la cabeza, se convierten en informantes del Ejército para identificar criminales y sus casas de seguridad. Por primera vez en la historia reciente de México, el gobierno logra, con ayuda de los grupos de autodefensa desarticular y acabar con una gran organización criminal como Los Templarios. Fue muy eficaz la acción del gobierno y se avanzó muchísimo con ayuda de los grupos de autodefensa, a pesar de los problemas que hubo después cuando se retiraron las fuerzas militares.

-En Ayotzinapa nada se ha resuelto.

-La desaparición de 43 normalistas es la gota que derrama el vaso en términos de un descontento con la intervención de las fuerzas federales y los abusos constantes a comunidades marginadas e indígenas. También el problema de creciente criminalidad en Guerrero y en Veracruz va a necesitar de mucha habilidad, de mucha destreza, de mucho lide-

razgo. Que haya estados como Guerrero y Veracruz con un problema simultáneo de criminalidad y de ingobernabilidad o conflictividad crecientes, es algo que no había visto. Lo mismo sucede en Chihuahua, Baja California, Tamaulipas. El gobernador panista de Veracruz, Yunes, es un Putin mexicano, aunque sólo le queden 20 meses y se dedique a garantizar el paso de poder a su hijo y en destruir a Duarte mientras Veracruz sigue igual. El priísta Astudillo no hace más que acatar las órdenes de una serie de caciques locales que son quienes gobiernan Guerrero, las familias de los Figueroa, etcétera. Yo diría que esos son los dos grandes focos de problemas del país. En el occidente, Guerrero, y en el Golfo, Veracruz. Aunque tenemos también estados como Tamaulipas que están bajo el terror de fuertes organizaciones criminales (Reynosa); ya Ciudad Victoria y demás ciudades de Tamaulipas están más o menos estabilizadas.

"Creo que el nuevo grupo que va a estar en el poder es apto para lidiar con estos problemas, mucho más que burócratas como Osorio Chong y Rosario Robles, dos figuras muy turbias. Estamos esperando que el nuevo gobierno se encargue de todos los problemas que traemos. La tasa de homicidio está más alta que nunca en México. Todas las tasas delictivas están a la alza: robo en carretera, robo a vehículo con violencia, extorsión, ataques sexuales, robo de ganado y bancario, extracción ilegal de combustible, trata y tráfico de personas, todo va a la alza. Necesitamos de acciones urgentes. No todo el país está incendia-

do, pero de los 32 estados diría que 25 tienen problemas muy graves. Se salvan Yucatán, Aguascalientes, Querétaro, Campeche, San Luis Potosí..."

-Andrés, con la fuerza popular que trae, ha jalado a mucha gente que eran sus anteriores enemigos...

-Andrés se ha ido convirtiendo en un político pragmático... Ha aprendido mucho de errores en campañas pasadas, porque en ésta no ha cometido un solo error. Las pasadas fueron campañas muy cerradas y Andrés supo convertirse en un receptáculo de grupos de interés y políticos que pueden ser un lastre para él cuando ya sea presidente, pero se va a deshacer de ellos, se los va a sacudir. Espino es un claro ejemplo de político vividor, oportunista, que no trae nada bueno a Andrés. No es atractivo para los votantes ni popular, no aporta nada. A lo mejor, analistas de Andrés detectaron que traería a ex panistas, porque fue presidente del PAN y podría ayudar en zonas estratégicas del país, pero ahora ese tipo de liderazgos son irrelevantes. No le hacen falta para nada; creo que se va a deshacer de ellos, sin enfrentamientos, cuando inicie su gobierno.

Ciudad de México. Domingo 8 de julio de 2018

ADELITA SALAZAR, HEROÍNA DE LA LUCHA DEL 68

La abogada Adela Salazar de Castillejos, defensora de sindicatos obreros independientes al lado de su marido, Armando Castillejos Ortiz, fue apresada por el Ejército el 18 de septiembre de 1968 en Ciudad Universitaria, aunque no era líder estudiantil, ni estudiante. La detuvieron por defender a los trabajadores de la Laminadora Kreimerman, Campos Hermanos, Ideal Standard y IUSA (sindicato del temible Alejo Peralta), y por su participación en múltiples movimientos de izquierda, como el de la Paz, de Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Rina Lazo, Arturo García Bustos, el cancerólogo Guillermo Montaña, el médico Mario Salazar Mallén y otros. También la pareja Castillejos participó en el Movimiento de Liberación Nacional creado por Lázaro Cárdenas para la defensa de la revolución cubana.

Cuatro admirables mujeres fueron a dar a la cárcel de mujeres de Santa Marta Acatitla: la *Tita*, Roberta Avendaño, quien ya falleció; la *Nacha*, Ana Ignacia Rodríguez, amiga íntima de la *Tita*; Amada Velasco y Adela Salazar de Castillejos, cuya presen-

cia resultó una bendición para las presas, no sólo las del movimiento estudiantil de 1968, sino para las del orden común. Su carácter y capacidad de mando la hicieron muy popular. Resolvió casos de injusticia y, sobre todo, mantuvo en alto el ánimo de mujeres que todavía la recuerdan con cariño, como Ana Ignacia Rodríguez la *Nacha*, a quien *Adelita* ayudó a terminar su carrera.

Estudien, ordenaba *Adelita*, y ponía a leer a mujeres que no abrían un libro desde la primaria. Su ejemplo hizo escuela y dejó huella, incluso inició cursos de historia de México.

Tuve el privilegio de conocer a *Adelita* Salazar, a Armando Castillejos y a sus tres hijos hace años, y de visitarla en su casa en Chimalistac. Mientras Armando murió en un accidente automovilístico en 1979, *Adelita* le sobrevivió 36 años, hasta 2015. Para ella, esa muerte debió ser un golpe tremendo, porque no sólo fueron marido y mujer, sino que litigaron juntos y defendieron sindicatos como el de El Ánfora, cuyas tiendas de sartenes, cacerolas, vasos platos y toda clase de enseres domésticos aún brillan por su belleza en la calle de López.

-Cuando mi mamá estuvo en la cárcel, en 1968 -cuenta la maestra en Ciencias, Margarita Castillejos, hija de *Adelita* y Armando, y esposa de Jorge Alcocer, secretario de Salud del gobierno de Andrés Manuel López Obrador-, puso en orden a todas las presas comunes con las que vivía, les enseñó a limpiar su celda y a cuidarse a sí mismas; sus camas estaban he-

chas a las siete de la mañana, porque, si no, mi mamá las ponía pintas. Creo que mi mamá hasta puso un salón de belleza en la cárcel. A todas las animaba a peinarse, a arreglarse, a no dejarse ir, porque si no cuidaban su aspecto físico, era muy fácil que se deprimieran. Apenas veía que una se desmoralizaba, le daba buenos consejos.

"Mi mamá fue humanista –se emociona Margarita Castillejos–. Como abogada ayudó a muchas presas a que salieran de la cárcel porque no tenían abogado..."

–¿Por qué no tenían abogado?

–Porque no tenían con qué pagarlo. Mi mamá empezó a revisar sus juicios cuando salía al juzgado y las sacó libres. Sí, era admirable mi mamá, de carácter muy fuerte.

–Siempre recuerdo a tu mamá muy bien arreglada y sonriente. Jamás le oí una queja...

–Llevó su encarcelamiento con mucha dignidad. Mi mamá iba a salir libre en diciembre de 1968, pero por órdenes expresas de Fidel Velázquez permaneció en la cárcel dos años y un mes y salió a principios de 1971... Era muy delicada para la comida, de tal manera que nosotros, Margarita Bibiana, Adela y Armando, le llevábamos jamón, pan y queso los miércoles y los domingos. Muchos parientes y amigos la visitaron.

–Las presas políticas y las comunes no tenían los privilegios de los hombres, nada de visita conyugal, como ellos...

-Gracias a su estatura y al respeto que supo ganarse, a mi mamá le permitieron tener algunas visitas conyugales. A diferencia de mi mamá, Armando Castillejos estuvo en Lecumberri, en la crujía M con presos políticos, como Manuel Marcué Pardiñas, Heberto Castillo, José Revueltas, Eli de Gortari, Fausto Trejo, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca... El trato que recibieron ellos fue muy distinto al de las mujeres, porque pudieron hacer clubes de discusión política y de lectura. Cuando salieron, mis padres no se amedrentaron, siguieron luchando. Les propusieron salir antes si aceptaban irse fuera de México, pero ambos se negaron rotundamente... Cuando murió Armando, mi mamá tomó la estafeta tanto en la redacción de artículos semanales en *Últimas Noticias*, como en la defensa de los sindicatos independientes... Fue tres veces galardonada con el Premio Nacional de Periodismo por artículo de fondo.

Reconocida como parte del grupo de los grandes luchadores del pasado: Demetrio Vallejo, Valentín Campa, Othón Salazar, Carlos Monsiváis y Jaime Avilés, por Andrés Manuel López Obrador en su discurso en el Zócalo, al ganar las elecciones de 2018, *Adelita* Salazar de Castillejos pasa a formar parte de las heroínas de la historia de México.

Ciudad de México. Domingo 25 de marzo de 2018

MARÍA CONSUELO MEJÍA PIÑEROS FEMINIZA A MÉXICO

"¿Cómo quiere mi corazón? ¿Entero o en cachitos? ¿Envuelto en una tortilla? ¿Frito, rebosado o enchilado?" María Consuelo Mejía va por la vida con su corazón en la mano, listo para ofrecérselo a ti y a mí y a nosotros tres y a la multitud de menesterosos que somos todos. Seguro, en el cielo asoleado de Yucatán, la luchadora visionaria nacida en 1878, Elvia Carrillo Puerto, primera defensora de la mujer, se felicitó de que se le concediera el premio que lleva su nombre a María Consuelo Mejía Piñeros, comprometida, teóloga feminista, quien alega que Jesucristo es el primer feminista.

El martes 26, a la una de la tarde, en sesión solemne en el Senado, María Consuelo, directora de la multipremiada asociación Católicas por el Derecho a Decidir, católica roja y liberal, según sus palabras, recibió la presea Elvia Carrillo Puerto. La senadora Malú Micher (promotora y convincente oradora) nos explicó que Elvia Carrillo Puerto fue conocida como la *Monja Roja* y María Consuelo, alumna del Sagrado Corazón, heredó ese título: *Monja Roja del Siglo XXI*.

También Malú informó que la galardonada está convencida de que la moral sexual limita la autonomía de las mujeres, su libertad y su empoderamiento y que la maternidad tiene que ser voluntaria, que la violencia y la desigualdad están causando embarazos que las mujeres no buscan, no quieren, no planean, y provoca que en pleno siglo XXI todavía la mayoría de las mujeres sean víctimas de sus condiciones sociales.

Originaria de Colombia, de donde salió porque peligraba su vida por guerrillera, María Consuelo Mejía, en tanto que socióloga, trabajó durante cinco años en la Universidad Nacional Autónoma de México al lado de don Pablo González Casanova, ex rector de esa institución y autor de *La democracia en México*, a quien le atraen los rebeldes y ha entregado gran parte de su vida (nació en 1927) a los indígenas y al estudio de los movimientos sociales. María Consuelo Mejía no sólo se ocupó de los temas de González Casanova, sino que los amenizó con canciones de protesta y de libertad acompañándose con su guitarra. Su repertorio es tan grande como el de Mercedes Sosa. Hoy por hoy, sus hijos Carlos y Ángela también cantan a María Consuelo, orgullosos de tener una mamá que se la juega, nunca les miente, jala parejo y les da la certeza de que una intelectual puede ser divertida, entenderlo todo e insuflarles la certeza de que las mujeres tienen derecho a una maternidad libre y voluntaria.

Después de cinco años de clandestinidad en la guerrilla al lado de la excelente escritora colombiana Laura Restrepo, María Consuelo Mejía optó por la Teología de la Liberación y escogió a los olvidados de siempre. Siguió el ejemplo de quienes combaten los fundamentalismos religiosos, como don Sergio Méndez Arceo y don Alejandro Solalinde. Por eso María Consuelo se entregó a niñas y a mujeres marginadas, que son las grandes olvidadas de la historia, adolescentes víctimas de una sociedad en la que cunde una violencia que, a las privilegiadas como yo, nos golpea en la mañana al abrir el periódico. ¿Cuántas mujeres no han muerto o desaparecido en México? Ni siquiera me atrevo a poner la cifra.

María Consuelo Mejía Piñeros feminiza a México. Maternal, lo toma entre sus brazos y protege a niñas y a mujeres, a quienes enseña a respetarse a sí mismas: "Ésta soy yo y esto es lo que decido hacer". La serie televisiva *Catolicadas*, bien recibida por creyentes y no creyentes, hizo la delicia de muchos televidentes. Demostró la necesidad de defender los derechos humanos femeninos y proteger la laicidad como principio básico de la democracia. "Sin laicidad no podríamos vivir libremente de acuerdo con los dictados de nuestra conciencia", concluyó su formidable discurso en el Senado, así como aclaró que sin la laicidad tampoco hubiera sido posible su presencia en el Senado. "La conciencia es libre. El Estado es laico." Final contundente que logró que nos levantá-

ramos y aplaudiéramos frente al sonriente senador Martí Batres.

Al presidir hoy nuestro Senado, Martí trata con esmerada cortesía a diputadas, senadoras, reporteros, visitantes, despistadas y envía desde el presidio mensajes cordiales como el que recibí al aparecer antes de tiempo en su sala: “Dice el presidente del Senado que si gusta puede sentarse en su curul”.

Ciudad de México. Domingo 31 de marzo de 2019

A ROSARIO IBARRA DE PIEDRA, LA MEDALLA BELISARIO DOMÍNGUEZ

De 75 galardonados a la Medalla Belisario Domínguez, sólo ocho son mujeres: la primera en ganarlo fue la maestra Rosaura Zapata, premiada junto con Erasmo Castellanos Quinto en 1954, a quien siguieron María Tereza Montoya; María Hernández Zarco; María Cámara Vales, viuda de Pino Suárez; María Lavalle Urbina; Griselda Álvarez Ponce de León; Julia Carabias Lillo, y ahora Rosario Ibarra de Piedra. Como dice Gabriel Guerra Castellanos, hijo de otra Rosario, la Castellanos, quien también debió ganar la preseña, la distinción concedida a Rosario Ibarra de Piedra es una noticia que llena el alma.

En la manifestación para protestar por el nombramiento de Gustavo Díaz Ordaz como embajador de México en España, el 17 de abril de 1977 (coreábamos: "Al pueblo de España / no le manden esa araña"), una mujer pequeña, más bien joven, con abundante cabellera tirando al rojizo, se me acercó sonriendo:

-Tengo un hijo desaparecido.

-¿Desde el 68? -pregunté.

-No, después.

Desde 1974 había empezado su largo peregrinar buscando a su muchacho: Jesús Piedra Ibarra (*Chucho*), desaparecido a los 21 años. Rosario, quien vivía en Monterrey, atendía a su esposo, el doctor Piedra Rosales, y a sus tres hijos. Se vino a la Ciudad de México porque le dijeron que habían visto a *Chucho* en el campo militar número uno, muy golpeado, pero vivo, acusado de peligroso guerrillero de la Liga Comunista 23 de septiembre y de participar en el asesinato de don Eugenio Garza Sada en 1974. Nunca fue juzgado, nunca logró verlo su madre, simplemente desapareció.

Rosario alquiló un departamento rascuachito y cubrió sus muros de carteles y fotografías amplificadas de muchachos desaparecidos, letreros de "Se buscan" y de "Libertad Presos Políticos", mantas enrolladas y volantes apilados. Dejó de abordar su Galaxie, como hacía en Monterrey, para esperar el camión en la esquina, o el taxi, lo primero que llegara (muchos taxistas se negaban a llevarla por temor a represalias), y se convirtió en una extraordinaria luchadora por los derechos humanos al grado de que Fernando Gutiérrez Barrios le dijo en Gobernación: "Señora, es usted la dama más tenaz que he conocido". Doña Rosario se lanzó por los caminos de la patria, por las brechas más pedregosas, por las antecámaras de funcionarios más que indiferentes, por las cárceles clandestinas sin más apoyo que su fuerza de

voluntad y la generosidad que la caracteriza, y con su Comité Eureka, conformado por otras doñas con hijos desaparecidos, logró encontrar a 150 víctimas de las 500 denunciadas, pero no a su hijo Jesús, aunque le avisaban: "Lo vimos en tal campo de concentración", "Su muchacho está en Veracruz", "Búsquelo en Zacatecas". Delgada, ágil, de movimientos rápidos y llenos de destreza, en su rostro se delineó muy pronto su determinación, ya que se enfrentó durante años a torturadores, a policías, a políticos, a simuladores.

Rosario vivía bien; manejaba su coche, salía cada año de vacaciones con su esposo, el doctor Piedra Rosales, y sus cuatro hijos; montaba a caballo en un club hípico, como Emilito Azcárraga. El día en que Jesús Piedra Ibarra desapareció, acusado de participar en el asalto y asesinato en Monterrey de don Eugenio Garza Sada, en 1974, la vida de Rosario dio un giro de 180 grados.

Pequeña, delgada, pulcra, con una foto de su hijo Jesús en un medallón sobre su pecho, organizó huelgas, mítines y marchas; denunció la desaparición de su hijo y reunió a muchas madres en su misma situación. Oradora nata, su voz fuerte, convincente, fue capaz de conmover. Fundó el Comité Eureka de madres de desaparecidos, que se atrevió a hacer una huelga de hambre en el atrio de la Catedral Metropolitana, a unos pasos de Palacio Nacional, en 1974.

Años más tarde, tras participar en muchas luchas, aceptó ser candidata a la Presidencia por un partido de oposición, el PRT, no por afán de sobre-

salir, sino porque ya no podía parar. La desaparición de su hijo la incendió. Ardió. Toda la noche ardió como lámpara votiva. Nunca he visto a un ser tan absolutamente trabajado por el sufrimiento como Rosario, pero trabajado en el sentido de haberla pulido hasta ser casi puro espíritu, pura fuerza de voluntad. Rosario, deshojada, deshojada de Jesús, se hizo a sí misma con la dura materia del ausente: la soledad, la desesperación, el amanecer sin nadie, las antes-las que terminan a las 12 de la noche, cuando ya el señor secretario escapó por su elevador privado, el cierre de todo. ¿Y ahora, cómo me voy? ¿En qué? La pretensión de querer abordar al señor Presidente entre guaruras y *walkie-talkies*, pisotones y el empujón definitivo: "Hágase a un lado, señora, muévase", en fin, todo el aplastante costal de maltratos que Rosario transformó en lucha cotidiana, en mítines de denuncia en el Zócalo, en la calle, en los mercados y hasta en una candidatura por el PRT a la Presidencia de la República, en la que se lanzó a denunciar injusticias en todo el país.

"Camino muchísimo, me gusta, no necesito dormir más de cinco o seis horas; no, no me canso." Como candidata del PRT a la Presidencia en 1982, como diputada, también por el PRT, Rosario recorrió todos los barrios de México, entabló relaciones con colonos de Durango, Monterrey, Guadalajara, y habló frente a masas de desempleados amontonados en los cinturones de miseria de las grandes capita-

les. "Son muchos hombres y mujeres que huyen del campo porque no tienen cómo vivir, y se arriman a la ciudad, donde les va muy mal; son paracaidistas, levantan su casa, fea, sucia, frágil, pero techo al fin. En Guadalajara me impresionó Cartolandia, en León visite El Guaje, en Acapulco, El Renacimiento. ¡Es el horror! Mucha gente vive de la basura, y los recogedores protestan porque se las entregan esculcada; hombres aún más pobres se adelantan a los camioneros y la pepeñan al amanecer. Éste es el México bronco, el que come tortilla y café negro."

Rosario adquirió una enorme experiencia en labores comunitarias y logró ligar a Eureka a organizaciones internacionales en París, Nueva York, Ginebra, La Haya. Es de toda justicia que 95 senadores hayan votado para que esta extraordinaria mujer reciba la medalla Belisario Domínguez el próximo 23 de octubre.

*A Cuauhtémoc Cárdenas, quien siempre apoyó a doña Rosario.

Ciudad de México. Domingo 13 de octubre de 2019

AMOR POR EL IDIOMA

En 1942, al llegar a la calle de Berlín número 6, en la colonia Juárez de la Ciudad de México, aprendí español yendo y viniendo con mochila y delantal de cuadritos de la escuela a la casa. Sólo años más tarde, Guillermo Haro habría de preguntarme: "¿Qué dijiste?" Resulta que decía: "Yo *vide*" y "su merced", porque así lo oía en la calle y así nos enseñó *Magda*, venida de Tomatlán a cuidarnos. Todavía hoy, si me descuido digo *ssssiudá* en vez de ciudad, y pronuncio palabras que aún no reconoce la Academia de la Lengua y tampoco se encuentran en el *Diccionario de mexicanismos*, ni siquiera en el *Diccionario panhispánico de dudas* de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española.

Alguna vez Carlos Fuentes me dijo que escribía como la *India María*, pero no me lo dijo de mal modo. Ahora que Perico Brachet hizo favor de traerme la edición conmemorativa (color naranja) del *Diccionario del Náhuatl en el español de México*, con prólogo de Carlos Montemayor, amigo y colaborador de *La Jornada*, recordé palabras a las que me aficioné y dije sin que nadie me corrigiera.

Chichona: mujer de grandes pechos. 2. Se dice así de la fruta con una protuberancia en la parte superior, como la lima. Chicote: fute. 2. Cable flexible, envuelto en una coraza de metal, que sirve como medio de transmisión mecánica en un automóvil para accionar el acelerador, el embrague (*clutch*), el freno de mano, abrir la cajuela, el cofre o el tanque de gasolina. De *xicohtli*, jicote, nombre que los antiguos mexicanos aplicaron al látigo porque su punta o pajuela hiere como la picadura de una abeja. Chilaquiles, los que Martina suele preparar en tomate verde el domingo y traer a la mesa en un platón rebosante de "tortillas de maíz despedazadas, fritas y cocidas en salsa de chile, jitomate o tomate, aderezadas con queso, cebolla picada y a veces epazote". Pluralización de *chilli*, chile y *aquilli*, metido en. También de *chilli* chile, *atl* agua, *quilitl* quelite o hierba comestible.

Nunca escucho a niño alguno decir "me hice un chipote", pero en mis tiempos decíamos "no te vaya a salir un chipote" después de una aparatosa caída en el patio de recreo. También decíamos chipotón: chipote grande. Recuerdo mis rodillas amoratadas de tanto golpe recibido en la llamada Roña o en Policías y ladrones. También los Quemados y Encantados quedaban mallugados o magullados. Ahora, cuando le pregunto a una niña a qué juega, apenas si levanta los ojos de su celular.

Una palabra muy tierna es chiquigüite o chiquihuite: cesto o canasto sin asas, de hoja de palma

o de carrizos y de variadas dimensiones, utilizado principalmente para depositar las tortillas. 2. Trase-ro, nalgas. De *chiquíhuítl*, chiquihuite.

El guacamole que también ofrece Martina, ya sea para acompañar el arroz o los taquitos de la botana, es un verdadero manjar. "Es una salsa espesa de aguacate usualmente molido y mezclado con cebolla, jitomate o tomate y chile verde picados" (algunos le ponen gotas de limón); en ocasiones no contiene jitomate ni tomate. De *auacamulli*, "manjar de aguacates con chile" (de *ahuácatl* aguacate, *molli* salsa o potaje). Martina me explicó que las muchachas que iban por el pan a las seis de la tarde, salían a *guacamolearse* al parque de La Bombilla, pero sólo años más tarde comprendí que *guacamolear* es tentar de manera lasciva a una mujer.

En la casa comer huachinango a la veracruzana era la fiesta de los viernes. Muchas veces, Victorina, la cocinera, se lució con un gigantesco huachinango muy festejado y que ahora veo nadar vivito y coleando en el agua de esta edición conmemorativa del 70 aniversario del natalicio de Carlos Montemayor y lleva el nombre de *Diccionario del Náhuatl en el español de México*, que prologó el mismo Montemayor y compilaron Enrique García Escamilla, Enrique Rivas Paniagua y Librado Silva Galeana. Huachinango: pez comestible de mar, caracterizado por su color rosa y en ocasiones rojizo. 2. Antiguamente se designaba así, en Veracruz, a las personas de poblaciones distantes de la costa o tierras del interior. Se han propuesto

como origen de esta voz dos principales etimologías posibles. 1. *Cua-chil-nácatl*. De *cuáitl*, cabeza; *chichíltic*, rojo; *nácatl*, carne. 2. *Cuahchinanco* (lugar cercado de árboles), de *chuhuitl*, árbol; *chinámil*, muralla; *co*, partícula locativa.

Guadalupe Marín recurría a cantidad de nahuatlismos en sus conversaciones con Juan Soriano. Le gustaba decir que tal o cual amiga suya (y mía) se había salido del huacal, pero pronunciaba huacal con "g" y nunca me aclaró, como hace el diccionario del náhuatl, que el huacal "es una especie de jaula formada por varillas o tablillas que se utiliza para transportar a cuestras aves pequeñas, frutas u objetos delicados". 2. Costillas de un pollo destazado, unidas por el esternón. 3. En Tabasco, jícara. De *huacalli*, huacal. El jicote también es un "insecto himenóptero de tamaño grande, del género *Bombus*, que produce miel y cuyas picaduras son muy dolorosas". De *xicohtli*, abejorro, y el jicotillo es un diminutivo de jicote. Lo conocí en una ronda infantil en la que preguntábamos: "¿Quién es ese jicotillo que anda en pos de doña Blanca?"

Trácala es otra palabra intrigante y ahora sé que es una: Persona tramposa y estafadora. 2. Ardid, estafa o engaño. De *tlácala*, acortamiento de *tlacalaquilli*, impuesto que pagaban los indios, de y *tlacaitaliztli*, fingimiento, hipocresía. Tracalea: estafar o engañar a alguien mediante un ardid. 2. En la Sierra Norte de Puebla, cambalachea, intercambiar. Todavía hoy, tras muchas horas frente a la pantalla de la compu-

tadora, Martina me dice que ya se me hicieron ojos de apipizca y si traigo muchos collares alguna amiga me previene: Te colgaste hasta la mano del metate. Y aquí le paro para no adquirir mano de metate y convertirme en una persona de modales toscos y rudos.

Ciudad de México. Domingo 9 de febrero de 2020

SI NO SOMOS VIOLENTAS, NADIE NOS HACE CASO

A raíz de la extraordinaria marcha del domingo 8 de marzo, pensé que sería bueno entrevistar a dos de sus participantes, María Luna Flores, de 21 años, y otra, de más edad, cineasta, feminista reconocida, entusiasta y sensible documentalista, Laura Ponte.

María Luna, entusiasmada con la marcha del domingo 8, heredó su feminismo de su madre y tres tías muy poderosas y trabajadoras. La joven se viste de negro y se presenta en las marchas encapuchada, aunque estipula que no es de las que patean, rompen aparadores y llevan martillos en la mano. Somos del colectivo Sororrosas y decidimos ir encapuchadas para que no nos identifiquen.

-María Luna, ¿no es cobarde esconderse tras una máscara? Personalmente vandalizar me hiere. En un país en el que faltan tantas cosas; destruir es restar en vez de sumar.

-Así nos escuchan.

-¿Sólo si destruimos nos escuchan?

-Sí. Vestirnos de negro es uniformarnos. Encapucharnos es protegernos contra las granaderas que

van cuidando las marchas feministas y nos pueden identificar. Si estás encapuchada, imposible que sepan quién eres.

-Pero hacer las cosas sin dar la cara es un acto parecido al del Ku Klux Klan.

-Yo no creo que nada de lo que están haciendo las feministas sea cobarde, es completamente valiente meter el cuerpo por tus hermanas muertas. Estar encapuchadas es por tu propia seguridad, porque si no, termina la marcha, agarras el Metro, te identifican y te hacen lo que quieran, porque a final de cuentas, vivimos en México y así es México.

-Pero tú te disponías a destruir.

-Personalmente no destruí, pero las de mi colectivo nos encapuchamos para que no distingan a quienes destruyen de las que sólo marchan. ¿Quién tiene el poder?

Laura Ponte, mi segunda entrevistada, le lleva más de 20 años a María Luna y es cineasta. Trabajó en Inmujeres y peleó por institucionalizar el feminismo. Para ella, ha sido importante tener voz en organizaciones no gubernamentales, aunque reconoce que ha sido insuficiente. Laura Ponte formó parte del gobierno al lado de Patricia Olamendi, Laura Carrera, Laura Salinas, Marcela Lagarde, feministas dentro del gobierno. Desde ahí, las cinco militantes crearon la Ley de acceso a la vida libre de violencia.

-¿Las manifestaciones tienen que ser agresivas, Laura?

-Ya van 265 feminicidios en 49 días de 2020. ¿No te parece suficiente, Elena? Hace seis años -y algunos antes-, en febrero de 2010, hicimos varias marchas pacíficas, llenamos de flores y de veladoras el Paseo de la Reforma y el Zócalo, levantamos una ofrenda, nadie se enteró. Todas nuestras marchas, nuestros mítines, nuestros reclamos, quedaron sin respuesta y siguieron los asesinatos de las mujeres. Si no somos violentas, nadie nos hace caso. Con mucha razón, nuestra rabia se ha ido acumulando y estalla cada vez que nos enteramos de que una mujer más es asesinada.

"La violencia contra las mujeres se inicia muy temprano. Tuve amigas y conocidas que sufrieron el maltrato de novios que las agredían psicológicamente. Muchas siguieron con su pareja, como yo, porque así me enseñaron desde niña. Cuando me separé, mis padres no me apoyaron. Nunca me ayudaron. Me descubrieron cáncer en el pecho derecho, pero como fue tan agresivo, me quedé sin los dos. Las *quimios* las pasé todavía con mi marido para no darle el golpe tan fuerte a mis dos hijos. Permanecí casada todavía un año, pero en cuanto terminé la *quimio* 16, salí de mi casa y mis padres me dijeron: 'Estas deshaciendo a tu familia', porque la tradición dicta que el valor principal es la familia y el sustento es el marido, aunque yo he trabajado toda mi vida.

"Mis padres no me apoyaron por tradicionalistas, pero mis amigas sí, en un colectivo en el que empezamos siendo tres y ahora somos 100 mujeres."

Habla la joven María Luna Flores: "Pertenezco a la Ibero, donde el nivel socioeconómico es alto. Mi familia paga 15 mil pesos mensuales de colegiatura. Ahora gritamos lo que antes callábamos y lo hacemos a raíz de esta sororidad entre mujeres y esta confianza que nos tenemos quienes nos reconfortamos y nos atrevemos a denunciar: por eso sólo hasta ahora las cifras empiezan a salir.

"Tuve la suerte de nacer en una familia feminista, pero muchísimas otras mujeres se hicieron feministas por sus circunstancias y aprendieron a defenderse. En la Ibero, contando posgrado, somos alrededor de 11 mil alumnos; la mitad son mujeres, 6 mil, más o menos. Vivo en Polanco y todos los días voy a Santa Fe. Salí del Liceo Franco Mexicano hace tres años, en 2017, y ahí pululaba el micromachismo y los chistes a costa de la mujer que a los 14 años no entiendes y escuchas de tu amigo a quien quieres. Y te ríes. En México las groserías son todas machistas y las mujeres las repetimos hasta que nos damos cuenta de lo que decimos.

"La Ibero siempre ha destacado en sus protestas -continúa María Luna Flores-. Los estudiantes obligaron a Peña Nieto a encerrarse en el baño, protestaron por los 43 desaparecidos de Ayotzinapa, y ahora la UMA, Unión de Mujeres Activistas, organizó varios contingentes que marcharon el 8 de marzo."

"En la época de mi feminismo -dice Laura Ponte- se hizo mucho por la mujer: leyes, institutos, centros de justicia, pero nuestro gran error fue no

trabajar con el hombre, porque el marido, el novio, el padre, el abuelo, el amigo siguen sin darse cuenta de que violentan a la mujer en actos y palabras. Según él, burlarse de la mujer y de su sexualidad es normal. Televisa y TvAzteca propagan el machismo, como también lo hace el teatro. A mis estudiantes les advierto: 'Lo que tú me dices es violento', y se sorprenden, porque ésa no fue su intención. Ricardo Ruiz Carbonell, quien trabaja con hombres, sabe que muchos se creen obligados a demostrar su machismo. Algunos de mis amigos ya mayores me aclararon: 'No sabes el descanso que sentí cuando supe que no tenía que golpear a mi mujer; lo hice porque mi papá le pegaba a mi mamá. Ahora no golpeo a nadie para demostrar que soy hombre'. Por eso digo que nos falta trabajar con el hombre..."

-¿Qué diferencia hay entre tú, María Luna, y las feministas del pasado?

-Tiene razón Laura, el machismo afecta tanto a mujeres como a hombres. A los hombres, porque los violenta y a nosotras porque nos sometemos. Al decirle a un hombre: "No llores, tienes que ser macho", ejerces presión y lo haces sufrir.

Laura Ponte insiste: "Creo que es muy importante tener una voz en las instituciones gubernamentales y lograr que nos escuchen. En la marcha del domingo escogimos la violencia para hacernos visibles. Logramos salir en toda la prensa y estar en boca de todos. La crítica: '¡Ay, qué mal, las feministas pintaron el Ángel, vandalizaron el Hemiciclo a Juárez, tiraron vallas!' es

consecuencia del ninguneo. Al menos ahora, pueblo y gobierno reconocen feminicidios y maltratos. Antes, el silencio era impermeable. Atacar fue la única manera de reflejar nuestro enojo y gritar: '¡Están matando a todas las mujeres!'"

Ciudad de México. Domingo 15 de marzo de 2020

VOLVER LOS OJOS A LOS ESTADOS: MEJÍA MADRID

Con un nombre Fabrizio, que nos remite a *Rojo y negro*, de Stendhal, Fabrizio Mejía Madrid escribe hoy en *La Jornada*. Aunque no fue seminarista, desde muy jovencito se cubrió de honores ligados al heroísmo con sus crónicas sobre la realidad mexicana. Su agilidad de hombre bien informado nos ha regalado más de 20 libros entre crónicas, novelas y análisis políticos que han llegado a manos de muchos jóvenes lectores que a partir de su primer libro, *Erótica nacional* (1994), se convirtieron en sus fans y abarrotan sus conferencias.

A sus seguidores no nos cabe la menor duda de que su entrañable *Viaje alrededor de mi padre*, su *Arde la calle*, la novela de los ochenta y sus *Disparos en la oscuridad*, sobre el temible Gutiérrez Barrios, lo situaron en una zona de peligro. En años pasados, criticar al gobierno era sinónimo de persecución; si no, que lo diga doña Rosario Ibarra de Piedra.

Su agudeza y sentido del humor hicieron que otro gran cronista, el papá de los pollitos, Monsiváis, temiera por su vida. "De todos los que hacen crónica

-me dijo Carlos- por quien más temo es por Fabrizio Mejía Madrid."

En cuanto a mí, gracias a Fabrizio volví a leer a Hanna Arendt; al polaco K. S . Karol, quien vino a México con Rossana Rosanda, y a Jean Daniel, director del *Nouvel Observateur*. Monsiváis admiraba la forma de ver la vida de Fabrizio y, sobre todo, su sentido del humor. *Nación tv*, *Esa luz que nos alumbra*, *Salida de emergencia* y su estupenda *Crónica de la victoria* convencen por su veracidad y su forma de consignar las acciones y trampas de nuestros políticos. Monsiváis convirtió a Mejía Madrid en factor indispensable de la crónica, un género que triunfa sobre el cuento y la novela en el México de los pasados 20 años.

Su primera novela, *Hombre al agua*, obtuvo el premio Antonin Artaud en 2004, y lo acompañamos jubilosos a la embajada de Francia. Siempre dispuesto a caminar sobre la cuerda floja, leí con preocupación su novela sobre el temible Fernando Gutiérrez Barrios, a quien Elena Garro llamaba *Mi D'Artagnan*. A partir de ese momento, sus amigos y lectores supimos que nos encontrábamos no sólo ante un gran escritor, sino ante un hombre valiente. Gracias a su escritura, Mejía Madrid pasó muy pronto a pertenecer al círculo monsvaisiano, porque al igual que el cronista practicaba el nuevo periodismo que podría remontarse al *New Journalism* estadounidense.

-Fabrizio, cuando empezaste a escribir, ¿creíste que tu obra ingeniosa, humorística, de gran observa-

dor social, te llevaría a la política o ésta estuvo entre tus intenciones desde el primer momento?

-Tengo un recuerdo vago de escribir una novela a los ocho años en unas agendas de mis tías. Pero empecé a escribir cuentos, como muchos, después de leer los de Julio Cortázar y Edgar Allan Poe. Tenía esta idea de sentirme en *El pozo y el péndulo*, acostado en el piso del baño y viendo bajar la cuchilla que iba a matar al narrador preso por la Inquisición española. Afortunadamente, no queda evidencia alguna de mis primeros escritos. Tampoco guardo mis libros. De algunos no tengo ni un ejemplar y, cada cierto tiempo, tiro las computadoras con todo y archivos. A los 15 años empecé traduciendo artículos de la prensa estadounidense para el semanario *Punto*, que dirigía Miguel Ángel Granados Chapa, y me instalé en la escritura para diarios y revistas por la necesidad de ganar dinero en una casa en la que físicamente vi desaparecer, en los años 80, a la clase media. Éramos de esa clase que vivía en departamentos de alquiler, tenía becas para estudiar, y tenía que ahorrar durante años para irse de vacaciones cuatro días. Pero no creas que sólo fue la necesidad material la que me hizo escritor. Fue algo mucho más profundo: me gano la vida tratando de llenar de sentido todo lo que no entiendo, que es casi todo.

"Los novelistas como nosotros, Elena, trabajamos en el cruce de dos caminos: el sentido de las palabras y lo visible o invisible de ciertas personas y objetos. Eso hace que tengamos el dominio sobre lo

que no nos pertenece, que es el lenguaje de la calle, las epopeyas de los plebeyos, lo que es indescifrable para los que no se dedican horas a leer, subrayar, teclear, revisar. Pero no es político, sino desciframiento.

"Estoy convencido de que lo político de una obra está más en los lectores y espectadores que en la propia intención del autor. El ejemplo que siempre pongo es el de la sinfonía *Heroica*, de Beethoven, usada por nazis, comunistas, liberales y hasta como himno de las Olimpiadas o *jingle* de anuncios deportivos. A pesar de que el gran Ludwig la quiso dedicar a Napoleón y luego se arrepintió, la forma en que la gente le adjudica valores y símbolos políticos ya nada tiene que ver con el autor."

-¿Intervino Monsiváis en tu vocación?

-Monsiváis fue importante para entender la crónica como el cruce de dos cosas: la apropiación de distintas formas narrativas y el relajó. Reivindicó tres, digámosles, disposiciones de ánimo literario que aprecio mucho cuando lo releo: la épica, el sentimentalismo y la ironía. Él ve la guerra de Troya en un movimiento campesino como el de Danzós Palomino, se deja ir con los contoneos de María Victoria o Juan Gabriel y, al mismo tiempo, se burla de sí mismo haciéndolo. Es capaz de incluir en un solo texto una descripción novelística, un verso en el subtítulo, un diálogo de teatro, y todavía reflexionar como se hace en un ensayo. Para un escritor como yo, que a los 20 años apenas escribía sus primeras crónicas, que Monsiváis me hablara por teléfono para decirme

qué opinaba de mis textos, era una validación que hasta la fecha me hace ruborizarme.

-Fabrizio, en México la crónica ha sustituido de muchas maneras a la novela. Pienso en José Joaquín Blanco, en *Monsi*, el papá de los pollitos, en el Héctor Aguilar Camín de *La frontera nómada*, en Bellinghausen, a quien tanto debe el movimiento zapatista, porque sin él sólo tendríamos la voz de *Marcos*; Juan Villoro. También fue supernotable Jaime Avilés. ¿Qué ha sido la crónica en nuestro país que logró que las novelas se hicieran cada día más prescindibles?

-La crónica ha sustituido hasta cierto punto a la novela porque estructura con verosimilitud lo que la vida ordinaria no tiene. La crónica parte de que existe un acontecimiento con nombres, fechas, lugares y, por tanto, es una construcción de la verdad y, a la vez una interpretación de lo que sucedió. Pero es una narración de lo vivido y no sólo de lo imaginado. Los lectores buscan leer crónicas ahora más que antes porque la verdad se les ha vuelto escurridiza en la realidad virtual y las *fake news*. Es igual en el cine: Basada en hechos reales tiene un valor que lo acerca, de entrada, a la experiencia vivida.

-¿Para ti qué significa la militancia política?

-No soy de los que crea que la literatura está reñida con la política por muchas razones. Ya te dije la del uso que los lectores hacen de los textos como la otra mitad de toda creación narrativa, pero hay otra fundamental: los escritores trabajamos con el sentido de las palabras y con las tramas, los personajes,

las emociones. En la política existe un procedimiento parecido cuando se enuncia a un sujeto, por ejemplo, el pueblo, y éste cobra realidad en el acto de enunciarlo, de describirlo, de dotarle ciertos valores, mitos y comprensiones. Existe por el mismo procedimiento que usa Cervantes para crear al Quijote. Como escritor me interesa participar en designar las cosas, precisar los significados de las palabras y de los acontecimientos que nos toca vivir. La militancia es otra cosa y requiere paciencia y talento para lo administrativo, que no tengo. Pero creo que hay que ayudar a precisar las palabras del debate público, sobre todo ahora, que a cualquier cosa se le llama dictadura, asedio a la libertad de expresión o independiente. Ayudar a precisar esa parte confusa del lenguaje político de la que se apropian los contratistas de los gobiernos anteriores.

-¿Crees que un periodista tiene que ser un militante?

-Tú empezaste haciendo crónicas de la Zona Rosa, que me fascinó; ahora haces artículos políticos. Lo que publicas tiene rebote en redes sociales. ¿Te produce más satisfacción lo que haces ahora en política que lo que hacías antes y que dejaba huella en mí? ¿Aporta mucho al lector este género? José Emilio Pacheco hizo crítica literaria en *Proceso*, y esto es lo que más se extraña de la revista y lo que más falta hace. ¿No tiene el tipo de crítica que hacía Pacheco la misma fuerza que la crítica política directa? Nada

condenó más a Raúl Salinas que el escrito jocoso de José Emilio...

"El momento del país exige definirse en favor o en contra de los cambios, pero no a partir de generar noticias falsas o basadas en suspicacias sin comprobar. La libertad de expresión no es gritar 'fuego' en un cine cuando no lo hay. Sería irresponsable. Muchos de los que promovieron la firma del desplegado en defensa de la libertad de expresión saben que están alimentando la idea de que la democracia no sirve y que sería mejor una atmósfera golpista para que regresen los de antes, los de las masacres y el saqueo de la nación. Las aguas se han partido. En un lado están los que creemos que la democracia es que participen todos los que no tenían cabida; la igualdad que buscamos es que ya no existan voces que gritan 'fuego' sin que nadie les conteste que no hay tal. Del otro lado están los que se sienten con el monopolio de la palabra, del buen gusto, de lo que los demás deben y no hacer. Crecieron pensando que la libertad de expresión incluía su derecho a que les dieran siempre la razón. Pero eso está cambiando. Tienen que aprender a debatir sin sentirse atacados. Entre otros temas, siento que los de la CDMX no pelamos a la provincia. Allá hay talento, innovación, creatividad. ¿Por qué no volvemos los ojos a la provincia?"

Ciudad de México. Domingo 27 de septiembre de 2020

ELENA PONIATOWSKA

Periodista, escritora y profesora. Nació con el título de princesa Hélène Elizabeth Louise Amelie Paula Dolores Poniatowska Amor. Posee una amplia trayectoria literaria, ha tocado casi todos los géneros literarios, novela, cuento, poesía, ensayo, crónicas y también cuentos para niños y adaptaciones teatrales. Vive en México desde 1942, cuando por la Segunda Guerra Mundial su madre emigró al sur de Francia, y posee la nacionalidad mexicana desde el año 1969.

Después de una formación inicial en lengua inglesa y castellana, en 1949 realizó sus estudios en Estados Unidos, hasta regresar a México en 1953. En esa época comenzó a trabajar en el periódico *Excélsior*, donde a través de una entrevista diaria retrató la realidad de su país en los años cincuenta.

En 1955 publicó su primera novela, *Lilus Kikus* y en 1971 obtuvo el premio literario Xavier Villaurrutia por *La noche de Tlatelolco*, aunque lo rechazó. Compagina su labor periodística con la literaria y en los noventa publica *Todo México* (1990), *Tinísima* (1991), *Paseo de la Reforma* (1997), *Todo empezó en domingo* (1998), *Cartas de Álvaro Mutis a Elena Poniatowska* (1998), *Las soldaderas* (1999), *Juan Soriano*, *Niño de mil años* (1999).

Son innumerables las publicaciones en las que ha participado, entre ellas: *Novedades*, *El Día*, *El Financiero*, *The News*, *Tabasco Hoy*, *La Jornada* o *El Nacional*. Contribuyó con sus trabajos a la *Revista Mexicana de Literatura*, *Estaciones*, *Abside*, *Artes de México*, *Revista de la Universidad de México*, *La palabra y el hombre*, *Punto*, *Equis*, *Proceso*, a las revistas *Fem* y *Debate feminista*.

En el año 2013 obtiene el premio Cervantes.

Todos los derechos reservados.